

Helene June

Siempre,
Julieta



Contenido

[Dedicatoria](#)

[Información](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

Libro III

SIEMPRE, JULIETA

Helene June

Título original: *Siempre, Julieta*

Autora: Helene June

© *Siempre, Julieta*, Helene June, 2020

© portada, Itsaso Lastra

© imagen de portada, Adobe stock por Cristina Conti

Corrección: [Esther Magar](#)

Revisión y maquetación: [Celia Arias Fernández](#)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del «copyright».

Para mis pequeños Junes

Las canciones incluidas en este libro me recordaban a la historia. El momento de escuchar cada una está marcado a lo largo de los capítulos.

Lea

Bilbao, St Patricks Day, un año después

—Paso a buscarte a las siete, ¿vale? —me dice mi novio, Ander, al salir de clase.

—Genial. —Sonrío y le doy un beso para despedirme, ya que la próxima asignatura no la damos juntos.

Hoy es mi cumpleaños y tengo comida en casa con mis padres y mi hermano. Como es martes, lo celebraré con mis amigos el sábado, que, casualmente son las fiestas del barrio de Deusto. Esta noche, Ander y yo iremos a cenar. Llevamos juntos tres meses, y me gusta mucho. Nos conocíamos de vista de alguna clase, pero en una de tantas fiestas universitarias se acercó a hablar conmigo. Me encantó lo amable que era. Charlamos de todo, bailamos y me acompañó a casa. Estuvimos unas semanas mandándonos mensajes, sentándonos en la misma mesa y estudiando en la biblioteca. Tenemos caracteres similares y se toma en serio la carrera. Congeniábamos. Era tan fácil estar con él que, cuando un día me besó en otra fiesta, me dejé llevar. Y así, lentamente, hasta hoy. Nunca hemos discutido. Todo fluye con Ander.

Salgo de la universidad y veo un coche familiar. Miren. Corro hacia ella porque lo tiene mal aparcado, y me monto:

—¡Felicidades, cumpleañera! —Me abraza con efusividad—. Madre mía, que ya tenemos veintiún años. ¡Somos unas viejas! Fíjate, en Estados Unidos por fin podrías beber. —Y se parte de risa.

La verdad es que es irónico que te permitan llevar armas con dieciocho, pero te prohíban el alcohol hasta cumplir veintiuno. Al menos, eso marca la ley, no es que yo no bebiera con muchos menos años cuando estaba allí.

—Gracias, Mirentxu. —Le doy un beso y me abrocho el cinturón.

Habíamos quedado en que venía a buscarme para llevarme a casa y así nos vemos un ratito hoy. Soy una romántica de los cumpleaños, me gusta festejarlos en el día que son. Si se hace más tarde, pierden el encanto. Aun así, entiendo que para juntarnos todos los amigos es mejor el sábado, pero hoy lo celebro también.

—¿Qué tal con tu muermo? —pregunta Miren, refiriéndose a Ander.

No es que no le guste, pero dice que es un aburrido porque no sigue su ritmo de fiestas, como si cualquiera lo siguiese.

—No lo llames así. ¿Qué tal tú con el cabra loca? —pregunto yo.

Ella está con una persona opuesta a Ander. Telmo, su amigo con derecho a roce, es el relaciones públicas de la discoteca más conocida de la ciudad, donde solemos acabar siempre. Y digo «amigo con derecho a roce» porque un día está con Miren y, al siguiente, con otras, pero a ella no parece importarle.

—Bien, anoche quedé con él. El tío tiene un polvazo de muerte.

Madre mía, Miren. Cómo ha cambiado. Antes, os juro que pasaba por tímida, pero, oye, que ha encontrado su hueco en la universidad y se siente feliz. Así que todos contentos por ella.

—Me alegro por ti. Yo, con Ander, bien, gracias.

—¿Ya te lo has tirado? —suelta, como quien pregunta si he comprado naranjas, mientras cambia la canción.

—Eh, no —digo con timidez.

Sé lo que está pensando: que por qué no me lanzo, si no soy virgen. Ander y yo no hemos ido

más allá de besarnos y proporcionarnos placer el uno al otro con nuestras manos. Siempre en el coche, claro, porque los dos vivimos con nuestros padres. No hemos hecho el amor porque no ha habido oportunidad. ¿O sí? Ya no sé si es así o pongo excusas. Con James nunca me pasó esto. Siempre era yo la que pedía más o buscaba alternativas para estar solos.

James... Un año que no lo veo. El comienzo fue durísimo, terrible, me costó mucho levantar cabeza, pero, gracias a Miren y a todos los trabajos que tenía que hacer, conseguí reponerme unos meses después y continuar con mi vida. No hablamos nunca. Lo hicimos la primera semana hasta que yo le pedí que por favor dejara de llamarme porque estaba sufriendo demasiado. Y nunca más volvió a hacerlo. Ahora nos mandamos mensajes en fechas señaladas como cumpleaños o navidades. De momento, hoy no me ha escrito, pero sé que tenían un concierto benéfico. Soy un poco masoquista y sigo por redes sociales el perfil del grupo The Bourbons. No suelo acordarme mucho de James, entre otras cosas, porque no me dejo a mí misma pensar en él, pero en días como hoy, que sé que es probable que me escriba, no puedo evitarlo.

—Pues no entiendo a qué estás esperando a tirártelo —dice Miren mientras conduce por el camino que bordea la ría.

—No hemos tenido la oportunidad.

—Amiga, si quieres mentirte a ti misma, vale, pero a mí no me engañas. No lo has hecho porque no quieres. Lo que no entiendo es por qué. —Me mira fijamente, aprovechando que se ha parado en un semáforo.

—No sé, Miren. No lo sé, te lo juro. No me sale —me sincero con ella.

—Porque es un muermo, ya te lo digo yo. Búscate a otro como Telmo, y ya verás cómo te sale —contesta, riéndose.

—Gracias por el consejo, pero me quedo con Ander, nos va bien y disfruto mucho en todos los sentidos. Tienes razón, igual me lanzo esta noche. Ya que es mi cumpleaños, ese puede ser mi regalo.

—El regalo se supone que te lo tiene que dar él, pero, mira, si lo quieres ver así, adelante. Tú me llamas mañana y me cuentas qué tal —me dice al aparcar frente a mi casa, y subo a celebrar el cumpleaños con mi familia.

A las siete en punto, estoy en el portal, esperando a Ander porque sé que no va a llegar tarde, nunca lo hace.

—Hola, princesa —dice en cuanto abro la puerta del coche y veo un ramo de margaritas en mi asiento.

Son mis favoritas. ¿Cómo una flor tan sencilla y abundante en el mundo puede ser tan bonita y delicada a la vez?

—Qué bonitas, Ander, me encantan. —Las huelo, las poso en mis piernas y le doy un beso a mi novio—. ¿Qué tienes preparado para hoy?

—Es una sorpresa.

Pone el coche en marcha, coge la autopista en dirección a la costa y toma la salida de Getxo. Nos metemos por unos caminos de cabras y, al llegar a una garita, nos para una persona. Miro a mi alrededor, intentando adivinar dónde estamos. Veo varios coches aparcados en filas y una pantalla gigante. Es un autocine. Qué guay, no había estado nunca en uno.

—¡Me encanta, Ander! —Sonrío y me acerco a él para darle un abrazo.

—Es noche noventera, ponen cine de aquella década. Creo que la de hoy te gustará.

—¡Es genial, de verdad! ¿Qué peli vamos a ver? —pregunto, emocionada.

—*Romeo y Julieta* —contesta, sonriendo.

Mierda. El título ya me pone los pelos de punta. No voy a parar de oír «Julieta» durante la

próxima hora y media. Qué mala pata, Ander. El pobre no se da cuenta de lo que eso significa para mí. Decido disimular, no creo que sea conveniente decirle a mi novio que ha escogido una película en la que el nombre de la protagonista es el apodo que utilizaba mi ex para llamarme.

—Es perfecta para hoy, gracias, Ander. —Dios, soy una mentirosa.

Sintonizamos la radio para oír la película en el coche, y Ander va a por unas palomitas. No puedo negar que esto es un planazo, mucho más original que ir a un restaurante a cenar. Cuando vuelve, empieza la sesión y no me dejo pensar en James. Ander no se lo merece. Me meto en la historia de amor tan trágica que tienen. Leonardo DiCaprio está muy joven y guapísimo. Recuerdo que una vez me contaron que Claire Danes y él se llevaban fatal fuera de las cámaras, parece mentira, ya que la complicidad entre ellos es grandiosa. Disfruto al máximo de la película tan bonita que estamos viendo.

Me corren las lágrimas por las mejillas. Qué final más triste. Ander mira cómo me seco los ojos.

—Es solo una película, Lea, no es real. —Y se acerca para besarme.

Nuestros besos son siempre cálidos y lentos. Como una canción de música clásica en la que me imagino pajaritos bailando sobre la orquesta. Como una *mousse* de chocolate que degusto despacio para que no se acabe. Pero hay días que me gustaría que esos pajaritos se alejasen tras un sonido rompedor de una trompeta o encontrarme una capa de galleta que le dé un toque al sabor de la *mousse*. Ander se desengancha de mis labios.

—¿Te llevo a casa? ¿O quieres ir a algún otro lado?

Pienso un momento qué contestarle.

—Mejor a casa, que mañana tengo la primera clase a las ocho.

Miren se va a quedar sin los detalles escabrosos que tanto le gustan, porque hoy no es el día tampoco.

Al entrar en mi habitación, y como si de una señal se tratase, me suena un mensaje en el móvil. Sin ni siquiera mirarlo, sé de quién es. De la persona en la que llevo pensando inconscientemente todo el día y que aún no me ha felicitado. Miro la pantalla y ahí está una simple frase, sin más importancia de la que tiene, pero que me faltaba en este cumpleaños para que fuese completo: «Felicidades, Julieta. Espero que hayas pasado un gran día». El corazón me da un vuelco. Un vuelco mucho mayor que el que he sentido en el coche besando a Ander.

Enciendo mi *tablet* para meterme en el perfil de The Bourbons y comprobar si ya han actuado o es esta noche. Hay un video colgado de hace una hora desde Washington, y lo veo. Es un macro concierto con miles de personas. Las primeras notas me hacen sonreír y me dan ganas de bailar. La voz familiar me atraviesa el corazón. Escucho el tema pegadizo tumbada en mi cama boca abajo, balanceando los pies al ritmo de la música. Al tatarrear la letra, me doy cuenta de que habla de cómo ha conocido a una chica en un bar, que está loco por ella, por su cuerpo, y que estuvieron la última noche juntos. Supongo que todos pasamos página, y él, el cantante de un grupo famoso en Estados Unidos, no iba a ser menos. Dejo de seguir su perfil y apago la *tablet*. No contesto a su mensaje. Él sigue con su vida, yo con la mía. Tengo que olvidarme para siempre. Por Ander y por mí.

► **CANCIÓN: *Shape Of You* – Ed Sheeran**

James

Washington, mismo día

Que empiece la fiesta. Nos tomamos un chupito de *bourbon* los cuatro, como suele ser habitual antes de las actuaciones. Hoy tenemos un concierto benéfico en Washington. No solemos tocar un martes, pero esta era una gran oportunidad porque actúan artistas de renombre y el escenario no es comparable a ninguno en los que hayamos tocado antes: el National Mall. Hoy hacen una recaudación para enfermedades raras, por eso es un día de fiesta en el que hay conciertos todo el día. La mayoría de artistas conocidos tocan a partir de las seis de la tarde. Nosotros a las once de la mañana, que el público será mucho menos mayoritario, pero el simple hecho de que nos hayan llamado para disfrutar de nuestras canciones ya es un logro del que estar agradecidos. Hemos seleccionado cinco temas, y yo también canto a dúo con Alize, una artista adolescente que ha despuntado estos últimos meses. Según tengo entendido, va a venir mucha gente a ver en directo su último éxito, *Non Stop*, que es el que cantará conmigo. Compartimos discográfica, y han aprovechado la oportunidad para que nos publicitemos mutuamente. Aunque la canción es pegadiza, no es mi estilo de música y necesitaré más de un *bourbon* para bailar y entregarme al público como pide la discográfica.

—He conocido a Ray White, que toca esta tarde. Me ha dicho si nos juntamos después del concierto para conocernos. Le va muy bien en el *country*, pero está intentando sonar más roquero últimamente y nos quiere proponer que toquemos con él —nos informa Grey tras dejar el chupito en la mesa y servirse otro—. El tío tiene otro nivel, le han puesto su propio camerino en una caravana.

—Vamos, ¿no? —pregunta Nate, mirándonos.

—Por mí, sin problema, ya sabéis que llevo el *country* en la sangre, no me importaría componer una canción con Ray White. Tom, ¿tú qué dices? —pregunto. Suele mantenerse al margen de casi todo, pero nos gusta animarlo a participar.

—Sí, sin pegas. Quedamos con él y componemos algo entre su estilo y el nuestro —contesta con la mirada puesta en el videojuego al que está enganchado.

Se abre la puerta y entra Jason, nuestro nuevo *mánager*. Cuando empezamos con la última gira nacional, los de la agencia lo escogieron porque es más agresivo y efectivo en este mundillo. El Tiburón, lo llaman. Desde que estamos con él conseguimos conciertos y entrevistas importantes, pero el tío es bastante gilipollas, lo único que le importa es que salgamos en prensa.

—¿Qué pasa, Tibu? —saluda Nate.

—No me toques los cojones, que te vas a la puta calle —dice Jason, cabreado. Da igual cuántas veces le digamos a Nate que pare de llamarlo así, él no lo puede evitar—. J., hay una rubia en la puerta del escenario que pregunta por ti, dice que te conoce de Willport —me informa, y se va.

¿Quién ha venido? ¿Rubia? Como no sea Denise... Hace unos meses, estuve con ella en el restaurante de Bob. Sigue igual, con sus locuras, pero más mayor. Se nota que ha cambiado, todos lo hemos hecho. Salgo del *backstage* para bajar las escaleras. Abro la puerta y me encuentro con un guardia que me señala un banco en el que está Blake sentada, trasteando el móvil.

—¿La conoces? —pregunta el guardia.

—Sí —contesto, y me acerco a ella—. Blake —la llamo para llamar su atención.

Ella levanta la mirada y me sonrío. Hizo muchas maldades en la época del colegio, pero hubo un tiempo en el que compartimos buenos momentos y, solo por eso, le tengo que dar otra oportunidad.

—Hola —dice tímidamente mientras se pone de pie. Nos quedamos un momento callados, mirándonos, hasta que habla ella—: Vivo en Washington y, al ver que tocabais aquí, he pensado que estaría bien saludarte y darte ánimos.

—Claro. —Parece nerviosa, se balancea ligeramente, y sé que duda si me parece bien su visita—. Anda, ven. —Me acerco a ella y la abrazo. Sienta bien ver a alguien que me conoce desde hace años entre tanto desconocido—. ¿Y qué haces aquí? Hacía mucho que no te veía. Estudiabas algo relacionado con medicina, ¿no?

Lo recuerdo porque me sorprendió, nunca había visto a Blake como una persona aplicada en sus estudios. Aunque supongo que eso era culpa mía, no me interesaba demasiado lo que me contaba, yo iba a lo que iba.

—Sí, estudio Enfermería, ahora estoy con las prácticas en el Washington Children's hospital. Así es como me he enterado de que tocabais: el hospital es uno de los patrocinadores de este evento. —Se coloca el pelo detrás la oreja—. Me encanta que estéis haciendo esto, por cierto, no sabes la de niños con enfermedades raras que veo a diario, y no hay presupuesto suficiente para invertir en investigaciones. Son muy bonitas estas iniciativas para nosotros. Si tuvieran más recursos para investigar, muchos de esos niños se curarían —contesta, ligeramente emocionada.

Joder, yo también me emociono si me cuenta eso. Está muy cambiada. Más adulta. Más serena.

—Me imagino. Llamadnos si nos necesitáis en otra ocasión —le digo, y ella asiente con la cabeza, apretando los labios.

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Qué tal lo demás? ¿Sigues con Lea?

—No, lo dejamos hace un año —contesto, intentando zanjar ese tema.

—¿Te apetece que tomemos algo luego y nos pongamos al día? —pregunta Blake.

Sus ojos brillan, y se toca el vestido. Es mucho más sutil de lo que era antes, pero la propuesta sigue estando ahí. Está guapa, aún más que de adolescente. Ya no se esconde tras capas de maquillaje y su pelo, que tanto cuidaba, lo tiene recogido en una coleta alta que le favorece. Estoy contento de volver a verla, quizás podríamos retomar nuestra *amistad*, al menos, las veces que venga a Washington.

—Claro, pero nos vamos pronto. ¿Quieres conocer a la banda y estás un rato con nosotros, antes de que empiece el concierto?

Blake sonrío. Guarda su móvil en el bolso y pone rumbo a la puerta por la que acabo de salir.

Hacemos las pruebas de sonido mientras Blake permanece a un lado del escenario. Nate ha preguntado por la rubia y le he explicado que es una chica de Willport, pero que no se acerque demasiado porque está conmigo. No tengo claro si volveré a liarme con ella o no, pero, al menos, disfruto de la compañía de mi vieja amiga, y no quiero que Nate se meta.

Al finalizar el concierto, mi adrenalina está en órbita. Había más gente de la que nos esperábamos y muchos coreaban nuestras canciones. Hemos tenido que hacer tres bises porque no paraban de gritar: «otra, otra». Salimos eufóricos, abrazándonos todos los de la banda. Por estos momentos merece la pena el esfuerzo, el trabajo y los viajes. Veo a Blake en un lateral, esperándome, y me acerco a ella. Sonríe, y la beso en la boca, con ganas. Ella se sorprende, pero se deja llevar, y disfrutamos de la excitación del concierto los dos juntos, jugando con nuestras lenguas. Sus manos palpan ligeramente mi pecho y dice:

—Estás todo sudado. —Me aparta el pelo pegado en la frente—. Lo habéis hecho de miedo.

—Gracias —digo, mientras le acaricio los brazos—. Me tengo que ir, a ver si encuentro una ducha antes del dúo, que, si no, igual no quiere volver a cantar conmigo.

Blake se ríe.

—Vete, te espero aquí —contesta, y me da un azote en el culo.

Echaba de menos a Blake. Nos conocemos, encajamos y sabemos lo que hay. Esta amistad puede funcionar.

Cuando salgo de la ducha en la zona habilitada como vestuarios, aparece Alize disfrazada de duende. Madre mía, esta chica es ridícula, pero la forma de llamar la atención le va bien, porque me acaban de decir que han venido unas cinco mil personas a verla.

—¿Qué haces así vestida? —pregunto, intentado esconder mi cara de sorpresa.

—Hoy es St Patricks day, mi padre es irlandés. Me gusta celebrar este día y que mis *fans* conozcan mis raíces —contesta, subiéndose los calcetines de rayas.

Mierda, es el cumple de Lea. Tengo que felicitarla. ¿Cómo se me ha podido olvidar? Saco el móvil y pienso en llamarla, pero no tengo ni idea de con quién estará o qué hará en estos momentos, así que prefiero evitar una situación incómoda. Le escribo que me encantaría que estuviera aquí y que sigo esperando su llamada, pero lo borro al instante. Si alguna vez vuelve a mis brazos, que sea por iniciativa de ella, no porque yo la convenza. Finalmente, le envío un par de frases hechas, no es lo que siento, pero es lo que ella necesita oír.

El día pasa rapidísimo. Me he despedido de Blake, y hemos hecho planes de vernos dentro de un mes, cuando toquemos en el festival de Baltimore, que está cerca de aquí. Como nos quedaremos a dormir, podremos ir a cenar tranquilamente.

Todos me esperan en la caravana de Ray White, compuesta por varios asientos, un baño y una zona de maquillaje. Acudo tras el concierto de Alize y, como llevan un rato hablando de las ideas que tiene él para la canción, los dejo seguir con lo que han empezado. Nate toca unos acordes en la guitarra y se gana la aprobación de Ray. Tom toma notas y Grey da golpes en la mesa, al ritmo de la música. Entra una chica vestida de azafata con una bandeja y lo que parecen varias rayas de coca. Nos las ofrece con un gesto. Grey no duda y va a por una. Nate se levanta también, y le sigue. ¿Desde cuándo Grey y Nate se meten, que yo no me había enterado? Miro a Tom, que se encoge de hombros. Entiendo que no es la primera vez que lo ve. Me froto la frente, esto se nos va de las manos.

Lea

Ginebra, un año más tarde

Con Ander, simplemente, no funcionó. Era el chico perfecto, pero no para mí. No me moría por estar con él. No bailaba de alegría al verlo. No necesitaba sentirnos uno. Ni siquiera en la cama había esa conexión. Lo pasábamos bien, pero no estaba enamorada. Tardé en darme cuenta. Fue al rellenar la matrícula de mi Erasmus, cuando llevábamos seis meses juntos. Me ilusionaba volver a viajar a un país extranjero sola, pero ni me planteaba que me iba a separar de él. A Ander no se le pasó por alto, y decidimos dejarlo. Sin dramas, sin lloros, continuamos siendo amigos. Así de fácil fue. Sonríó al recordarlo. La mujer que acabe con él tendrá suerte.

Ginebra, sin embargo, me está dando la experiencia que necesitaba con los chicos. A mí, que empecé joven con una relación seria y enseguida seguí con otra. Erasmus es otro mundo. Gente de nacionalidades que ni conocía compartiendo latas de cerveza para, a mitad de fiesta, liarse unos con otros. Esta es la ciudad sin ley. Bueno, Ginebra como tal es aburridísima, pero ya nos encargamos los estudiantes de intercambio de juntarnos en las casas y llenar discotecas.

Cada día conozco personas nuevas, variopintas, de universidades y lugares tan recónditos que cada uno encuentra su media naranja, al menos, por una noche. Lo raro aquí sería estar un año entero sin liarse con alguien. Eso sí, no hay relaciones serias, y si las hay, cuando nos vayamos, habrán tenido tantos impedimentos durante estos meses que lo más probable es que funcionen.

Como hay planes cada día, no vamos demasiado a clase, veremos qué pasa a final de curso. Seguro que académicamente no mejoramos, pero está siendo un año productivo, eso seguro. Aprendemos idiomas, probamos todos los medios de transporte, nos convertimos en embajadores de nuestras tierras, dormimos en sofás (o en el suelo si no andamos vivos) y viajamos más que en una vida entera. Es otro aprendizaje que no se encuentra en las clases.

Yo voy animándome poco a poco, todavía tanteo el agua entre tantas olas. Estuve una noche con un chico griego, Aris. Guapo, majó, pero demasiado sobón para mi gusto. Tengo que mojarme más antes de sentirme cómoda y empezar a nadar. Miren, sin embargo, aquí estaría en su salsa.

Entro en la casa de mi amigo sevillano Kike y no me sorprende toda la gente que hay ya. Algunos, en la mesa del sofá, juegan con unos dados. Otros, de charla en la cocina, donde se cuece el ambiente. Saludo a Bertha, una chica alemana de mi clase. Llego hasta mis amigos y me entregan mi vaso de Martini (bueno, Fortini) con Sprite. Veamos que nos depara esta noche.

He visto a Aris con otra. Es como si fuera una competición. No sé por qué, pero lo siento así. Quiero una revancha. Y de erasmus, hay mercado. Claro que lo hay. Saludo al chico de al lado, lo he visto hablando con mis amigos, por lo que entiendo que es de fiar. No tengo ni idea. Solo me lo imagino, pero me da igual. Esto es una guerra, y este chico es guapete y parece majó.

Nos presentamos y charlamos un rato. Mi intuición no me engañaba: está salido. Bien, yo también. Me apetece esta noche y no pasa nada por admitirlo. Es más, está bien, me repito a mí misma.

Me dice que es de Bosnia. Hubo una guerra importante en ese país. Mierda, no me acuerdo contra quién. Me dedico a sonreír. No sé cómo, porque estoy borracha, pero la conversación fluye. Me pone otra copa y, poco después, me come la boca. Va todo rápido. Dejamos las bebidas en la encimera de la cocina. Es curioso: yo siento que somos el centro de atención con nuestro arrebató, pero nadie mira. Me susurra al oído que vamos a su coche, que está fuera. Y asiento, excitada.

Llegamos al asiento de atrás y enseguida me toca por todas partes. Hacía tiempo que no tenía tantas ganas. No sé si ha sido por Aris, por el bosnio o por el alcohol, pero me apetece muchísimo esto. No hablamos. Nos dedicamos a disfrutar de la noche, nada más, solo sexo. Y es maravilloso.

Entro en la ONU. Colaboro como voluntaria cuando me necesitan. Me costó muchísimo conseguir este trabajo, y eso que no me pagan, pero son las Naciones Unidas: no hay mejor lugar para hacer currículum que este, solo por eso, ya merece la pena.

—Hola, Lea, ordena estas acreditaciones por orden alfabético y, cuando acabes, divide estos catálogos por idiomas y colócalos en las baldas, por favor —me dice mi coordinadora al entrar en su despacho sin apenas mirarme.

Me pongo música en la salita, y la tarde se me pasa volando. Pienso en que le estoy cogiendo otra vez el gustillo a viajar. Al final del curso anterior, me sentía atrapada en Bilbao. Fantaseaba con la ciudad a la que iría al año siguiente. Viajar se ha convertido en mi droga. Esta es la época en la que experimentar, en la que hacer locuras, en la que equivocarme, porque, si lo hago, no pasará nada, simplemente aprenderé de ello.

Salgo de trabajar sobre las siete de la tarde. Suena el teléfono. Es Denise. Contesto pensando que me llama para felicitar me por mi cumpleaños.

—Lea, tengo que contarte una cosa.

James

Filadelfia, mismo día

Me despierto con pelo en la cara. Mucho pelo. Abro los ojos, y veo que estoy en la cama con dos chicas.

Me levanto de un salto, y una de ellas tapa su desnudez con la sábana. Miro a mi alrededor. ¿Dónde estoy? Una *suite* de hotel, creo, pero ¿de cuál? Nate duerme en una silla. Al menos, está vestido. Avanzo a saltitos por el cuarto, ya que el suelo está lleno de ropa, cerveza y cojines. No recuerdo haber hecho ninguna fiesta aquí. Joder, no recuerdo ni en qué ciudad estoy. Filadelfia, sí, eso es. Ayer tocamos en Filadelfia y fuimos a una discoteca con los teloneros, pero no consigo acordarme de cómo llegamos aquí. Alguien sale del baño, es Grey, vestido también.

—Os iba a despertar ya. El concierto en Washington es en diez horas y el autobús se ha ido. Nos han dejado un coche para ir los cuatro.

Grey parece fresco, como si no hubiese estado en la fiesta. Al contrario de Nate, al que despierto y le digo que nos vamos. Nos cuesta levantar a Tom también. Recogemos nuestras cosas y nos largamos, dejando la habitación hecha un asco y a las chicas dentro.

Salimos a la autopista y me apoyo en la ventanilla para dormir un poco. Joder, qué resaca tengo. De nuevo, intento hacer memoria sobre lo que hicimos ayer, pero me duele tanto la cabeza que desisto.

Grey empieza a acelerar, mucho, demasiado. Lo miro. Está concentrado en la carretera.

—Tranquilo, Grey, tío, que vamos bien. Nos va a sobrar tiempo, de hecho —digo mirando cómo adelanta a una camioneta a la velocidad de un rayo.

—Déjame, estoy disfrutando —responde sin apartar la mirada de la carretera.

Al fijarme, me doy cuenta de que no está fresco, lo que está es colocado. Lo miro atónito.

—Grey, no me jodas que vas puesto.

—¿Cómo si no iba a aguantar hasta esta noche sin dormir?

Gira la cabeza hacia mí, y todo se vuelve negro.

Lea

Ginebra

—Creo que no te conté que, al final, mis padres compraron la cafetería en la plaza del ayuntamiento. El caso es que estaba Karen desayunando con los de su oficina y la han llamado por teléfono. —El tono de Denise baja—. James ha tenido un accidente de coche. Debe de ser muy grave. Karen no sabía ni si está vivo.

El corazón se me para. Me siento en un banco. El mundo deja de existir. Respiro. No puede ser.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto entre lágrimas que comienzan a caer. Esto no está pasando. No es posible.

—Eso es lo único que sé, Lea, lo siento. Karen se ha ido directa para Filadelfia, donde ha sido el accidente.

—Gracias, Denise. Te llamo luego.

Y le cuelgo porque me ahogo con mis propios sollozos. No puede morir, no puede. James. Me duele el pecho. Me quedo sin respiración. Nuestra historia no puede acabar así. ¿Ese era nuestro destino? ¿El de Romeo y Julieta?

Telefono a Karen sin importarme que me va a costar un dineral la llamada internacional. Me contesta con rapidez y me dice que lo han llevado a un hospital, que está mal y esperando a que los médicos les den un parte. Que me llamará por la noche, cuando llegue, porque va a acompañar a Amy a Filadelfia. Su voz solo muestra tristeza y preocupación. La escucho con los ojos inundados y las manos temblando.

Camino hasta casa con el teléfono en la mano. Llueve, hace frío, pero yo no siento nada. Tan solo lloro. Me choco con un banco y me siento bajo la lluvia a mirar cómo el Jet d'Eau expulsa agua del lago. Recuerdo. Su mirada, su sonrisa. Nuestra complicidad. La que nunca he vuelto a encontrar.

Mi móvil suena, no es Karen. No contesto porque no tengo fuerzas. Meto las manos en los bolsillos del abrigo y tan solo observo. La gente pasa, siguen con sus vidas, pero yo no me puedo mover. Tirito. Mientras veo el agua moverse, imagino su cara. Hablo con James. Le digo que siempre estaré enamorada de él porque no fue solo mi primer amor, sino mi único amor. Mi mejor amigo. Que, aunque no pudiéramos estar juntos, siempre lo querría porque nadie me ha hecho sentirme nunca como él. Porque con nadie he sido tan real como cuando estábamos juntos. Sin caretas. Tan solo yo. Viva. Mi alma gemela, que encontré pero abandoné. Y me doy cuenta de que siempre he tenido la esperanza de que nuestros caminos se cruzasen en algún momento. Y lloro. Por si ya no existe ni siquiera la oportunidad de reencontrarnos, aunque sea dentro de veinte años. Porque siempre supe que, si hacía esa llamada que me pidió, al menos vendría a verme. Porque sé que podía contar con él, aunque nuestras vidas fueran otras. Pero si muere... mi último recuerdo será el de un aeropuerto.

Estoy calada cuando llego a casa. Me ducho hasta que se acaba el agua caliente y solo queda fría. No soy consciente del tiempo. Mi móvil me avisa de que la batería se está agotando de tantas llamadas perdidas. Ninguna de Karen. Lo pongo a cargar y me siento en el sofá con él en la mano.

Cae la noche, y sigo en la misma posición. Entra Jill, mi compañera de piso americana, con su pelo rubio estilo Pink y sus botas altas.

—Lea, son la dos de la mañana. ¿Qué haces ahí con la tele apagada?

—Espero una llamada. —No aparto la vista de mi móvil.

Jill se sienta a mi lado. Se da cuenta de mis ojos llorosos. Me abraza y me dice:

—¿Qué te pasa? —Me besa la sien.

—Que James ha tenido un accidente y estoy esperando a que me digan cómo se encuentra.

—¿Quién es James?

—Mi exnovio y la persona de la que siempre estaré enamorada.

Jill me mira confusa, pero me abraza. Le cuento en versión reducida mi historia con él y, por primera vez, confieso en voz alta que siempre tuve la esperanza de que volviéramos.

Jill me ofrece su móvil, que tiene tarifa plana a Estados Unidos para que llame todas las veces que necesite. Me abrumo, porque ella y yo hasta ahora solo habíamos sido compañeras de piso. Nuestros horarios no coinciden y no nos conocemos lo suficiente como para considerarnos amigas. Ella trabaja en un laboratorio a turnos, y yo no estoy nunca en casa. Se queda a mi lado mientras llamo a Karen. Me cuenta que lo han operado de varias lesiones y que ahora solo hay que esperar a que despierte, pero no saben cuánto tiempo tardará. Podría incluso no despertarse nunca. Me paso la noche acurrucada en el sofá, llorando con Jill a mi lado.

► **CANCIÓN: *Real Love* - Katie Toupin**

Lea

Dos días después, James aún no ha despertado. Hago mi llamada diaria a Karen antes de ir a trabajar, que es cuando coincido con Jill y me deja su móvil. Me cuenta que continúan sin novedades, pero que se mantiene estable. Resoplo decepcionada, esperando que esta vez hubiera buenas noticias. Ya ni siquiera pienso en volver con él, solo quiero que esté vivo. Para verlo, para reírnos juntos, para llamarlo si un día sufro como lo estoy haciendo ahora. Le devuelvo el móvil a Jill.

—Lea, de verdad, tienes que salir un poco —me dice—. No te sienta bien ir solo a estudiar y trabajar.

—No puedo, Jill, no puedo. Dame tiempo, por favor.

Pasan otros dos días. James sigue sin despertar y van perdiendo la esperanza de que lo haga sin ninguna secuela. Y me vuelvo a preguntar: ¿y si es mi destino por llamarme Julieta? Nuestra bonita historia de amor con trágico final.

Acudo a la universidad. No está ninguno de mis amigos porque salieron ayer. Yo no soy capaz. Desde que me llamó Denise, no consigo reír. Oigo conversaciones, pero no participo en ellas. Caminar bajo el frío se ha convertido en mi pasatiempo favorito. Me siento en mi banco frente al lago.

—Tienes que despertarte, James, tengo que volver a verte algún día.

¿Y si se despierta y ha perdido la memoria? ¿Y si no me recuerda? Mi tripa se encoge solo de imaginármelo.

Continúo con mi vida en mi burbuja de tristeza absoluta. Me paseo por la biblioteca de la universidad en busca de un ejemplar en el que sumergirme. Llego hasta él; tiene un poco de polvo. Cuando soplo con él en las manos, suena mi móvil. Veo un mensaje, es de Jill: «Me ha llamado Karen para que te diga que James se ha despertado».

Pego una mezcla de chillido-llanto contenido que resuena en toda la sala. Se me cae el ejemplar de *Shakespeare* a los pies. Podré volver a verlo algún día.

James

Me hago el dormido por segunda vez en el día cuando abren la puerta. Estoy harto de las visitas. Oigo unos pasos y un «shhh» e intento adivinar quién es.

—*Mommy*, está dormido. ¿Podemos esperar a que se despierte? —susurra la pequeña princesa. Mi primita Olivia. Giro la cabeza hacia ella y abro los ojos. Me hace sonreír su cara de sorpresa al verme despierto.

—¡Hola!

Cierro los ojos por el volumen de su voz.

—Oli, siéntate ahí, por favor, y no grites. —Su madre le señala la butaca y se acerca a darme un beso en la mejilla. Le sonrío, siempre me ha gustado Karen.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, no me duele nada, pero quieren tenerme unos días en observación.

Entra una enfermera con los medicamentos en un vasito. Espera a que me los tome; tal vez cree que no lo voy a hacer. Bebo y le devuelvo el vaso. Se va y entra una auxiliar con una bandeja con mi cena. Adivino que será una sopa y un yogurt.

—Nos vamos y te dejamos cenar. Venimos mañana —dice mi tía.

—Nada, tranquila, está bien tener compañía agradable. Coge una silla y siéntate a mi lado.

Karen sonríe y asiente.

Hablo con Olivia, que me cuenta con pelos y señales la última película de Pixar, que vio ayer. Mi tía me mira, riéndose: llevamos más de cinco minutos exagerando nuestro interés. Cuando parece que hasta Olivia se cansa de escucharse a sí misma, Karen se acerca.

—Menudo susto nos has dado.

—Ya sabes que no sé qué hacer para llamar la atención. —Sonrío mientras abro el yogurt.

—Nos has tenido a todos muy preocupados. Temíamos que no te despertaras. De verdad.

Y me paro a pensar en lo que habrá sufrido mi familia estas semanas. Un infierno de incertidumbre, seguro.

—Lo siento. No quiero ni imaginar cómo habrá sido para mi madre vivir otro accidente de primera mano.

—Sí, fue muy fuerte. Lo ha pasado fatal, Sophia también. —Se queda en silencio un instante. Olivia se ha puesto a ver la televisión. Me mira, pensativa—. James, no solo ellas han estado preocupadas. Alguien me ha llamado a diario para que le informase de tu estado. Pero no sé si quiere que te lo diga.

—¿Quién? —Pienso sin interés quién será hasta que me doy cuenta de que podría ser ella—. ¿Lea? —pregunto con demasiadas esperanzas.

Karen no contesta, pero asiente.

—No sé si estoy metiendo la pata, pero me parece que tienes derecho a saber que estaba muerta de miedo por no volver a verte.

Joder, Julieta.

—¿Dices que te ha llamado todos los días?

—Todos, James. Sin excepción. Hoy lo ha vuelto a hacer, siempre a la misma hora desde que se enteró. Por cierto, no sé quién se lo dijo, no me lo ha comentado y yo no se lo he preguntado. —Denise. Ha sido Denise, seguro. Hace unos días me escribió un mensaje para ver qué tal estaba

porque vio a Karen en la cafetería. Te debo una, rubia—. No sé por qué no te ha llamado a ti directamente, pero no te lo podía ocultar más; y que conste que a ella tampoco se lo ocultaría si tú lo hubieras hecho.

—Gracias Karen, la verdad es sí que es importante que me avises de esa llamada.

—¿Ah?, ¿sí?

—Bueno, no sé, al menos se acuerda de mí.

—Lea te gusta mucho, ¿no?

—Más que mucho.

Karen me mira risueña y no me quiero poner a hablar de Lea con ella porque me va a ablandar.

—¿Está en Bilbao? ¿O se ha ido de Erasmus? —pregunto.

—Está en Suiza, en Ginebra, creo. Me lo comentó una vez de pasada. Siempre son conversaciones cortas porque me llama desde el móvil de una amiga suya americana. —Sonrío porque, si no me equivoco, hay una sede de Naciones Unidas allí, algo en lo que soñaba trabajar, en nuestra última noche juntos.

Los días pasan así que aprovecho para hacer llamadas y organizar todo lo que tengo pendiente. Hemos cancelado la gira, y tenemos muchas explicaciones que dar y fechas que reprogramar.

Nate entra en mi habitación cuando acude al hospital para su revisión del brazo. Yo me llevé la peor parte de todos. Grey, una brecha en la cabeza; le hicieron varias pruebas para asegurarse de que no había fracturas internas. Nate y Tom, el brazo roto, nada más. Y yo en coma. El puto karma. Habíamos hablado por teléfono, pero no nos habíamos visto aún.

—¿Qué tal? —Nate me deja unas revistas en la mesilla y se sienta a mi lado.

—Aburrido.

—Es que llevas aquí ya tres semanas, no me extraña.

—No vuelvo a coger un coche con Grey.

—Ya. Yo he aprendido mi lección también, voy a dejar de meterme.

—Bien. —Lo miro porque ya era hora. Hace tiempo que se les fue de las manos. Y a mí me quedaba poco para caer, intentando seguir su ritmo de vida. Un ritmo al que no quería volver porque ya lo había sufrido después de la muerte de mi padre y me costó salir de él.

Estamos un rato en silencio, viendo un programa de cómo transforman un viejo trasto en un coche de rally. Hasta que hablo yo.

—Lea ha llamado a Karen todos los días que he estado en coma. Creo que aún lo hace para saber sobre mi estado.

Nate me mira asombrado.

—Joder, eso no me lo esperaba.

—Yo tampoco.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ni idea. No sé si me intenta decir algo o no. Por saber, no sé ni si tiene novio. —Me está volviendo loco pensar si tengo que interpretar esas llamadas como que tengo que ir a verla.

—¿Y te importa que tenga novio?

—Claro. ¿Cómo no me va a importar?

—Porque no parece que te acuerdes mucho de ella, más bien todo lo contrario. Pensaba que lo habías superado. Solo digo eso.

—No es que no lo haya superado, es que sigo con mi vida; pero quiero estar con ella.

—Entendido. Hazme un favor y escribe unas canciones. Siempre fueron mejores cuando ella estaba involucrada.

Y me saca una sonrisa. Una que tenía casi olvidada. Una que solo saco cuando me acuerdo de ella.

Lea

Recibo un mensaje de Aris en cuanto salgo de la universidad. Quiere que quedemos para cenar. No hay duda de cuáles son sus intenciones además de alimentarse. El coma de James me ha abierto los ojos y llevo unas semanas muy positiva. Vi muy cerca la muerte y me he dado cuenta de que quiero disfrutar de cada momento y estoy llevando como lema estos días: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Me da igual lo que esté haciendo con otras, quedar con él suena mucho más divertido que quedarme en casa. Así que le contesto que sí.

Doy un paseo admirando la soleada mañana en Ginebra. No solemos tener la suerte de ver días así, y se convierten en mágicos. Los verdes Alpes destacan entre el azul del lago y del cielo. Una de esas imágenes que querría guardar siempre en mi mente. Suiza será aburrida, pero, a panorámicas espectaculares, no le gana nadie.

Llego a casa, y en el salón está Jill con el ordenador. Me encanta este apartamento. Es todo muy blanco y hay un ventanal enorme que da a una calle tranquila. El salón consiste en un sofá de cuero con una librería frente a él y, al fondo, una mesa de comedor para cuatro personas.

—¿Qué tal? —le pregunto según dejo el abrigo en el perchero.

—Bien, aquí, chateando con unos amigos de Estados Unidos —contesta sin levantar la mirada de la pantalla.

—Voy a hacerme algo de comer.

—Oye. —Deja el ordenador en la mesa—. ¿Qué pasó con James al final? Se recuperó, ¿y qué?, ¿no habéis hablado?

¿A qué viene esto ahora?

—No, no me he atrevido a llamarlo.

—¿Por qué?

—Porque malinterpretaría mi llamada, tenemos un pacto. —Me siento en el sofá.

—¿Un pacto?

—Si alguna vez quiero volver con él, solo tengo que llamarlo, y vendrá.

Asiente, entendiéndolo.

—¿Y no quieres volver con él porque...?

—Porque no funcionaría, al igual que no lo hizo la vez anterior. Todo sigue igual.

Me preparo para mi cita con Aris con unos pantalones vaqueros ceñidos y un jersey de cuello vuelto negro. Es posible que hasta nieve fuera, Ginebra es así, tener unas horas soleadas no te garantiza todo el día. Así que me acerco a la ventana antes de escoger calzado y sí, voy a necesitar mis botas de agua. Cojo el abrigo de pelo y bajo las escaleras para encontrarme allí con él.

—*Kalispéra agápi mou.*

Y ya con eso me río. Porque lo he entendido a la perfección: «buenas noches, mi amor», en griego. Me encanta conocer palabras nuevas y Aris lo sabe.

—*Bonsoir mon amour* —le contesto sonriente en francés que es en lo que hablamos habitualmente entre nosotros en Ginebra.

Me da un beso en los labios y caminamos hasta el pub que hay cerca de mi casa. La cena fluye

entre cervezas y anécdotas de su casa en Glyfada, cerca de Atenas, donde ha pasado su vida rodeado de playa y lujos. Hablamos de su familia, de la mía, nos reímos con situaciones de pringado total que te pasan en Erasmus, porque alguna siempre te pasa. Y de postre nos tomamos un tequila con unos mexicanos de la universidad con los que hemos coincidido en la barra antes de marchar. Salimos del pub en dirección a mi casa y, antes de subir, me come la boca en el portal. Me sube a la recepción y se coloca entre mis piernas.

—Vamos arriba —le pido entre suspiros.

Subimos a mi casa y abro la puerta. Aris pegado a mí la cierra y me pone contra ella. Me besa con fuerza, sus manos en mi culo, y de pronto:

—Ejem —se oye.

Doy la luz y pego un grito. No de miedo, sino de asombro. De susto. De que se me sale el corazón. De alegría. De todo, menos de miedo. Me quedo quieta. Con las manos temblando, me tapo la boca. Sus ojos caramelo se clavan en los míos. Los míos se humedecen. Lleva una camiseta negra y unos vaqueros oscuros. No puedo apartar mi mirada de él. Es demasiado real para no ser verdad. El corazón me va muy rápido. Me apoyo en la pared para sujetarme. Hasta que de pronto veo cómo Aris se acerca como para cazar a una presa.

—Soy amigo de Lea —contesta James con las manos en alto. Y me mira a mí de nuevo.

Las lágrimas me caen. James. En mi casa. Está aquí. El corazón me va a estallar. A las manos temblorosas se les han unido las piernas. Está ahí, frente a mí. Y estoy borracha, el tequila me está haciendo efecto. Aris se queda mirándonos. Me doy cuenta de que he entrado liándome con él y, de pronto, solo pienso en salir de aquí. De eliminar este reencuentro. De odiar cada segundo de él. De pensar por un momento que me lo merezco y luego maldecirme por pensarlo.

Cojo a Aris de la mano para salir y cerrar la puerta, con el corazón en un puño. No lo suelto hasta que llegamos a las escaleras.

—Aris, perdona, pero tienes que irte —consigo decir en francés.

—¿Es un exnovio o algo así? —Me mira confundido.

—Algo así, sí. —Asiento para que no haya dudas.

—Lo he interpretado. No pasa nada, *agapi*, me voy. —Me da un beso pequeño en los labios—. Cúdate.

—Gracias, Aris, te llamo. —Sonrío cuando se despide con la mano y me guiña el ojo.

Camino hacia la puerta. En mis manos siguen las llaves que no he llegado a meter en el bolso. Pero necesito un momento. Me apoyo contra el marco porque, ahora sí, lo que tengo es miedo.

James

Tiene el pelo más corto y ha cambiado, pero la reconocería entre miles de personas; y lo otro era un tío. No tenía ningún interés en oír cómo se lo montaban en la misma habitación que yo.

Joder, ¿qué coño hago aquí? En qué momento llame a su amiga americana para que me dijera dónde vivía y presentarme. ¿Con qué intención? ¿Con la de que volvamos? ¿Cada uno en un país otra vez? Si es que soy gilipollas. Lea ha continuado su vida y yo no formo parte de ella. Tiene novio. Joder, que tiene novio. Y le está dando explicaciones ahora mismo. ¿Lo querrá como me quiso a mí?

Recojo lo poco que he traído, dispuesto a irme yo también. Pero, cuando tengo todo en la mano, no lo hago, no puedo. Estoy demasiado cerca de ella después de tanto tiempo; necesito verla mejor, saber cómo está, cómo ha pasado estos años, contarle mis experiencias. Y me doy cuenta de que Lea no fue solo mi novia, sino mi amiga, con la única que me he abierto de verdad. Así que espero, al menos, para hablar con ella. Me siento en el sofá.

Pasan cinco minutos hasta que se abre la puerta de nuevo y entra Lea sola. Se apoya contra la pared otra vez. Agarra las llaves en el puño cerrado como si su vida dependiera de ello. No dice nada, solo me mira.

—Hola —digo, levantándome.

—Hola.

—¿Has dejado de hablar en estos dos años? —digo sonriéndole porque parece tensa.

—Estoy borracha.

Con la mano en la boca, esconde su sonrisa. Su vergüenza y pillería se mezclan en sus ojos. Me río porque ni en un millón de años hubiese adivinado esta forma de volver a vernos después de tanto tiempo.

—Vale. —Me apoyo en el lateral del sofá, frente a ella—. No pasa nada. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí? —Por primera vez, baja la mano, me descubre su boca, y muero por sentir sus labios.

—Llamaste, pero veo que interpreté mal tu llamada. ¿Ese es tu novio?

—No exactamente —contesta, cohibida.

Tardo unos segundos en entender lo que significa. Y joder lo que me satisface caer en la cuenta, porque eso significa que está libre.

—Ah.

—Ah, ¿qué? —me pregunta.

—Que me acabo de dar cuenta de que ya conoces el sexo por diversión. Me alegro por ti, Julieta

Lea

Julieta. Julieta. Julieta. Me tiembla todo el cuerpo. Esto no está pasando. Lo estoy soñando. Julieta. Voy a llorar otra vez. Mi corazón retumba en mi oído. Tengo que hablar. Habla, Lea.

—¿Cómo has venido?

—En una cosa que se llama avión. —Él sonríe. Yo muero.

Me acerco y le doy un golpe en el brazo. Se encoge. De pronto, caigo en la cuenta de que salió del hospital hace unas semanas y me asusto de que le haya podido doler de verdad.

—Perdona, perdona. ¿Te he hecho daño?

—No, tranquila —contesta sin parar de mirarme.

Se aproxima más a mí. Solo se oye mi corazón. Cada latido a máxima velocidad. Coge un mechón de mi pelo, que apenas me llega por debajo de la oreja. Me sonríe, como indicándome que le gusta mi cambio de *look*. Me mira a los ojos, después a los labios. Se queda mirándolos fijamente un rato. Mis dedos tiemblan al apoyarse en su pecho, él se da cuenta porque los mira.

—No puedo hacer esto.

—¿El qué?

—Besarte. —Frunce el ceño—. No ahora, al menos. Me acabo de liar con otro y estoy borracha, James.

—Vale. —Asiente mientras su cara cambia a una sonrisa coqueta.

—¿Vale? —Me contagia su alegría. Creo que nos reímos tanto porque estamos nerviosos, yo sí al menos.

—Sí, vale, tranquila. —Se aleja un poco—. Siéntate, y te preparo algo para que comas.

—James... ¿Qué haces aquí?

Se da la vuelta y se apoya de nuevo en el lateral del sofá, cruzando los brazos.

—Quería verte.

—¿Estás bien ya?

—Sí, perfectamente. Ninguna secuela.

Me tambaleo nerviosa porque no sé lo que hacer. Decido sentarme en el sofá.

—Lea —James se sienta a mi lado—, tranquila. Si no estás cómoda me voy. No pasa nada.

—No es eso, James. Es que es la una de la mañana, estoy agotada, no te esperaba aquí y estoy un poco abrumada. Tú has tenido tiempo para similar volver a vernos, pero a mí me acaba de venir de golpe. —Lo miro al decir lo siguiente—. Pero estoy contenta de verte, de verdad. Solo que me hubiera gustado que hubiese sido de otra manera.

—A mí también. Perdona, tenía que haberte avisado, no debí haber venido así. —Lo miro y, sí, lo hubiese preferido. Pero me siento tan viva por volver a verlo que me da todo igual. Me da la mano al decir lo siguiente—. Hagamos una cosa. Descansa y mañana pasamos el día juntos. ¿Te parece?

—Vale. ¿Dónde te alojas?

—Eh... —se atusa el pelo—, pues esperaba que aquí, pero me busco un hotel sin problema.

—No, no, claro, sí, quédate, que estoy un poco espesa.

—Puedo dormir en el sofá.

—No vas a dormir en el sofá. Vamos. —Lo llevo a mi cuarto de cama de matrimonio y James me sigue con su mochila de viaje—. ¿Cómo has entrado, por cierto? —Le pregunto cogiendo el

pijama de debajo de la almohada.

—Karen me dio el teléfono de Jill y hablé con ella. —Por eso me preguntó por él.

—Me voy a dar una ducha antes, ¿vale? Tú metete en el lado que quieras, hay espacio suficiente para los dos —digo indicándole la cama.

James asiente y no dice nada más. No tengo idea de lo que pasa por su cabeza, por eso voy a dormir y mañana hablamos todo lo que haya que hablar. Porque ahora no puedo.

Me voy a la ducha. Pongo el agua caliente y me desvisto. Entro. Julieta. Retumba en mi cabeza. El agua me roza cada rincón. Me relajo. Julieta. Vuelvo a oír. Sueño. Sonrío. Pienso. Lloro. Sonrío de nuevo. Descanso. Duermo.

Salgo de allí con mi pantalón de pijama acompañado de mi camiseta de manga larga ceñida. James me espera tumbado en uno de los lados de la cama. Sus ojos me recorren de arriba abajo según me acerco. Me tumbo junto a él. No nos tocamos, pero siento su cercanía. Se gira para mirarme.

—No sé si he dormido alguna vez en una cama contigo sin tocarte. —Me rio, porque yo también diría que no.

—Buenas noches, James. —Le digo antes de apagar la luz.

—Buenas noches, Julieta. Sigues siendo preciosa.

Y me duermo enseguida, con una sonrisa, como si no fuera real quién está junto a mí.

Los primeros rayitos de luz me despiertan de buena mañana. No hay persianas en Suiza, o, al menos, no en mi casa. Me giro. Veo a James dormido, con su cara hacia mí. Me acerco. No puedo evitarlo y rozo su mejilla. Quiero comprobar que esto es real. Rasca por una barba de dos días. Antes nunca rascaba. Sigo mi camino hacia su pelo. Lo toco. Está más oscuro. Mi dedo sigue por su frente, que se arruga. Con los ojos aún cerrados, James baja mi mano y la lleva a su boca para que la acaricie con mis yemas. Recorren sus labios. Me da un beso tierno en el dedo índice mientras sus párpados se abren para mirarme. Quito la mano y lo beso. Porque me muero de ganas. Sus labios me reciben con ansia. Reconectan en segundos. Despacio. Su boca, magia para la mía. Bailamos, solos ante lo que sentimos. Bichitos enjaulados en mi estómago intentando salir. Se pega más a mí. Noto como mi piel se eriza. Acaricio su pelo. Me agarra por la cintura y me pone sobre él. Nos seguimos besando. Despacio. Rápido. Con deseo. Con amor. Como si no pudiéramos parar. Sus manos cosquillean mis brazos, mi espalda. Recorren mi cara. No hablamos. Solo nos tocamos. Nuestros ojos brillan, disfrutando de estar juntos otra vez. Sus labios me abandonan. Su frente se pega a la mía y sus brazos atrapan con fuerza mi espalda.

—Buenos días, Julieta —dice bajito.

Lo silencio con el dedo.

Me salgo de su abrazo para acomodarme sobre sus caderas. Me quito la camiseta. James levanta las cejas y se incorpora apoyándose en los codos. El sujetador va después. Su mirada directa a mi cuerpo. A mi desnudez. Se sienta conmigo encima y me agarra de la cabeza para besarme. Su otra mano sube hasta mi pecho hambriento de su tacto. Me acaricia cada rincón. Me acerca del culo hacia a él. Y siento. Sentimos. Como hace dos años que no sentíamos. Nos quitamos el resto de la ropa, nos tumbamos de nuevo. Su zona sensible roza con la mía. Lo busco. Lo toco, como él me enseñó. Como sé que le gusta. Esconde la cabeza en mi hombro mientras sus jadeos retumban en mi oído. Sus dedos aprietan con fuerza mi piel.

—Joder, Lea, joder —me dice cuando me agarra de la cara y me da un beso húmedo.

Busca mi calor con los dedos y me toca como si solo él supiera mi melodía favorita. Demasiado placer ardiendo por mi cuerpo.

—¿Tomas la píldora aún? —me susurra al oído.

Tengo miedo a su reacción porque sé que le va a doler.

—Sí, pero prefiero que te pongas un condón.

Asiente apretando los labios. Le ha dolido, sí.

—Claro —paramos y se levanta hacia su mochila. Abre un bolsillo y coge uno.

—Entiendes por qué lo hago, ¿no? —le digo desde la cama.

—Sí, tranquila —es lo único que contesta.

Se acerca a la cama de nuevo y le cojo el condón de las manos. Se lo pongo mientras él me mira cómo lo hago, con delicadeza, y siente cada caricia.

—Esto me enseñaste tú a hacerlo. —Consigo sacarle una sonrisa.

—Sí que lo hice, sí. Te enseñé muchas cosas —me contesta mientras me acaricia la cara.

—Me lo enseñaste todo, James.

—Tengo algún truco nuevo que sé que te va a gustar. —Con eso parece que obviamos el momento incómodo de desconfianza que acabamos de tener.

Me agarra por los muslos a la vez que yo atrapo su cuello para no caerme. De rodillas me lleva hasta el cabecero de la cama, donde me sienta sobre la almohada. Y muero de placer, de reconexión, de hambre, de sed, de todo lo que solo me ha dado siempre él. Llegamos a nuestro clímax empujando con fuerza el cabecero y nuestros gritos ahogados tapados por las manos.

Nos tumbamos a recuperar el aire. Mi cabeza sobre su pecho. Su mano sube y baja por mi espalda hasta que se pierde en mi pelo.

—No lo haría con nadie sin condón más que contigo, pero entiendo por qué me lo has pedido —dice bajito.

Subo la cabeza y, al mirarlo, veo una sonrisa tímida mientras sus ojos asienten.

—Gracias —contesto.

—Dicho esto —me agarra del culo con fuerza—, sigues siendo mi diosa.

Me río.

—Y tú el mío. —Le doy un beso en los labios, que me responden con cariño.

James y yo. En nuestra burbuja, donde siempre reina la felicidad cuando apagamos el resto del mundo. Conectados, como no lo estoy con nadie más que con él. Mis sentimientos pasarán meses dormidos, pero, al sentirlo cerca, florecen: es primavera otra vez.

—¿Hasta cuándo te quedas? —susurro, paseando mis dedos por su barbilla.

—Cojo el avión mañana al mediodía, debo volver a la uni. Estamos en el último semestre y tengo cita con mis profesores para el trabajo de fin de grado.

Mañana. Y la vuelta a la realidad es más dura de lo que creía. Esto es solo un reencuentro en nuestros caminos separados. Ya lo sabía, pero su vuelo me despierta de mi sueño. Y me duele porque, por un rato, se me había olvidado que estar con él es solo eso: un sueño. James se coloca sobre mí al verme pensativa.

—Podemos hablar de vernos más si quieres.

—No sé, creo que se complicaría todo otra vez.

Y lo creo de veras. Yo todavía estoy en tercero de carrera, me falta el curso que viene en Bilbao y las prácticas al año siguiente. ¿Para qué complicarnos de nuevo con visitas cortas y mucho teléfono? Y no quiero pensarlo más ni perder el tiempo en hablar de esto cuando se va a ir, prefiero disfrutar de este tiempo juntos. Le propongo hacer turismo por la ciudad, ya que no la conoce y merece la pena. Aunque la idea no parece ilusionarlo, accede.

Me levanto para irme a la ducha e intenta acompañarme, pero no me sentiría cómoda duchándonos juntos sabiendo que Jill está en el salón. Y menos mal, porque al ir al baño me doy cuenta de que mi visita mensual ha llegado. Genial... Busco un tampón. Qué poco oportuna ha

sido, para el día y medio que nos queda. Me lavo el pelo y me lo aliso con el secador. Me pongo uno de mis vestidos de invierno favoritos. Es de punto gris de manga larga y un cuello ancho. Me marca cada curva, pero eso está bien. Al menos, quiero sentirme guapa hoy. Lo combino con las botas camperas que me compré en Nashville y el abrigo de capucha azul marino. Me maquillo mientras James se ducha y, cuando acabo, como todavía no ha salido, preparo café y tostadas para desayunar.

El tiempo es gris y fresquito. Como a mí me gusta. Pasamos el día disfrutando de Ginebra. Paseamos por las calles adoquinadas de su casco antiguo. James me da la mano, y ese simple gesto me llena el corazón. Degustamos una *fondue* de queso y otra de chocolate en un antiguo restaurante junto a la catedral. Por la tarde, visitamos el Parc des Bastions, donde nos tumbamos en el césped y vemos cómo juegan al ajedrez gigante unos señores concentrados. Charlamos de nuestras vidas estos dos años separados. Le hablo de Ander. De cómo está Miren. Me felicita por mi veintidós cumpleaños, ya que fue cuando estaba en coma y nunca recibí su felicitación. Y todo vuelve a encajar, tirados en la hierba.

Sobre las siete de la tarde, hacemos cola en Le Relais de l'Entrecôte para cenar su menú estrella: ensalada, filete con su maravillosa salsa café de París y, de postre, profiteroles. Bebemos vino fresquito y disfrutamos de una cita en una capital europea.

De camino a casa, bordeamos el lago Lemán. El Jet d'Eau expulsa agua. Solo se oye su sonido. Como un géiser al borde de la costa. Ya es de noche y la temperatura ha bajado. Nuestros gorros nos dan el calor necesario. Nos sentamos en uno de mis sitios habituales. Miro al horizonte cuando hablo:

—Aquí venía todas las tardes mientras estabas en coma. Hablaba contigo y te pedía que despertases. —Me tiembla el corazón al decirlo. De recordarlo. James gira la cara. Lo miro. Mis ojos se humedecen, los suyos solo muestran tristeza. Me abre los brazos.

—Ven aquí, Julieta. —Me acomodo en su pecho y me aprieta con fuerza. Noto su calor. Me da un beso en la cabeza y se acerca a mi oído—: Al menos, lo que pasó, me trajo de vuelta a ti.

Y lloro. No porque estemos juntos de nuevo, sino porque realmente temí no volver a verlo. James me arropa mientras expulso el miedo y la rabia que se apoderaron de mí cuando él dormía. Me sienta sobre él y su mejilla toca con la mía. Mis lagrimas caen. Nos besamos mucho tiempo, despacio, saboreando lo que nos habríamos perdido si no se llega a despertar.

—Me gustaría verte pronto —dice James, mirándome a los ojos.

—¿Cuándo?

—No sé, en algún momento. Ya sé que nada ha cambiado: yo sigo con el grupo y tú con el grado en Bilbao, pero no me gustaría que pasáramos otros dos años sin vernos.

—No creo que sea fácil, James. Yo no cojo vuelos a América a menudo ni tú tampoco viajas por aquí.

—Quizás nos surjan oportunidades, quién sabe. Por lo menos, sigamos en contacto. He echado de menos hablar contigo. Siempre fuiste mi aliada, me gusta contarte las cosas.

—Eso me encantaría.

—A mí también.

Llegamos a mi piso, me quito las botas y me tiro en la cama. Nos hemos pasado el día caminando y estoy agotada. James se descalza y se tumba sobre mí. Me besa. Comienza suave, pero enseguida mi cuerpo arde de placer. Su mano me acaricia el culo hasta que se cuele por mi vestido y llega a mis muslos.

—Para. —Lo aparto y me siento, apoyándome en el cabecero—. No podemos. Te lo he dicho antes: tengo la regla.

—¿Y? —James me mira, tumbado en la cama.

—¿Cómo que y? ¿Pretendes hacerlo con la regla?

—Por supuesto, me da igual que estés sangrando —contesta con si fuera algo obvio.

—No. ¿Qué dices? Tiene que ser asqueroso. ¿Lo has hecho alguna vez?

—Sí, varias veces.

—Conmigo, nunca.

—Ya.

No sé por qué la hago, no es el momento, pero la pregunta la tengo ahí, me sale sola.

—¿Con cuántas has estado en tu vida, James?

Levanta las cejas, sorprendido.

—Ni idea, Julieta, con muchas. ¿Y tú? Digo después de mí.

—Con tres: Ander y dos de aquí, en Ginebra. Pero la pregunta iba dirigida a ti.

—No sé, Julieta, de verdad, con muchas. Veinte o treinta, no creo que lleguen a cuarenta, supongo.

—Madre mía, vale. vale. No me digas más ni me des detalles. —Si es que la culpa la tengo yo, para qué pregunto si prefiero no saber...

—Venga, ¿qué dices? ¿Te animas a probar? Es igual, te lo juro. Si no te gusta, paramos.

—No sé.

No estoy convencida. No me parece que vaya a ser agradable y me da cosa... James se pone a mi lado, apoyado en el cabecero. Choca su hombro con el mío.

—No te pongas tímida. Ha pasado tiempo, pero seguimos siendo nosotros, Lea. —Le miro y esa mirada me derrite. La de complicidad. Porque sé que James no me propondría hacer algo con lo que no me fuera a sentir cómoda.

—Pero primero me ducho. Sola. Para limpiarme y eso.

—Vale, te espero aquí.

Salgo de la ducha y, al entrar en la habitación, me agarra del brazo y me pone contra la puerta. Mi grito ahogado en sus labios mientras se ríe del susto que me ha pegado. Me suelta la toalla que cae al suelo. La palma de su mano se acomoda en mi vientre.

—¿Me dejas tocarte? Esto no lo he hecho nunca, pero contigo quiero —me dice mirándome a los ojos.

Asiento mientras lo beso. Le doy acceso y no sé cómo algo tan sucio puede excitarme tanto. Esa intimidad nuestra. Esa confianza ciega. A nadie más le dejaría hacer eso. Nunca. Jamás. Pero a él, sí.

► **CANCIÓN:** *Wouldn't It Be Nice* - The Beach Boys

Junio

Lea: ¿Estás despierto?

James: Sí. ¿Qué haces tú despierta a las cuatro de la mañana?

Lea: Me he desvelado y ya no me duermo.

James: ¿Qué has hecho hoy?

Lea: He ido a la uni. Por cierto, he suspendido una.

James: ¿La gran Lea ha suspendido una asignatura?

Lea: He suspendido varias estos años, para tu información.

James: Supongo que ya no te conozco tan bien.

Lea: Sí que me conoces, solo que te has perdido mis últimos años.

James: Ponme al día, entonces.

Lea: Cuéntame tú lo que has hecho hoy. Y luego te pongo al día.

James: Hemos tenido una sesión de fotos para el disco nuevo. Por la tarde, hemos estado ensayando las canciones. Ahora, acaban de hacernos una videollamada.

Lea: Sí que estás liado. Yo solo he ido a la uni y me he tomado un café con una de mi clase.

James: Tampoco es tan guay, ¿eh?

Lea: ¿No te gusta?

James: Sí, pero me cansa.
Me gustan los conciertos,
pero a veces tenemos tantos que
no nos da tiempo ni a disfrutarlos.
Últimamente, prefiero la etapa de
preparar el disco: componer, arreglar...
Pero, vamos, que empezamos la gira
en unos meses y también tengo ganas.

Septiembre

James: Hoy me he acordado mucho de ti en el concierto.

Lea: ¿Y eso?

James: He tocado la que te compuse en Willport,
hacía mucho que no la cantaba.

Lea: Me encanta esa canción.

James: La próxima vez que nos veamos, te la toco.

Diciembre

Lea: Feliz Navidad, James.

James: Feliz Navidad, preciosa.

Enero

James: Vamos a hacer una pequeña gira por Europa.
Nos han contratado para varios festivales.
Tenemos un concierto en Barcelona.
Solo estaremos una noche, pero ¿te vienes a vernos?

Lea: ¡Sí, claro! ¿Cuándo?

James: Comenzamos el mes que viene.
En Barcelona tocamos a mediados de marzo.

James

Barcelona, marzo

Son las diez de la mañana y estoy esperando a Lea en la puerta de Razzmatazz. Mañana damos un concierto aquí; no es en la sala principal, pero está todo vendido, y eso siempre es buena noticia cuando actuamos un domingo. Acabamos de llegar de Francia, donde tocamos en un festival anoche. Por suerte, esta noche la pasamos en un hotel. Eso es todo un lujo para nosotros, teniendo en cuenta que, en Europa, casi todos nuestros bolos son festivales y mal dormimos muchas veces en la furgoneta. Pensaba ir a buscar a Lea al aeropuerto, pero coincidía con el ensayo y no quería ningún lío con mi mánager.

La veo en cuanto va a cruzar la calle hacia el edificio. Está muy cambiada a cuando vivíamos en Boston. Me doy cuenta ahora de que entonces era una niña, pero ya no. Lea se ha convertido en una mujer, fuerte, con ilusión de luchar por su futuro. Su melena ha crecido, ya no es tan corta como cuando la vi en Suiza. Lleva unos pantalones negros muy pegados, un jersey amarillo suelto y las Converse. Los años pasarán, pero Lea seguirá siendo fiel a su estilo. Sonríe al verme en la puerta.

—Hola —grita, saludándome con la mano.

Me acerco a ella.

—Hola. —Nos miramos un momento, incómodos, y decido abrazarla—. Estás muy guapa. ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Rápido, he venido en avión; mañana será más duro porque vuelvo en tren, de noche. Los vuelos estaban carísimos y tengo que presentar un trabajo el lunes, no puedo faltar a la uni.

—Te quedarás para el concierto, ¿no?

—Sí, pero cogeré un taxi para ir directamente a la estación de Sants, que salgo de allí.

—Vale. ¿Vamos dentro?

—Sí, claro.

La llevo de la mano al camerino. No sé si puedo besarla, pero me da lo mismo, lo voy a intentar. Entramos. Le agarro de la cintura. La beso. Con ganas. Ella me corresponde. Bien.

Abren la puerta. Nos apartamos de un salto. Joder. Entra mi mánager.

—¿Interrumpo? —Nos mira con cara de importarle bastante poco si lo ha hecho.

—No, tranquilo —contesta Lea.

—Jason, esta es Lea. Una amiga.

—Ya... Están con las pruebas de las luces, así que en marcha.

El muy gilipollas se queda ahí.

—Ahora voy.

Me fulmina con la mirada, pero se va.

—Tengo que irme. —Me acerco de nuevo a Lea.

—Vale. Te espero fuera. Luego nos vemos, ¿no?

—Claro, no tardaré más de una hora. Ve a donde quieras, y después cogemos un taxi para dejar tu mochila en el hotel.

El ensayo no sale tan bien como debería, estamos todos agotados. Hacemos un repaso rápido y, en menos de media hora, nos dejan irnos a descansar. Por mí, perfecto. No pierdo el tiempo y salgo a buscar a Lea. La veo en un banco, leyendo su *e-book*. Sonríe. Hay cosas que no cambian.

—¿Nos vamos?

Lea se sobresalta cuando le hablo por detrás.

—Qué susto me has dado.

—¿Estaba interesante?

—Pues la verdad es que sí, los protagonistas se iban a liar ahora.

—Quieres seguir leyendo un poco más, ¿verdad?

Me mira con ojos felices, aprieta los labios, pero se le escapa una sonrisa cuando asiente.

—Anda, hazme un hueco en el banco y léemelo en alto. Veamos qué pasa.

Lea se mueve y sonrío.

Comienza a leer. Están en un sofá. Describe cómo se van acercando. Cómo se besan. Se tocan por primera vez. La chica cuenta lo que siente con mucho detalle. Cómo sube su temperatura. Joder, ahora soy yo el que tiene calor.

—Lea, para. —Le quito el *e-book* de la mano—. Vamos al hotel. Si quieres, lees más allí, pero no me hagas esto aquí. —Se ríe—. La pego a mí con mi mano en su cintura. Su cara frente a la mía, sonriéndome—. ¿Te hace gracia?

—Sí, la verdad es que sí, porque ni siquiera era una escena de sexo, era un beso.

—¿Como este? —Le doy uno corto en los labios. Lea se sorprende, pero me recibe con gusto. Me aparto.

—No, más bien, como este. —Me agarra la cara con las manos y me besa como si fuese su postre favorito. Nuestras lenguas se enlazan. Me separo y la levanto conmigo.

—Nos vamos al hotel.

Lea se ríe y para el taxi que pasa frente a nosotros en ese momento. Le doy al taxista el nombre del hotel que está cerca del Parque de la Ciudadela. Uno pequeño y barato. Nunca vamos en plan estrellas porque es un pastón y no es nuestro rollo. Lea me mira. Necesito hablar de algo porque esa lectura me ha puesto bastante y estamos en un coche con un tío que no conozco de nada. De pronto, recuerdo:

—Mierda, te había comprado una flor, pero me la he dejado en el camerino.

—Te lo estás inventando, no me has regalado una flor en la vida. —Levanta las cejas.

—Te lo prometo. Admito que ha sido por casualidad. Hemos desayunado en un bar que tenía varias a la venta en la barra y me ha parecido que te gustaría.

—¿Cuál era?

—¿La flor?

—Sí, qué tipo era.

—Ni idea, Julieta, era amarilla y como alargada.

—¿Retama?

—¿Desde cuándo sabes de flores? —Estoy flipando: conoce hasta el nombre en inglés.

—No sé, siempre me han gustado, pero supongo que estos últimos años he aprendido más.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

Llegamos al hotel. Tiene una fachada antigua y la recepción es diminuta, pero por dentro es sorprendentemente moderno. Doy mi nombre y, tras el *check in*, nos dan la habitación. Subimos en el ascensor, le agarro la mano y la acerco a mí de un tirón. Lea se ríe. Enseguida capturo sus labios con mi boca, y se deja llevar. Ya en nuestra planta, buscamos la habitación. Habitualmente, la comparto con Nate, pero me he asegurado de tener una propia en Barcelona para estar con Lea.

Entramos. Es bastante pequeña. La pared de la ventana es de piedra y el suelo de madera. Parece reformada hace poco. Aparte de la cama de matrimonio y las dos mesillas de madera clarita, no hay nada más. Lea deja su mochila en el suelo y, sin perder el tiempo, se empieza a desnudar.

—¿Impaciente?

—No seas capullo.

—Julieta, yo también, ¿no me ves quitándome la ropa en tiempo récord?

Se ríe. Me acerco a ella y la cojo en volandas para apoyarla contra la pared. Mis labios directos a sus pechos son solo el comienzo de dos horas en la cama reencontrándome con mi cuerpo favorito.

—Estaría bien si me pudiese quedar unas semanas para que recorriéramos España en coche — digo mientras juego con su pelo, tumbados en la cama.

—Sí.

—Al final, como no vine a Valencia, me quedé sin ver todo esto. Siempre quise viajar por aquí.

Lea, pensativa, se pone de rodillas en la cama.

—Tengo una idea. Me han hablado de un sitio; no lo conozco, pero vayamos a verlo. Será nuestro pequeño viaje por España.

Se levanta y tira de mí a la vez que suena mi móvil. Pienso en no contestar, pero veo que es un número que no conozco y lo hago no vaya a ser importante. Tenía una entrevista con una radio local por teléfono y no me acordaba. Sí era importante. Lo pongo en silencio y le explico a Lea que necesito atender esta llamada quince minutos. Ella se ducha mientras yo respondo a las mismas preguntas que siempre, sentado en la cama, con la cabeza en nada más que esa bañera.

Salimos con un mapa y las indicaciones del chico de recepción de cómo llegar al lugar que Lea tiene en mente. Durante veinte minutos, viajamos en un autobús plagado de gente. Caminamos un poco hasta que llegamos a una muralla.

—Bienvenido a Poble Espanyol, un trocito de cada comunidad autónoma. Vamos.

Lea se pone delante de mí y la sigo, mirando a mi alrededor. Entramos a una plaza enorme con soportales y varios edificios que representan arquitecturas diferentes. Cogemos una de las calles que dan a unas escaleras. Lea me explica que son las gradas de Santiago de Compostela, donde acaba el camino de los peregrinos. Llegamos a una plaza con un torreón, donde hay un grupo de personas bailando música regional. Me coge de la mano y nos unimos a ellos. Giramos y reímos. Mucho. Tomamos unas cervezas. Bailamos un poco más. Seguimos nuestro paseo entre réplicas de pueblos españoles y tiendas de artesanos. Lea sonríe cuando encontramos arquitectura de su tierra, se siente en casa. Nos perdemos entre unas calles estrechas de casas blancas que, según me dice, son típicas del sur. Allí descubrimos un patio andaluz y degustamos unas tapas a ritmo de guitarra española. Nos besamos. Hasta que le recuerdo que en Barcelona hay playa. Lea se levanta de un salto y me pide que vayamos a verla.

Todavía son las cuatro de la tarde y el sol calienta la ciudad. Cogemos otro autobús para llegar a la playa de la Barceloneta. Las palmeras y el paseo que la bordean nos reciben y me recuerdan a Miami Beach. Es inmensa, con la arena dorada. Al fondo, se aprecia un edificio que hace de vela. Compramos un pareo a un vendedor ambulante y nos sentamos muy cerca el uno del otro. Lea juega con la arena mientras se frota la frente por el calor que hace.

—No hubiésemos aguantado la temperatura de Valencia —me dice.

—Probablemente, no. —Río, abanicándome yo también.

—Nosotros somos más de norte. —Me mira, y me da la sensación de que quiere decir algo más.

—Sí. —Extiendo las piernas y la siento sobre mí, con sus piernas a un lado. Me quedan pocas horas con ella. Le quiero preguntar qué está pasando por su cabeza.

—¿Eres James Rivers? —Una chica viene hacia nosotros.

—Sí.

—Lo sabía. —Mira a su amiga, detrás de ella—. Vamos a vuestro concierto. Me encantáis desde

que os vi en el cameo de *Anatomía de Grey*.

—Gracias. ¿Queréis pases de *backstage*?

Es algo que siempre hacemos. Si alguien es tan fan como para acercarse y decirnos que va al concierto, solemos darle la oportunidad de invitarlo a un *meet & greet*.

—Sí, claro.

—¿Cuántas sois?

—Tres.

—Dime tu nombre.

—Alicia Ferrer.

Saco el móvil y le escribo un mensaje a mi mánager.

—Hecho. Mañana os dejarán pasar. Podéis ir una hora antes, y os presento al resto.

Ellas dos se miran sin poder creérselo.

—Gracias, gracias, James.

—De nada, mañana os veo —las corto, a ver si nos dejan solos.

—¿Te sacas una foto con nosotras? —pregunta la amiga. Lea se va a levantar, pero la sujeto para que no lo haga.

Joder. ¿No se da cuenta de que está interrumpiendo?

—Tengo a mi chica encima y estábamos en medio de una conversación. Mañana hacemos las que queráis. ¿Te parece?

—Sí, sí, perdona, os dejamos.

Se van, y Lea no para de mirarme como si viese por primera vez al James que nunca llegó a conocer.

—¿Esto te pasa mucho? —pregunta con curiosidad.

—En Europa, no; de hecho, esta es la segunda vez que me reconocen, y llevamos tres semanas de gira. Pero en Estados Unidos sí, a veces. Los conciertos son más grandes. He colaborado en varios videoclips. Una vez al día, me reconocen.

—Eso es un poco mierda, ¿no?

—En Washington, alucinarías. Vamos un par de veces al año a festivales, además de hacer también nuestros conciertos. Llenamos. Miles de personas se saben nuestras canciones y vienen a vernos a nosotros.

—Te gusta.

—¿Que me reconozcan?

—No, esta vida.

—La verdad es que no. Me gusta la música, pero despertarme cada mañana en un sitio, estar a punto de palmarla por el drogadicto de mi banda y pasarme el día agotado no me gusta nada.

—¿Estás pensando en dejarlo?

—Creo que sí. Te lo quería preguntar a ti.

—¿A mí?

—Sí, siempre me has dado buenos consejos, a la uni fui porque tú me diste la idea.

—No sé, esto es muy personal. No sé si meterme. ¿Qué harás si lo dejas?

—Productor, quizás. Me lo ha propuesto varias veces Rick, el de la discográfica de mi padre. Creo que disfrutaría y valdría para ello.

—¿En Nueva York?

—Sí.

—Es uno de mis posibles destinos el curso que viene —dice Lea muy bajito.

Le levanto la barbilla para que me mire a los ojos.

—¿Cómo?

—Tengo que hacer las prácticas. Como estudio Relaciones Internacionales, recomiendan hacerlas fuera. Yo quiero un sitio donde se hable inglés para dar lo mejor de mí. Son prácticas, pero me tocará trabajar de verdad. Las opciones son Londres, Dublín, Belfast y Nueva York. Aún no sé cuál elegir.

—Lea, ¿quieres que vayamos los dos a Nueva York en septiembre y estemos juntos de nuevo?

—Faltan seis meses aún y las practicas duran menos de un año. ¿Para qué meternos en toda esa historia para que acabe mal? Al final, siempre pasa algo y vuelta a llorar.

—No digas eso.

—Es verdad, y lo sabes. Pero me gusta mucho lo que tenemos ahora. Te eché de menos esos años, hablar contigo. Si voy a Nueva York, me gustará que estés allí para vernos de vez en cuando.

Si viene a Nueva York, no va a estar conmigo de vez en cuando, de eso nada. Pero eso ella todavía no lo sabe.

► **CANCIÓN: *Mi religión* - Nil Moliner**

Lea

Me despierto. La luz que se cuele entre las cortinas me indica que es tarde. Estoy sola en la cama. Cojo el móvil para mirar la hora. Las doce y media. Anoche nos quedamos prácticamente la noche en vela hablando. Veo un mensaje de James: «Nos han puesto el ensayo dentro de una hora. Bajo a por algo de comida para los dos, enseguida subo».

Me levanto y voy al baño a darme una ducha. Huelo a rayos después de estar todo el día de ayer fuera y de pasar la noche con James. Cuando el primer chorro cae sobre mi cabeza, entra James al baño.

—Buenos días, he traído el desayuno. —Se apoya en el lavabo y contempla mi cuerpo desnudo. No parece que tenga intención de irse. Me quedo cohibida, no sé muy bien qué hacer.

—¿Puedes esperar fuera?

—¿Por qué? —Me mira a los ojos y cruza los brazos.

—Porque sí, me estoy duchando.

—¿Y?

—Pues que salgas, me da vergüenza que me mires mientras lo hago.

No tiene ningún sentido, lo sé, me ha visto cientos de veces desnuda, también en estas últimas veinticuatro horas, pero me la da. Me parece algo propio de las parejas, no de amigos que se lían, que es lo que somos ahora mismo.

—Me estás vacilando, ¿no?

—No. —Pone cara de no creérselo. Se quita la camiseta y los pantalones y se acerca con los calzoncillos puestos—. ¿Qué haces? —digo según pasa a la bañera.

—¿Por qué te da vergüenza? —Me agarra de la cintura y me mira serio—. Nos hemos duchado muchas veces juntos.

—Es diferente, antes éramos pareja.

—¿Y qué?

—Que es raro que te quedes ahí, observando cómo me ducho sin más. Es demasiado íntimo.

—Lea, perdiste la virginidad conmigo y la última vez que nos duchamos juntos te enseñé a tocarte para que disfrutarás tú sola. Creo que pocas cosas habrá más íntimas que esas, y por mucho que no estemos juntos, eso no se olvida.

—Menos mal que te he pedido que no me avergonzaras.

Coloca mis manos detrás de su cintura y me retira de la cara el pelo mojado.

—No pretendo avergonzarte, de verdad que no. Solo digo que quiero que seas la auténtica Lea conmigo, la mía. Que yo no soy un tío que conoces de una noche ni de una semana. —Me mira con sus manos apoyadas en mi espalda—. Me encanta mirarte y tocarte cuando me apetezca, y que lo hagas tú también. Siempre lo hemos hecho. No quiero que lo perdamos.

Lo miro a los ojos. Y lo beso, porque he entendido cada palabra suya. Y yo tampoco quiero que lo perdamos para lo poco que nos vemos.

—A mí también me gusta que me toques —digo, rozando mis labios con los suyos.

—¿Te digo un secreto? —Se acerca a mi oído y susurra—: Ya lo sabía. —Y sonrío mientras masajea mi espalda. Me río yo también, y lo pego a mí.

Tras la ducha, James se viste, y se va con un *muffin* y el café para llevar. Al final, no nos ha dado tiempo a desayunar juntos. Me siento en la cama, envuelta con la toalla, y me planteo si sería

posible volver a estar con él. Me encantaría que funcionase, pero nuestras vidas hoy en día son tan diferentes que no lo tengo claro. Él de ciudad en ciudad, planteándose si asentarse en Nueva York para labrarse una carrera en la discográfica. Yo en mis últimos años preparatorios, donde me juego mi futuro: optar a un buen trabajo, ser autosuficiente. No puedo renunciar al esfuerzo y la dedicación de estos últimos años por un chico, por mucho que sea mi primer y único amor. Necesito demostrarme que estoy capacitada para lograr mis metas. Quiero ser Lea Garai, una mujer independiente. Tengo que tomar decisiones pensando en mí, a mi manera. Por todo ello, no puede ser aún, es demasiado pronto. Eso no quita para que disfrutemos de estar juntos cuando nos veamos. Porque por unos días el mundo deja de girar. Y en él, solo estamos él y yo.

Llamo a mis padres para hacer un poco de tiempo y darles señales de vida, porque, desde que llegué, solo les he mandado mensajes. Me preguntan por James, y me dan recuerdos para él. Sonrío porque, al contrario de lo que yo pensaba al principio, congeniaron bastante bien cuando se conocieron. Desayuno mientras charlo con ellos, aunque es más la hora de comer. Reviso mis grupos de la uni, a ver si se me ha pasado algo, porque mañana entregamos varios proyectos; pero la realidad es que en todos se están contando la noche del sábado.

Recojo la poca ropa que he traído para no ir cargada. La que he reservado para hoy me encanta: unos pantalones cortos y un *body* con cuello halter para ir cómoda al concierto, con las mismas zapatillas que ayer. El secador del hotel tarda una eternidad en secarme el pelo, así que desisto y me hago una coleta alta. Me pinto la raya de los ojos, me pongo un poco de rímel, colorete y los labios bien rojos; últimamente, me ha dado por pintármelos así para salir. Cojo mi chupa de cuero y me miro al espejo. No hay lugar a dudas de que voy a un concierto.

Me marcho sin pasar por recepción porque James me ha comentado que de eso se encarga su *mánager*. Me apaño bien en el metro, ya que no tengo que cambiar de línea. Me acerco a la puerta en la que James me esperaba ayer, y una persona con cara de pocos amigos me impide la entrada.

—Hola, he quedado con James, el cantante.

—Sí, claro, bonita. —Mira para otro lado.

—No, en serio, soy amiga suya, estoy en la lista.

—No tengo ninguna lista, guapa.

—¿Puedes dejar de llamarme guapa y bonita? Gracias. ¿Qué tengo que hacer para que me dejes entrar?

—Si no te vienen a buscar, no pasas, se-ño-ri-ta —contesta con retintín.

—Vale, gracias. —Me doy la vuelta y busco el móvil en mi bolso grande.

—¿Lea? ¿Eres tú? —me preguntan en inglés.

Miro, y es Nate. En mi cara se dibuja una sonrisa inmensa de la ilusión que me hace volver a verlo. Creo que hasta se me humedecen los ojos. Corro hacia él. Se contagia de mi alegría y me abraza fuerte.

—Joder, Lea, ¡has cambiado un huevo! Estás tremenda.

—Aquí, el del grupo de música, tocando para sus *fans* de Europa... ¡Estás guapísimo!

—¿Qué haces aquí fuera?

—No me dejan pasar.

—Si estás en la lista.

—Dice que no la tiene.

—Vamos, yo te meto.

Según entramos por la parte de atrás de la discoteca, veo salir a James por una puerta con el móvil en la mano.

—J., tienes visita —dice Nate.

James levanta la mirada y se le ilumina al verme. Muero. Llevaré con él los últimos dos días, pero cada vez que me acerco, siento cómo la sangre se acelera por mis venas. Le sonrío. Me enseña el móvil.

—Te iba a llamar ahora. —Agarra mi cintura con el brazo. Me da un beso en los labios y se aparta para mirarme. Me abre la chupa y descubre mi *body*. Creo que nunca me ha visto así vestida. Los años han hecho que me sienta bien con mi cuerpo y, a veces, me atrevo con prendas de este estilo. Me susurra al oído—. Me encanta lo que llevas puesto. —Noto hasta los deditos de los pies cuando lo dice.

—¿Qué tal vais? —cambio de tema porque estamos en un pasillo con gente alrededor.

James se separa ligeramente.

—Tenemos una reunión de última hora, y no te puedo meter. Te dejo en la sala de espera, ¿vale? Imagino que estará la chica de ayer, la de la playa. Media hora, máximo. ¿Te parece bien?

—Vale, sí, tranquilo.

—Ven aquí. —Me coge del brazo y me acerca a él. Me da un beso tierno—. Te llevaría conmigo el resto de la gira.

—Ya sabes que no puedo. —Lo miro con cariño porque yo también iría.

Un chico me acompaña a una sala donde hay varias de lo que intuyo que son fans sentadas en los sofás. Enseguida reconozco a las dos de ayer, que me sonrían, y les devuelvo el saludo. Todas hablan como si se conocieran. De pronto, una chica de rizos con un minivestido me pregunta:

—¿Tú a por quién vas?

—¿Cómo que a por quién voy?

No estaba atenta a su conversación. No creo que pregunte por los del grupo, ¿no? Así, tan directa...

—¿Quién te gusta de los cuatro? Hay que conocer a la competencia antes de atacar.

¿Esto es una broma?

—Yo soy amiga de ellos, de James, concretamente.

—Ya te gustaría, chata —contesta con chulería, riéndose.

—Es cierto, yo la he visto con él —dice Alicia, la chica de la playa.

—Venga ya. ¿De qué lo va a conocer? Me sé la vida de James entera y es la primera vez que viene a España. No tiene amigos aquí, y mucho menos esta tía —replica sin mirarme, y ya me ha tocado las narices.

—Pues no debes de saberlo todo, porque no solo es que haya venido aquí anteriormente, sino que salimos durante tres años, cha-ta. Así que calladita estás más guapa. Como te he dicho desde el principio, soy amiga de ellos.

Joder con la tía, ha sacado lo peor de mí.

Se hace el silencio. Miro a Alicia, que sonrío. No se habla más en los próximos diez minutos, cada una mira su móvil. Yo llevo un cabreo importante. De pronto, se abre la puerta y entra James. Todas se ponen de pie.

—Hola, ahora vienen los demás —dice a las chicas—. Yo soy James. —Se sienta en la silla de al lado de la puerta.

Y hago algo muy poco propio de mí en público: me levanto con aires de marquesa, me siento junto a él y le doy un beso en los labios. James me corresponde, pero enseguida se separa y me mira confundido. Me coge de la mano y me saca al pasillo. Cierra la puerta.

—¿Y eso?

—Lo siento. —Mierda, Lea—. La he liado, ¿no?

—No, no la has liado, me da igual lo que piensen, pero no te pega nada esa reacción.

—Es que hay una tía ahí dentro que me ha preguntado a por quién iba, que quería saber con quién competía esta noche. Y cuando le he dicho que te conocía, me ha soltado que me lo estaba inventando. Mierda, lo siento, no lo he pensado, solo he reaccionado al verte entrar.

Si es que por algo siempre analizo las cosas, porque si no, hay consecuencias.

James no dice nada, solo aprieta los labios, pero se le escapa una sonrisa.

—Querías marcar territorio.

—Sí, no te voy a mentir. Un poco.

—Bien, no me importa. —Se pega a mí y me da un pequeño beso en los labios—. Pero, recuerda: eso significa que yo también puedo marcarlo si lo veo necesario en alguna ocasión. —Y me guiña un ojo. Me da la mano—. Entremos de nuevo.

El *meet & greet* va mejor de lo esperado; excepto la rizas, el resto son agradables. Hablamos en grupo, y Nate se lleva todo el protagonismo contando historias de la primera gira. La que yo no llegué a vivir. Escucho las anécdotas con James a mi lado. Cantan una canción a capela, con Grey marcando el ritmo en la silla, y se hacen varias fotos.

Quince minutos antes del concierto, nos levantamos, y un chico acompaña a las *fans* a un reservado. James me hace un gesto para que lo siga. Lo hago a una distancia prudencial porque me da la sensación de que me lleva a algún lado al que no se puede ir. Se para delante de una chica con el pelo moreno corto estilo boyish, y me señala. Me acerco a ellos.

—Esta es Nuria, la responsable de la sala, te guiará al lateral del escenario. No es el mejor sitio para ver el concierto, pero así estás cerca.

—Encantada, Lea, ponte esto, por favor. —Me da un chaleco gris con el nombre de la sala—. Y acompáñame.

James me da un beso en la frente.

—Te veo luego, no te vayas antes de que acabe.

—No, pero al finalizar me voy directa a la estación.

Comienzan a tocar. Hay mucha gente. No solo espectadores, sino personas que trabajan en el concierto. Corren de aquí para allí, cambiando guitarras, repartiendo aguas y vestuarios. No había visto nunca una actuación desde aquí, y me abruma. Desde que he llegado, estoy un poco agobiada. Me he dado cuenta de que no llevaría bien esta vida de James porque yo no soy así. Necesito calma y estabilidad, no podría aguantar la inseguridad que siento en estos momentos. Me veo fuera de lugar, y por mucho que me guste estar con James y oírlo cantar, no me encuentro a gusto. Pero me alegro por él, mucho, porque lo merece.

Acaban con unos besos que son una pasada. No he dejado de bailar y cantar. James sale el primero, me levanta por los aires y rodeo su cintura con mis piernas. Lo beso, contagiada de su excitación postconcierto.

—Acompáñame al camerino, que voy a darme una ducha —dice, entre mis labios.

—No me da tiempo, debo irme ya para no perder el tren de noche.

Me lleva en volandas y nos metemos en el camerino, me besa contra la puerta.

—James, de verdad, lo siento, pero me tengo que marchar.

Pega su frente a la mía y me baja. De pronto, un golpe hace retumbar la puerta en la que estoy apoyada.

—¡James! ¡Abre! —grita una chica en inglés.

Lo curioso es que su voz me suena. James se pone blanco. Me aparto a un lado.

—Te lo tenía que haber dicho antes. Perdóname.

Abre, y aparece una mejoradísima Blake. ¿Qué coño está pasando? ¿Es su novia?

—Hola, Lea, qué sorpresa encontrarte aquí, hacía años que no te veía —dice con naturalidad—.

James, habla con tu mánager, porque no estoy en la lista como de costumbre; la próxima vez, que no me tengan tanto tiempo fuera.

—Blake, ¿qué haces en España? —dice James y se acerca a ella.

—¿Vosotros estáis juntos? —Es superior a mis fuerzas, no puedo evitar preguntárselo.

—Sí, desde hace dos años.

Mis ojos se desencajan. ¿Qué? No puede ser, llevan juntos dos años. Y nosotros, tres separados. Y nos hemos visto en Ginebra y en Barcelona. ¿Le ha puesto los cuernos conmigo? Mierda, me va a estallar la cabeza.

—Blake, no te vengas arriba, que tú y yo solo follamos. No hablamos ni por teléfono.

—Por teléfono sí me llamas en mitad de la noche cuando te sientes solo. —La rubia le guiña un ojo.

—Joder, Blake, cállate.

—Creo que voy a potar. —Salgo del camerino.

James me agarra del brazo y me sigue.

—Lea, no estamos juntos. Lo juro.

Me apoyo en una pared. Él se pone frente a mí. Pienso. No puedo enfadarme con él, no tengo ese derecho. Y si soy sincera, ni me sorprende. James me mira, como analizándome.

—Había pensado muchas veces en decírtelo, te lo prometo, pero no quería que nos trajera malos recuerdos para las pocas horas que nos vemos.

—No le estás poniendo los cuernos conmigo, ¿no?

—No flipes, Lea, ni de lejos. Hacemos los dos lo que queremos, solo que de vez en cuando coincidimos en ciudades. Pasamos meses sin vernos.

—Vale.

—¿Seguro?

Ni él se cree que no le vaya a montar un pollo por esto, pero, qué puedo decir, seré más mayor, tendré más experiencia y, sobre todo, seré más realista.

—Sí, yo me tengo que ir ya. Solo dime que no se va a quedar esta noche. Después de estar conmigo, me da un poco de grima.

James sonrío y asiente.

—No se va a quedar. Voy a hablar con ella un momento y me voy con el grupo en el bus.

—Vale.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—No sé, a ver si podemos coincidir como este finde en otro destino antes de que os vayáis de Europa.

—Hecho. Te escribo.

Salimos, paramos un taxi. Me abre la puerta. Dejo la mochila dentro y, cuando voy a entrar, me agarra de la cintura. Me pega a él. Nos damos un beso digno de Barcelona. De los que te dan ganas de levantar el pie.

—Cuidate —me pide.

—Tú también.

Blake

Entra James en el camerino solo, veinte minutos después.

—Blake, ¿qué coño pretendías jodiéndome así?

—¿Jodiéndote? —Esto es una puta broma—. ¿Te he molestado, James Dean?

—Blake, sabes a lo que me refiero.

—No, no me da la gana. Paso de que vuelva a aparecer y lo rompa todo. Como cuando llegó a Willport.

—Blake, Lea no rompió nada, nosotros nunca hemos estado juntos.

—¿Pero cómo que no? Si has pasado más tiempo liándote conmigo que con ella. —Joder, que llevamos liándonos todos los veranos desde que somos críos.

—Blake, vamos a ser claros: siempre ha sido Lea. Lo sé yo y lo sabes tú.

Será cabrón.

—Vete a la mierda.

—Donde quieras. Pero tú y yo no hemos estado nunca juntos. De hecho, hemos mantenido esta conversación muchas veces, no sé de qué te sorprendes.

—Esperaba que hubieses cambiado de opinión.

—No lo voy a hacer, Blake. —Me mira a los ojos con lo que intuyo es cierta pena.

—Lo hiciste por ella.

—Ella es diferente.

—¿Qué te da que no te dé yo? —Necesito saberlo.

—Blake, no voy a hablar contigo de lo que tengo con Lea. ¿Qué haces en Barcelona?

—Teníamos un congreso de enfermería en París y varios compañeros decidimos visitar la ciudad unos días. Vi por las redes que tocabais aquí y quise darte una sorpresa. —Omito que la propuesta de continuar el viaje en Barcelona fue mía porque esperaba ver que no quedaba con ella, pero, una vez más, Lea ha ganado.

—Yo me voy ya, que pierdo el bus.

—Así que me dejas aquí tirada, como si nada. —He venido a Barcelona a verlo. Y se va. Pensé que estaba hablando con ella y ahora se iba a quedar un rato conmigo al menos por haber venido. Si es que eres tonta, Blake, no aprenderás nunca.

—No te estoy dejando tirada porque no sabía ni que venías.

—¿Sabes qué? No me llames más. —Me levanto hacia la puerta.

—Si eso es lo que quieres, vale.

El sonido al cerrar la puerta retumba en mi cabeza. Porque sé que no tendrá que hacerlo, porque, por mucho que no quiera, caeré; y lo haré yo y aceptaré cualquier cosa que me ofrezca porque yo sí estoy enamorada de él.

James

Boston, abril

Al final no pude ver a Lea otra vez en la gira. Y, de vuelta en Boston, no pienso en otra cosa: necesito un plan para que volvamos a estar juntos. Quiero empezar a luchar por ella antes de que sea demasiado tarde. Ella quiere. Lo sé. La conozco. Pero necesita un proyecto que encaje con ella, con su futuro.

He acabado la universidad y voy a dejar el grupo, lo he decidido. El accidente solo fue el comienzo de empezar a darme cuenta de que no podemos seguir con esta vida, yo al menos. Grey sigue con sus andadas como si no hubiese estado a punto de matarme y quiero escapar de este ambiente. No más giras, mánager controlando cada movimiento mío y fans a las que tengamos que atender con una sonrisa aun teniendo un día de mierda o una resaca que me haga arrepentirme de la noche anterior. Y lo único que tengo claro sobre qué quiero hacer a partir de ahora es estar con ella. No me importa dónde. Buscaré trabajo. No podemos vivir en ciudades diferentes, eso nos mató. Mientras estuvimos en la misma ciudad, nos fue bien, bueno, casi siempre. Pero la distancia está descartada.

En Bilbao, podría dar clase de música, pero no debo ir allí; ella tiene que darse cuenta de que quiere estar conmigo. Además, su idea es estudiar fuera el año que viene. Si voy donde Lea vaya, sentirá que la persigo. Pero si viene a Nueva York, los dos trabajando aquí, volvería a conquistarla. La oferta tiene que ser irrechazable: un sitio donde alojarse en la gran ciudad. Que Nueva York sea la mejor de las opciones que baraje. No aceptará irnos a vivir juntos. A no ser que...

Esa misma noche, llamo a mi madre.

—*Mum*, ¿el piso en el que vivíais *dad* y tú cuando nació está libre?

—Sí, lo he alquilado durante mucho tiempo, pero ahora voy a cambiar la cocina y el baño. La idea es que Sophia se lo quede.

—¿Está habitable? ¿Podrías dejármelo unos meses antes de hacer la reforma?

—Sí, claro, es viejo, pero la calefacción funciona y hay muebles. ¿Quieres vivir ahí?

—*Mum*, voy a contarte algo, pero no me hagas muchas preguntas porque no tengo respuestas.

—De acuerdo, dime.

—A Lea le han ofrecido unas prácticas en la Cámara de Comercio Española en Nueva York.

—¿Lea Lea?

—Sí, he quedado con ella un par de veces este último año, cuando he estado en Europa.

—¿Qué? ¿Estáis juntos otra vez?

—No, pero eso es lo quiero. Estando aquí, intentaría convencerla para que volvamos.

—James —dice mi madre con ternura.

—*Mum*, por favor, recuerda que no tengo respuestas. ¿Me dejas el piso o no? ¿Le puedo ofrecer a Lea que vivamos allí, cada uno en su cuarto?

—Sí, sí, claro. Te doy las llaves y lo ves. Hay que comprar algunas cosas, pero se puede vivir.

Una semana más tarde, llamo a Lea por teléfono. Nos hemos mandado algún mensaje genérico y sé que aún no ha elegido las prácticas, pero que lo hará pronto.

—Tengo una propuesta para ti.

—Dime.

—Mi madre tiene un piso de dos habitaciones en Chinatown. Mi padre y ella vivieron allí hasta

que ahorraron dinero para comprarse una casa mejor. He ido a verlo; está viejo, pero con un poco de pintura y unos muebles de Ikea, quedará bien. El barrio es cutre, aunque con vidilla, en pleno Manhattan. He pensado en irme allí para no vivir en casa de mi madre cuando trabaje en la discográfica. Hay una habitación libre, si quieres.

—¿Me estás pidiendo que viva contigo en Nueva York?

—Te estoy ofreciendo una habitación gratis si vienes a Nueva York, creo que son dos cosas muy distintas. Te ahorrarías mucho dinero y quebraderos de cabeza porque aquí es imposible encontrar un piso decente por unos meses solo. Además, es una de las grandes ciudades del mundo, lo mejor para el currículum. Y ya de paso, un año juntos como amigos o lo que quieras.

—Hemos dicho que como amigos que se ven de vez en cuando.

—Vale, lo que quieras. ¿Te la quedas? La habitación, digo.

—¿No sería un poco raro, James? ¿Tú y yo ahí? ¿Y si traes a alguien y estoy yo? Una chica, digo.

—Julieta, estás loca si crees que voy a llevar a una tía contigo ahí.

—James, no lo veo. Nos vamos a liar, y lo sabes.

—Te digo otra cosa: en septiembre, el piso se queda vacío. Vivirías sola porque yo me he comprometido a hacer una última gira que acaba a mediados. Además, tengo que hacer cosas en Boston. No voy a estar en Nueva York en todo el mes. Aprovéchalo, al menos, para habituarte a la ciudad mientras buscas piso. —Se me acaba de ocurrir esto y creo que lo he clavado: va a decir que sí.

—Vale, de acuerdo, si estoy sola, voy allí. Me gusta la idea de Nueva York porque conozco a una chica de Ginebra que va también, las prácticas son una pasada y, bueno, estás tú. —Se calla un instante, y continúa—. Buscaré alojamiento desde tu casa. Pero déjame un mes sola. Luego, cuando tenga mi piso, ya haremos para vernos. No vengas en septiembre a la casa.

Y ya está. Lea escogerá Nueva York. Perfecto. Seguimos con el plan.

Lea

Bilbao, agosto

—Así que te vas a Nueva York. Vas a volver con él —dice Miren y da un trago a su cerveza.

—No.

A mi alrededor, veo a cantidad de gente disfrutando. Yo también, claro. Estamos en medio de una comparsa en fiestas de Bilbao. Es curioso lo de las fiestas patronales: sean donde sean, siempre se respira buen rollo, y eso mola, mucho.

—¿Cómo que no? ¿No te vas a liar con él? —pregunta Miren, atenta a mi respuesta.

—No, bueno, no sé. Igual algún día sí, supongo, pero estamos bien ahora. Prefiero seguir soltera, pensar solo en mí, en que voy a trabajar en Nueva York. Disfrutaré de la ciudad y quedaremos a veces, pero nada más. El año va a pasar muy rápido, al final no lo veré tanto.

—Tú flipas. Que no os veréis tanto, dices. ¿Aún está igual de bueno?

—Mejor.

Miren se carcajea.

—Mira, al menos, para unas noches, si te apetece, ya tienes compañía. Déjame tu teléfono, voy a llamar a Naroa, que no sé dónde hostias se ha metido y no tengo batería.

—Toma, voy a por un Kalimotxo. ¿Tú quieres algo?

—Pide una canción. Una de reggaetón.

—Miren, no me líes, voy y vuelvo. —Le encanta pedir canciones, es su diversión de la noche. Va en busca del DJ, de camino conoce a gente, se toma algo, pide una canción y la bailamos como locas.

Me abro hueco en la barra como puedo. Junto a mí, hay un grupo de chicos. Reconozco a uno al instante: Luka, el surfista que estudiaba Ingeniería mi primer año aquí. Se acerca con su mirada fija en mí. Está guapo el tío, bueno, siempre ha sido guapo.

—Hola —lo saludo—, hace años que no te veía.

—Ya, es que viajo mucho por trabajo.

Nos pegamos más a la barra para hacernos hueco.

—¿En qué trabajas?

—En obra civil, me toca ir a ciudades árabes tipo Doha, Riad y así.

—Qué interesante. ¿Y qué haces allí? ¿Dónde vives?

—Básicamente, trabajo y duermo en hoteles. Tengo algún amigo de la obra. Y si puedo, en cada viaje me escapo un día a visitar algo de la zona. Voy y vengo a temporadas. ¿Y tú?

—He acabado la uni, pero me quedan las prácticas. Me voy a Nueva York enseguida, las haré en la Cámara de Comercio.

—No te va mal a ti tampoco. Estuviste de erasmus en Ginebra, ¿no?

—Sí.

—Erasmus es una pasada, yo fui a Turín.

—Pues cerca, nos podríamos haber visto. —Me mira los labios mientras hablo.

—Te hubiese acogido bien.

Y veo su intención ahí. Me paro un segundo a analizarla, y quiero hacerlo. Es Luka, en el fondo, siempre me gustó. Entonces no podía, pero ahora sí. Él viaja y yo me voy. Perfecto para esta noche. Oigo cómo su grupo lo llama.

—Mis amigos se marchan, pero, si quieres, me quedo —dice él.

—Quédate.

Luka sonrío y asiente.

No pierde el tiempo. Mete sus dedos entre mi pelo y acerca su cabeza a la mía. Nuestros labios se descubren en una barra de fiestas de Bilbao. Hablamos un poco mientras nos tomamos otra ronda. Nos besamos más hasta que decidimos irnos de allí. Acabamos en mi casa, que estoy sola con mi hermano, y es una noche mágica de agosto.

Cuando me despierto, Luka se ha marchado. Tengo un mensaje suyo: «Me voy de viaje y tengo que hacer la maleta. Vuelvo en tres semanas. Si quieres, quedamos para cenar antes de que te vayas. Lo pasé bien ayer». Le contesto: «Yo también lo pasé bien ayer. Escríbeme, y cuádranos para vernos. Buen viaje».

Lea

Nueva York, septiembre

Llego con mi maleta mediana. La experiencia me dice que siempre es mejor llevar solo lo imprescindible, que en Nueva York hay de todo y el apartamento está amueblado. El portal huele mal, fatal. Miro a mi alrededor y solo veo colores y gente moviéndose. Una calle repleta de coches, bicis, peatones. Y no son chinos. Son de todas las nacionalidades. Una mezcla del mundo entero en cien metros. La señora de la frutería de enfrente, esta sí es china, me da las llaves y me hace un gesto extraño. No me acuerdo cómo se saludan los asiáticos. ¿Cómo lo hacía Xia?

En el portal, casi me choco con una mujer con cara de pocos amigos. Subo al primer piso y abro el departamento 18. Enciendo la luz y me enamoro al instante. Es viejo, mucho, pero las paredes están muy blancas, y combinan perfectamente con los muebles antiguos y el suelo de madera fina.

A mi derecha, una zona de estar del tamaño justo y una cocina abierta con mesa en medio. Es cutre, pero con rollo. Al fondo, se ven dos puertas. Hay una nota en una de ellas. La cojo: «Esta es tu habitación. Si no te gusta, cambia lo que quieras. Bienvenida, Julieta».

Entro, es pequeña y sin ventana, pero me gusta. Es mía. Tiene una cama nido con un cabecero de madera. Al lado, una mesilla blanca que parece nueva. En vez de armario, hay un burro para la ropa y unas cajoneras abiertas, metálicas y transparentes. La verdad es que molan bastante: son grandes y se ve el interior. Y no hay nada más porque no hay espacio.

Me tumbo en la cama y miro al techo. Estoy en Nueva York. Vivo en Chinatown. Mañana cogeré el metro para ir a mi primer día de trabajo.

Vivo en casa de James. Voy a estar hasta junio en la misma ciudad que él.

Luka, qué majo, que me ha llevado al aeropuerto. Es buen tío. No nos habíamos vuelto a ver y hemos sido muy prudentes hasta ese último beso, que ha sido precioso.

Me levanto, miro la hora y pongo música. Subo el volumen a tope. Bailo y canto mientras organizo lo que he traído. Cuando me doy por satisfecha, guardo la maleta vacía en un armario de la entrada. Observo mi alrededor y me doy cuenta de que a la única persona que quiero llamar para contarle lo ilusionada que estoy es justo a la que tengo que avisar de que ya he llegado, tal como le había dicho.

—Hola —sonríó, aunque él no lo vea—, ya estoy en Nueva York.

—Me alegro. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien.

—¿Te han dado de comer o qué? Mira que te tenía preocupada que no lo hicieran porque era una *low cost*.

—No me tenía preocupada, solo me lo preguntaba.

—Llámalo como quieras, Julieta. ¿Te gusta el apartamento?

—La verdad es que sí.

Hablamos diez minutos sobre dónde están las cosas en la casa y por el barrio. Me explica cómo coger el metro y apunto las paradas.

—Te dejo, que voy a ensayar para una colaboración.

—Vale, yo bajaré a por algo de comer.

—¿No has abierto la nevera?

—No. ¿Qué hay? —Ando hacia allí con una ilusión enorme.

—Averígualo tú misma. Cuelgo ya. Hablamos pronto.

Dejo el móvil en la mesa y abro la nevera. Veo muchos quesos, mermeladas y una botella de lambrusco. Y nada más. Y me río. Porque me encanta que supiera que esto es exactamente lo que me apetecería en mi primer día en Nueva York.

A la mañana siguiente, me doy una ducha y aprovecho para organizar mis utensilios del baño. El lavabo tiene un armario con tres baldas, una está llena de jabones, papel higiénico y toallas. Las otras dos, vacías, así que me apropio de una. Me visto con unos pantalones chinos azul marino y una camiseta beis con una chaqueta. Me encantaría ir con zapatos planos hoy, pero me calzo unos tacones porque no sé cómo vestirá la gente allí y prefiero pasarme que quedarme corta. Como llevo el pelo bastante largo, me hago una coleta para trabajar a gusto. Cojo mi bolso con las llaves, la cartera y el móvil, y salgo de casa preparada para mi primer día.

Sorprendentemente, no me pierdo en el metro y llego bastante rápido, veinte minutos antes de la hora. Voy al Starbucks de enfrente y me tomo un café mientras reviso mis redes. Miren me ve conectada y me hace una videollamada desde la playa. Le cuento lo mismo que le conté ayer por mensajes. Cuando quedan cinco minutos, me levanto y entro en el edificio de oficinas.

Madre mía, que esto es serio. Estoy en Nueva York y voy a trabajar. En inglés. Con gente adulta. En proyectos importantes. De pronto, me tiemblan las piernas y empiezo a sudar. Me quito la chaqueta. Subo hasta la planta que me han indicado y un chico joven me recibe. Se presenta como Ángel, el responsable de los becarios. Es de Madrid y lleva diez años en la ciudad. Me lleva hasta un box pequeñito, con una mesa, una silla y una cajonera. Me enseña la clave para encender el ordenador y me informa de que voy a trabajar con la base de datos hasta que me habitúe al programa. Se queda conmigo media hora más, explicándome lo que hacer. Y me paso las siguientes cinco horas mirando al ordenador.

Salgo de allí y no he conocido a mi jefa, la que se supone que me ha contratado, ni a nadie. Solo he hablado con una becaria que estaba al lado mío, pero poco porque me ha dicho que tenía mucho trabajo. No he hecho más que cortar y pegar nombres, correos y números de teléfono en una plataforma, y ni siquiera he hablado en inglés. Nada es como me lo imaginaba.

James: ¿Qué tal el primer día?

Lea: No ha ido mal,
pero tampoco excelente.
Sin más supongo.

James: ¿Estás bien?

Lea: Sí, me siento un poco sola,
pero mañana he quedado
con Anika, la chica de Ginebra.

James: ¿Quieres que vaya algún día
a verte cuando esté en Boston?
Me puedo organizar.

Lea: No, no hace falta.
Había pensado en visitar a tu madre y Sophia,
así las veo y paso la tarde con alguien.
¿Qué te parece?

James: Sí, claro, les encantará
¿Estás bien de verdad, Lea?

Lea: Sí, tranquilo, no te preocupes. Disfruta de la gira.

Lea: No hay lavadora, ¿no?

James: Sí, abajo.

Lea: No me digas que es un
cuarto de esos del sótano.
Yo no bajo sola ahí.

James: Ja, ja, hay una lavandería pública
frente a casa, está siempre llena de gente.
Ve a esa.

Lea: He ido a ver tres pisos compartidos ya.
Uno daba asco solo pasar de la puerta;
en el otro, había un tío que me miraba raro,
y el tercero, que era bastante aceptable,
se me han adelantado.

James: Te lo dije. No tengas prisa,
tu habitación se va a quedar vacía,
no la voy a alquilar.

James: Estoy en California,
en un pueblo que se llama Carmel,
te gustaría la playa de aquí.

Lea: Seguro que sí.

James: Venimos un día este año, si quieres.

Lea: ¿A California?

James: Sí, ¿por qué no? Hay vuelos directos,
podemos venir un fin de semana.

Lea: Podría estar bien, sí.

James: Voy a Nueva York la semana que viene.
Ya sé que es una semana antes de lo previsto,
pero se me había olvidado que
es el cumpleaños de mi hermana, cumple veintiuno
y lo va a celebrar a lo grande.

Lea: Vale, tranquilo, yo aún busco piso,
así que, si me dejas, seguiré aquí un poco más.

James: Lo que necesites.

James: Llego mañana por la noche.
¿Tienes comida en la nevera o voy a
comprar algo?

Lea: Tengo. ¿Cómo te crees que me he estado alimentando este último mes?

James: Solo preguntaba, Julieta.

Lea: Y yo solo bromeaba, Romeo.

James

Abro la puerta. Y ahí está. Camiseta, vaqueros y zapatillas. Simplemente perfecta. Se da la vuelta, y su sonrisa es inmensa.

—Hola. —Se tira a mis brazos.

Suelto las maletas y la abrazo. Y es mi casa. Se separa demasiado rápido.

—¿Qué tal la gira? ¿Te da pena?

—No, la verdad es que no. Me apetece mucho quedarme aquí.

Me acerco otra vez. Lea se toca el pelo. Parece nerviosa.

—Mañana viene Renata de visita. Se queda unos días en mi cuarto.

—Vale, así la veo yo también.

—Vivirá aquí, os cruzaréis seguro.

—Bien.

—Esto es un poco raro, ¿no?

—No, ¿por qué?

—No sé, estar juntos pero sin estarlo.

—Hagamos algo de cena, anda, te cuento la gira, me cuentas qué tal aquí, y vemos una peli.

Lea se aleja un poco.

—No, me voy a mi cuarto.

—¿Por qué?

—Porque sé que, si me quedo, este será el plan de todos los días, y no. Luego, en junio, otra vez nos separaremos, y a llorar. No quiero que nos hagamos daño. —Y se va.

Mierda.

Me paso la noche en vela, pensando en ella. En que está al otro lado de la pared. En cómo volver a conquistarla. Lo único que saco en claro es que, si me lanzo, me va a rechazar. Me acercaré poco a poco, hasta que quiera estar conmigo. Con ocho meses por delante, tengo tiempo.

Voy a casa de mi madre a primera hora. Admito que he tardado más de la cuenta para ver si coincidía con Lea desayunando, pero no me sé sus horarios. Creo que solo trabaja por la mañana, pero no estoy seguro. Abro con las llaves y veo a mi madre en la cocina.

—¡Hola! Qué sorpresa. ¿Cuándo has vuelto? —Me abraza.

—Anoche. ¿Cómo estáis?

—Bien, sin muchas novedades. —Se sienta en el taburete de la barra—. Yo como siempre en el trabajo y Sophia está encantada con la universidad. Va a venir al cumpleaños media clase.

De pronto, me acuerdo de la fiesta.

—¿Sabes si ha invitado a Lea?

—Ni idea, está en su cuarto, pregúntaselo.

Voy hacia allí y abro la puerta. Error. Se lo está montando con un tío en su cama. El chaval se levanta de un salto y busca su camiseta en el suelo. Me tapo los ojos mientras se la pone, por si acaso. Al menos, lleva pantalones.

—Joder, Soph, córtate en casa de *mum*.

El tío no sabe ni para dónde mirar, está acojonado. Bien, me da igual lo que hagan, pero, al menos, que tenga un poco de respeto.

—¿Qué narices quieres, James?

—¿Has invitado a Lea a tu cumple?

—Qué pesado. Sí, ya te dije que pensaba invitarla, y lo he hecho. ¿Qué te pica? ¿Pasa de ti?

—No pasa de mí.

—Lo digo porque has venido aquí, a preguntármelo a mí y, que yo sepa, vives con ella. Se lo preguntarías tú directamente si estuviérais juntos.

—Gracias por el dato, Soph, te veo en un par de días. —Listilla que es mi hermana. Como Unai, el amigo de Jon. Algún día los presento, serían una explosión.

Voy a casa a comer y, cuando salgo del portal, veo a Lea hablando con una chica en la calle. Me acerco, y mi presencia la asusta.

—James. Hola. Esta es María. Trabaja conmigo y hemos comido en un restaurante del barrio.

—Genial, soy James. Encantado. —Le doy la mano.

—Ah, he oído hablar de ti. El compañero de piso, ¿no?

Cojonudo, ya no soy ni el amigo.

—Sí, bueno, y amigo. —Miro a Lea cuando contesto, porque no me da la gana que, encima, actúe como si apenas nos conociéramos.

—Renata está de camino. Viene en taxi. ¿Te quedas?

—Tengo una reunión con Rick, pero vengo dentro de unas horas. ¿Estaréis aquí?

—Vamos a cenar en casa y, luego, saldremos con unos amigos de Renata; pero sí, andaremos por casa hasta entonces. No te importa, ¿no?

Este rollo formal no me gusta nada. Ni un poquito. No era esto en lo que pensaba cuando le propuse que viniera a Nueva York.

—No, claro que no, Lea. Te veo luego. —Y porque no puedo evitarlo, le doy un beso en la mejilla.

Lea

Renata sale del taxi. Sonríe mucho, yo también. Nos abrazamos. Lloramos. Somos totalmente opuestas, pero nos amamos. El tiempo no ha pasado para nosotras.

—Qué ganas de verte, *sister* —me dice sin soltarme—. Te recordaba más alta.

Y lloro, río, todo a la vez, abrazada a ella.

Subimos a casa y, una vez organizamos todo, vamos a la zona de la cocina. Cogemos unas cervezas y nos contamos nuestros últimos años, sentadas en la mesa. Me pregunta por James, y le digo lo mismo que me repito una y otra vez: «Somos amigos», que nos liamos a veces, pero que somos amigos. Ellos han mantenido el contacto, incluso se han visto alguna vez en Boston.

Jugamos a juegos de beber como cuando estábamos en la residencia. Cantamos las americanadas que conocemos. Nos maquillamos con la música a todo volumen. La alegría reina en mi cuerpo por estar aquí con ella. Y me siento grande. Veintitrés años. En Nueva York. De prácticas. Bailando con mi alma gemela opuesta de Brasil. Un día el destino nos juntó, y no nos separa. Ese hilo que une nuestros corazones es de *real sisters*. Porque con ella son risas y confesiones aseguradas. Y sé que esté donde esté, y pase el tiempo que pase, cogeré un vuelo e iré a sus acontecimientos especiales para celebrarlos con ella.

Mientras nos maquillamos, llama su amigo brasileño Tiago. Pone el altavoz y cantamos con él *Señorita*, de Camila Cabello, bailando en el baño. Entre risas, nos dice en qué discoteca nos espera, y cogemos un taxi hasta allí.

Luces. La música retumba. Mucha gente. Vamos directos a la barra. Nos hacemos hueco. Chupitos. Saludamos. Hablamos. Bailamos. Más chupitos. Voy al baño. Me tambaleo. Me retoco el maquillaje. Vuelvo a la pista de baile. Busco a Tiago, que lo he visto bailar antes y parece bueno. Ahora lo que más me apetece es bailar. Me acerco a él y le cojo de la mano para ir al centro. Me sonrío. Me agarra con su brazo. Solo a unos milímetros de distancia de estar cuerpo con cuerpo. Nos movemos al ritmo de la bachata. Pero no me habla su cuerpo. No nos compenetramos. No lo siento.

Se acaba la canción y me acerco a la barra, donde Renata habla con una brasileña amiga de Tiago. Nos tomamos otro chupito juntas, y la música me envuelve de nuevo. Quiero bailar más, pero con una persona en concreto. Como bailamos los dos. Sintiéndonos vivos. Cojo el móvil.

Lea: ¿Dónde estás?

James: En casa, acabo de llegar.

Sigue escribiendo, pero yo lanzo mi mensaje antes:

Lea: ¿Quieres bailar?

Para de escribir. Los segundos se me hacen eternos.

James: ¿Dónde?

Lea: En casa. Si voy a casa, ¿bailas conmigo?

James: Sí.

Le mando un mensaje a Renata y me escapo sin despedirme. Cojo un taxi. Lo conduce un árabe divertido. Me pone la música a tope, no sé ni de lo que hablamos, pero me lo estoy pasando bien. Le doy de sobra, para propina, y subo a casa cantando.

Abro la puerta. James está en el salón. Le indico que se acerque a mí, dispuesta a que nuestros cuerpos hablen. No quiero pensar, solo que se comuniquen y disfruten.

James

—¿Bailamos? —me dice mientras se acerca a mí y su dedo índice me llama. Sus ojos la delatan: sobria no está.

—¿Cuánto has bebido? —pregunto cuando estoy frente a ella.

—Mucho, pero quiero bailar, no seas aguafiestas.

El mismo índice pasea por mi camiseta, del cuello a la cintura. Lo sigo con la mirada. Se engancha a mi pantalón. Un dedito, uno minúsculo, y se me pone la piel de gallina, eso es lo que me hace ella. Joder, que está pedo. ¿Qué coño hago ahora?

—¿Qué haces, Lea?

—Nada, pásarmelo bien. ¿Y tú?

Le agarro la mano que tiene sobre mi cuerpo y la acerco. Sonríe, encantada con mi movimiento, y se pega a mí.

—Lea, no juegues con fuego si no te quieres quemar.

—¿Y si me quiero quemar hoy un poquito? —dice mientras se sienta sobre la mesa y abre las piernas.

Lleva una falda y se aprecia con claridad su ropa interior negra. Se quita la camiseta y se queda en sujetador, del mismo color que sus braguitas. Mierda, Lea.

—Estás borrachísima. —Me apoyo en la pared y me froto la frente.

—Sí, ¿y qué? ¿No te apetece?

No lo dice con vergüenza, lo dice sabiendo lo que está provocando en mí. Me coloco entre sus piernas. Le agarro del culo y la acerco a mí para que note lo que me ha hecho.

—Sabes que sí. No es por eso.

—Venga, James. —Me da besos por el cuello y me desabrocha el pantalón—. Es solo sexo, lo has hecho cientos de veces con otras, ¿y no lo haces conmigo?

—¿Solo sexo? —le susurro al oído mientras mis manos ya acarician sus pechos.

Lea gime. El alcohol no le deja controlar el volumen de su voz, pero me da lo mismo, vivimos en Chinatown, hay ruido siempre.

—Sí, esta noche solo.

Se quita el sujetador. Mis labios van directos a su pecho. Encuentran su casa ahí. Lea grita y se balancea. Paseo mi lengua por la parte superior de su cuerpo. Mis manos se introducen por debajo de su falda. Acarician sus braguitas. Gime.

—¿Y por qué me lo pides a mí si cualquiera aceptaría?

Lea junta sus manos con las mías para quitarse las bragas y que la toque.

—Porque te tengo aquí ahora —contesta Lea entre suspiros. Mis dedos son magia para ella.

Me acerco a su oído:

—¿No será porque nadie sabe mejor que yo lo que te gusta? —No contesta, solo me escucha y disfruta de su subidón—. ¿Porque sé exactamente lo que buscas en cada momento? ¿Porque conozco cada milímetro de tu cuerpo?

—Sí. Estoy muy cerca.

—Lo sé, lo noto. —Hago más presión y mis dientes muerden su oreja a la vez que ella alcanza el clímax. Se acomoda en mi hombro unos segundos para recuperar el aliento—. ¿Y sabes por qué? Porque entre nosotros no hay solo sexo. —Lea me mira—. Nunca ha sido solo sexo. Es

mucho más. A ver si te entra en la cabeza eso. —Le cierro las piernas y me alejo hacia mi cuarto.

—James... No te vayas.

Me giro hacia ella.

—Lea, te he dado lo que me pedías porque no soy capaz de negártelo, pero no pienso participar en este juego tuyo. Lo siento, pero no. ¿No quieres que estemos juntos? Vale, pero no vengas borracha a provocarme para que te toque.

Me voy a ir, avanzo unos pasos, pero me doy la vuelta para contarle algo que tengo en mente desde hace un tiempo:

—¿Te acuerdas de esa primera canción que compuse en la playa? La que siempre dijimos que hablaba sobre mi padre, pero disfrazada en canción de amor. No estaba disfrazada. Te la cantaba a ti. Supe desde que te conocí que quería estar contigo, pero no me daba cuenta. Esto no es solo sexo, Lea, joder. Será para ti, pero para mí no.

Lea

Me despierto. Me duele todo. Me taladra la cabeza. Me tapo con las mantas. Recuerdo que ayer llegó Renata. Que cenamos y bebimos como dos chicas trabajadoras en su piso de solteras. Qué bien me lo paso con ella. Y, de pronto, me viene a la mente James. Lo obligué a que tuviera sexo conmigo. Recuerdo cómo disfruté y que él paró. ¿Pero qué has hecho, Lea?

Me levanto despacio para no despertar a Renata. Voy al baño. Me lavo la cara y los dientes. Cuando salgo, James está en la cocina preparando café.

—¿Quieres?

Me acerco a él.

—Siento lo de anoche, cómo te atacué. —No había pensado lo que decirle, pero me ha salido. Siempre fui sincera con él.

—Tranquila. Sabes que, contigo, no me puedo negar a algo así nunca. —Mi sangre burbujea cuando me dice esas cosas—. Pero no me lo pidas si solo quieres pasar un buen rato y hacer como que apenas nos conocemos. —Me mira serio.

—James, que no es eso, que parece que yo que sé...

—Lea, sé cómo van estas cosas. Estás en una época en la que te apetece divertirme, vale, pero no lo hagas conmigo si solo va a ser una noche. No cuando yo quiero algo más. Lo entiendes, ¿no?

Asiento. Su «quiero algo más» me ha llegado al alma. Directo al corazón, que bombea a la velocidad del rayo. Se apoya en la encimera y acaba su café.

—Mañana es la fiesta de cumple de mi hermana. A ver si pasa ya, porque mi madre se ha vuelto loca. Lo que le falta a Sophia es que le den manga ancha para hacer un fiestón. —Deja la taza en el fregadero—. Renata y tú venís, ¿no?

—Sí, me invitó Sophia, y he quedado con Karen allí para estar un rato juntas —contesto rápido, intentando concentrarme en la conversación. «Yo quiero algo más» retumba en mi cabeza.

—Bien. —Se va a ir, pero me mira y cambia de dirección. Se acerca. Me da un beso en la mejilla. Su boca roza mi lóbulo mientras me dice—: No lo vuelvas a hacer, no vuelvas a pedirme que te toque si al día siguiente no puedo tenerte, pero me encantó verte disfrutar. Me tuve que ocupar de mí después en la ducha porque no te quitaba de mi cabeza, Julieta. —Su frente se apoya en la mía—. Como siempre contigo, la realidad supera a la imaginación. —Me da un pequeño beso en la nariz y se aleja.

Burbujas en la sangre otra vez, muchas burbujas. Demasiadas.

James

Entro en casa de mi madre a la hora de comer. Ella y mi hermana están en los taburetes, concentradas en un cartel con fotos para su fiesta. Sophia se gira al oírme.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a ayudaros, ¿necesitáis empaquetar, hinchar globos o algo así?

—¿Qué? No te va bien con Lea, ¿no? —pregunta mi hermana con media sonrisa, contenta de saber que ella tenía razón. Mi madre la mira.

—¿Necesitáis ayuda o no? —repito, porque no pienso dejar que mi hermana y mi madre me hagan un tercer grado ahora.

—Pues nos vienes bien. Empieza montando brochetas de gominolas. Las bolsas están en la encimera. —Parece que mi madre sí se ha dado cuenta de que no tengo ganas de hablar del tema.

Me sumerjo en los mundos del *candy bar* para no pensar en Lea, pero no lo consigo. Joder. No pensaba que me lo iba a poner tan difícil; creí que vendría y estaríamos juntos. Así de iluso soy con ella. Pero sé lo que está haciendo. Lo sé perfectamente. Que ella quiere estar conmigo también lo sé. Si no, no evitaría estar a solas conmigo y, desde luego, no vendría a buscarme estando en un bar rodeada de tíos si lo que buscaba era solo sexo. No, no lo haría. Me quería a mí. Me buscaba a mí.

Pero tengo que darle tiempo para que se dé cuenta. Cada uno es diferente, y Lea es la chica del tiempo. La gente no lo entenderá, pero yo sí: ella necesita analizar la situación y descartar los riesgos. Al igual que mi primer concierto en Boston fue un cambio en nuestra relación y se tomó un tiempo para asumirlo, ahora necesita otro para convencerse de que está preparada para estar conmigo otra vez.

Para cenar, llegan mis tíos Bob, Martin y Karen. Duermen aquí para la fiesta de mañana. Ayudo a mi madre a sacar varios aperitivos mientras todos bebemos vino. Y yo solo pienso en que aquí falta alguien.

Mi madre me despierta dando golpes en la puerta de mi habitación. Requieren mi ayuda. Genial. Me paso la mañana de recadero, yendo y viniendo al restaurante del evento. Apenas me da tiempo a comer algo y ducharme antes de ir al cumpleaños.

Me pruebo el traje que guardo en mi antiguo armario y, finalmente, decido ir con la chaqueta y unos vaqueros oscuros. Cojo mis cosas, porque hoy pretendo dormir en Chinatown, y paro un taxi. Llego a la sala en el que hoy ya he estado al menos tres veces, y tengo que admitir que ha quedado bonito, excéntrico pero bonito. Saludo a unos amigos de la universidad de Sophia y, de pronto, solo veo verde.

Lea

Tardamos una hora en vestirnos. Es septiembre y todavía hace calor en la ciudad. Renata, como de costumbre, se decanta por un vestidazo rojo de no sé qué diseñador y unas sandalias de tacón. Yo prefiero ir cómoda, al fin y al cabo, es la fiesta de una chica joven. Elijo un vestido playero, unas sandalias de esparto y me recojo el pelo en una larga trenza. Tengo que córtamelo un día de estos.

Llegamos al restaurante donde se celebra la fiesta. La sala está decorada con colores metálicos, el rosa y el dorado son los estrella. Hay una barra al fondo y camareros trajeados por todas partes.

Enseguida diviso a James. Está apoyado en una mesa alta, con una chica rubia y otro chico. Tiene el móvil en la mano, no parece prestar atención a lo que le dicen. No sé si me ha visto. Recibo un mensaje:

James: Estás preciosa esta noche.

Alzo la vista, y su mirada me funde.

Lea: Gracias.

James: Llevas el mismo color de vestido que el día que me di cuenta de que ninguna chica es comparable a ti.

Verde. No suelo vestirme de este color, pero recuerdo una vez que James me vio con él.

Lea: ¿El día que iba de Julieta en el *homecoming*?

James: Sí.

Lea: Hace un millón de años de eso.

Me mira mientras envía su respuesta.

James: Y los que quedan por venir.

Mi corazón palpita al ritmo que solo él me provoca. Su madre se acerca para comentarle algo. Antes de que se lo lleve, James me mira y me guiña un ojo.

Saludo a Karen y nos ponemos al día de los últimos años. Pero yo no dejo de pensar en él. En su «quiero algo más». Mi segunda madre se da cuenta de que no estoy siguiendo su conversación, así que me saca a bailar con Amy y otra amiga de ellas. Damos vueltas, cantando al ritmo de *Friday I'm in Love*, de The Cure. Renata se nos une. Y, enseguida, la gente de nuestro alrededor. La fiesta se va animando.

Renata y yo vamos hacia la barra y saludamos a Sophia de camino. Congenian al instante, me

hace gracia esa mezcla explosiva de mujeres. Pido un par de mojitos al camarero en la barra. De pronto, noto una mano en mi cintura y unos labios que susurran en mi oído a una distancia prudencial:

—Tengo poca fuerza de voluntad cuando te veo de este color. Igual me pienso ese trato tuyo al que me había negado.

Me doy la vuelta y me apoyo en la barra. James, frente a mí, con las manos en los bolsillos. Su picardía se esconde bajo la careta de no haber roto un plato.

—Estás preciosa, de verdad.

—Gracias, tú también estas muy guapo. No me esperaba que fuera tan formal, la gente va muy bien vestida.

—Es Sophia, se ha criado en el Upper East Side, le gustan estas cosas.

—Ya veo. ¿Lo estás pasando bien?

—No te creas, no conozco a demasiada gente aquí. ¿Bailamos? —Me ofrece su mano—. Como amigos, lo prometo.

—Vale.

Porque me encanta bailar con él, cómo nos compenetramos siempre, que sepamos lo que va a hacer el otro.

—¿Estás contenta en Nueva York? —dice cuando me da una vuelta.

—No sé, no me he hecho aún a la ciudad. Es bastante locura.

—Sí, lo es. La ciudad que nunca duerme.

—¿Y tú? ¿Qué tal, señor productor?

—Bien, todavía me queda mucho que aprender. Me he reunido ya con un cantautor al que voy a producir yo solo, bajo la supervisión de la discográfica.

De pronto, la música se para. Se apagan las luces y sale la tarta. Renata se coloca junto a mí y le cantamos a Sophia. La gente se dispersa y, cuando miro, James ya no está a mi lado.

La velada sigue y bailo con Renata y una brasileña conocida suya, que se ha encontrado en la fiesta. Al parecer, es amiga de su prima y también de Sophia. Real como la vida misma que en el mundo estamos todos interconectados.

Después de mucho bailar, mis pies me matan. Le informo a Renata que me voy, pero me dice que ella tomará un taxi en la otra dirección porque va a coger algo de la casa de la amiga. No le doy muchas vueltas al tema. En qué mala hora me he puesto estas sandalias, me han hecho hasta heridas, solo pienso en irme y quitármelas.

Voy a atravesar la puerta cuando oigo a James llamarme. Se acerca a mí en dos zancadas, saliéndose del grupo con el que estaba. Si no me equivoco, son los de la discográfica, señores que conocen a Sophia y James desde niños.

—Me voy a casa. Me duelen los pies. Renata viene enseguida.

—Te acompaño. No pinto nada aquí.

—Es tu hermana.

—Por eso me he quedado hasta ahora, pero está con sus amigos. Ni se va a dar cuenta de que me he ido.

James para un taxi y abre la puerta para que entre. Se mete después de mí. Nuestros cuerpos están juntos en lo que me parece el taxi más pequeño de la historia. Lo miro mientras le dice al taxista a dónde vamos. Me encantaría darle la mano ahora. Apoyarme en él. Que me rodee con sus brazos. Sentir esa calma que solo me produce él. Porque claro que estoy enamorada de James, por eso no quiero volver a sufrir.

Llegamos a casa en silencio. Dejo la chaqueta en la silla y voy hacia mi cuarto mientras James

hace lo mismo con la suya. Cuando paso por su lado, me coge de la mano.

—¿Qué te pasa? Cuéntamelo.

Suspiro. Mis ojos buscan los suyos, con tantas dudas sin resolver. Lo abrazo. Me acomoda en él. En mi calma.

—Esto de vivir en la misma ciudad, pero no estar juntos es mucho más duro de lo que pensaba. Lo de la otra noche... claro que no es solo sexo, pero no sé si podemos tener algo más. —Levanto la cara para verlo.

James no aparta sus ojos de mí y hace lo que menos me espero en este momento: me sube a él y me besa. Mis labios se encuentran con los suyos desde la última vez en Barcelona. Lo hace despacio. Con delicadeza. Con amor. Sin nada más que nuestros labios. Con una mano, me agarra, y la otra, acaricia mi cara. Se separa y me mira.

—Julieta, tú eres mi chica. Quiero estar contigo. —Mis ojos están llorosos por la emoción de sentirnos así de cerca otra vez—. Quédate conmigo esta noche.

—James... no puedo. —Me desenredo de su cintura—. Renata va a venir enseguida. Le dije que hoy dormiríamos juntas. Otro día, ¿vale?

Él suspira y se atusa el pelo. Se apoya en la pared.

—De acuerdo, pero que llegue ya ese día, ¿vale, Lea? Aclara lo que tengas que aclarar, porque sé que esa no es la razón. Te conozco, y todo esto son excusas. —Una lágrima me cae según habla—. Yo no puedo convencerte de que estemos juntos si tú no quieres.

—Sí, quiero, pero no puedo —digo muy bajito.

Me agarra la cabeza, pega su frente a la mía.

—Sí puedes.

—¡No, no puedo! —grito—. No quiero volver a sufrir como lo hice cuando lo dejamos, ¡porque fue una pesadilla! Tú no me viste, pero no levanté cabeza en dos meses. No podía con mi vida. Y me muero de miedo porque en junio se va a repetir la historia.

—Ya pensaremos en algo. Si lo planeamos, no tenemos por qué separarnos.

—NO, James, NO, no pasaré por lo mismo: empleamos más tiempo en hacer planes que en estar juntos. Ya te lo dije una vez: al final, todo se complica. No puedo sufrir así otra vez.

—¿Y te crees que yo no lo pasé mal? ¿Eh? —Se me encara—. ¿Que regresé a casa como si nada? Joder, Lea, lloré como un puto niño todo el vuelo de vuelta. Y tú no solo decidiste dejarlo, sino que cortaste cualquier comunicación y, joder, Lea, eso dolió, porque yo te necesitaba en mi vida, necesitaba hablar contigo.

Se abre la puerta. Es Renata. James y yo estamos cara a cara. Yo llorando y él cabreado.

—¿Me voy? —pregunta Renata desde la entrada.

—No, pasa, me voy yo —contesta James.

Coge su chaqueta y sale de la casa dando un portazo.

Renata se planta frente a mí:

—¿Estás bien? —pregunta, preocupada.

—No. —Me siento en el sofá.

—¿Quieres hablarlo?

—Sí —me sorprende a mí misma diciéndole. Y la miro con lágrimas en los ojos porque no puedo más, no puedo seguir luchando sola.

—¿Qué acaba de pasar?

—El tema está en lo que ha pasado desde que ha llegado a Nueva York.

—¿Os habéis estado liando?

—Sí y no. Le pedí sexo el otro día. Y no me lo dio. Bueno, sí. Y hoy estaba enfadado, pero nos

hemos vuelto a liar. Y le he dicho que tenía miedo, que no quería volver a sufrir. Es todo muy complicado. —Respiro por la parrafada que le acabo de echar y me agarro la cabeza para pensar.

—No te he entendido ni la mitad. Lea, bonita, que yo soy de Brasil, tú no sé cuántos idiomas maternos tienes, pero uno de ellos no es el inglés y nos comunicamos en ese idioma, así que ¡habla más despacio!

Y me entra un ataque de risa. A Renata le sorprende mi reacción. Y nos tiramos las dos en el sofá, riéndonos a carcajadas. Si es que Renata es fantástica. Hay que conocerla para amarla, pero, una vez la amas, no puedes separarte de ella.

—Bueno, ¿qué te pasa, entonces? Cuéntamelo bien.

—Después de la discoteca, nos liamos un poco porque yo se lo pedí. Pero paró porque estaba borracha. Me dijo a la mañana siguiente que él quería algo más. Yo tengo muchas dudas, demasiadas. Pero también tengo muchas ganas de estar con él, muchísimas. Y hoy nos hemos dado un beso en casa y, cuando me ha pedido que duerma con él, le he dicho que no, que dormía contigo.

—Oye, a mí no me metas. Tú, si quieres, duermes con él, por mí no lo hagas. —Y me tira un cojín mientras se ríe.

—No es por eso. Es que, si nos volvemos a liar, luego, en junio otra vez a pensar qué hacemos, dónde vamos a estar el año que viene y el siguiente. Y aguantar hasta que ya no podamos más. Es un bucle, Renata. Del que cuesta salirse.

—El destino parece uniros siempre. Además no tienes ni idea de lo que ocurrirá en el futuro. Lo mismo hay una pandemia mundial y nos extinguimos todos, como los dinosaurios. Yo qué sé. Si quieres estar con él, hazlo. El tiempo dirá.

—Renata, que luego son meses muy malos.

—Y ahora, muy buenos. Si haces el cálculo, seguro que son más los meses que lo pasas bien que los que pasas mal. Anda, líate con él, deja de darle vueltas y disfruta de que ahora sí vivís en la misma ciudad.

—Se ha ido.

—Pues ve a buscarlo.

—¿Adónde? No tengo ni idea de donde está.

—Mándale un mensaje para que venga y espéralo en su cuarto en ropa interior, yo que sé.

—No, no puedo hacer eso, tengo que demostrarle que sigo enamorada de él, no que lo quiero solo para el sexo.

Y me doy cuenta de que nada me impide coger el móvil para escribirle. Valentía, Lea.

James

Estoy en el restaurante vietnamita de la esquina, tomando una cerveza que sabe de pena. El camarero me ha enseñado una lista y he señalado una al azar porque no conocía esas marcas. Error. Como unos cacahuetes mientras miro un programa de preguntas y respuestas en la tele.

Mierda, Lea me está volviendo loco. Si me dijera que no quiere estar conmigo, me daría por vencido y la dejaría tranquila, pero no lo dice, más bien, todo lo contrario. Y no me voy a quedar parado porque ella tenga miedo a que lo dejemos.

Miro unos correos del trabajo. He recibido unas cuantas canciones del cantautor que voy a producir. Me pongo los cascos y escucho algunas. Me sorprende que hay un par bastantes buenas. De pronto, me entra un mensaje de Lea, pauso la canción y lo leo.

Lea: ¿Dónde estás?

James: Contestando unos correos
en un bar de abajo.

Lea: Cuando acabes, ¿puedes venir a casa?
Quiero hablar contigo.

Paro la lista de reproducción. No tengo tanta prisa por escucharlas, prefiero saber lo que me va a decir Lea. No tengo ni idea de qué será. Desde que ha venido a Nueva York, no he adivinado ni una de sus reacciones. Pago y salgo del bar con la cerveza entera. Lo mismo hasta se vuelve a Bilbao. No podría dejar las prácticas, ¿no? Subo las escaleras, confundido. Justo debajo de la mirilla veo una nota con mi nombre. La leo:

«No quería que se me olvidase nada, así que he preferido escribirlo. Muchas veces pienso que, si no hubiese cogido ese vuelo a Boston hace seis años, me habría convertido en una persona diferente. Porque gracias a ese viaje te conocí. Y junto a ti, he aprendido algunos de los valores más importantes. Sigue el camino de notas».

Abro la puerta y veo varios papelitos que me guían hacia mi cuarto. Cojo el primero:

«Valentía: Me enseñaste a hacer frente a lo desconocido sola. Los primeros días en Willport y Boston estaba muerta de miedo. Pero tú me diste la fuerza y el valor que necesitaba para afrontar esa nueva etapa por mí misma. Y me hiciste valiente».

Joder, Lea. Cojo otro.

«Autoestima: Antes de conocerte, no me veía especialmente atractiva, pero tú, de un plumazo, derribaste mis inseguridades. Aprendí que la guapura se lleva por dentro. Solo hay que confiar en uno mismo, porque si yo no me veía guapa nadie me lo iba a ver».

Sonrío porque no puedo estar más de acuerdo con ella. Voy a por la siguiente nota.

«Amistad: Nunca me fallaste. Daba igual donde estuvieras, si te necesitaba, ahí te tenía, y eso no solo me demostró que eras buen novio, sino un amigo increíble».

Y otra.

«Honestidad: No nos mentimos. Siempre fuimos con la verdad por delante, incluso cuando no te quise creer».

El corazón me va muy rápido cuando cojo la última.

«Superación: Admiro en lo que te has convertido, la persona que eres. Vi cómo superaste cada bache tras la muerte de tu padre para ser alguien mejor, aun cuando tenías la excusa perfecta para caer».

Se me humedecen los ojos. Abro la puerta de mi habitación, y Lea está de pie frente a mí, con una nota en la mano que lee en voz alta:

—Amor: Me enseñaste a quererte por encima de todo. De mis miedos, de mis inseguridades, de las complicaciones, de los futuros inciertos como con el que nos encontramos ahora. Pero, una vez más, solo me queda quererte, admitir que estoy completamente enamorada de ti y que nunca he sentido con nadie lo que siento por ti.

—Joder, Julieta.

Me acerco a ella, la rodeo con los brazos y la subo a mí. La beso con ansia, con todo lo que tengo para demostrarle que ella es mi vida. Nuestros labios no paran, no pueden despegarse. Se sienten, se mojan, se muerden. Sus manos en mi pelo, la abrazo con fuerza.

—Nunca he dejado de quererte, ni un minuto —le digo cuando pego mi frente a la suya.

Lea me mira con ojos llorosos, y aparta el pelo de mi frente para besarla tal y como yo le hago tantas veces. Sonrío, y ella conmigo.

—Disfrutemos de que hasta junio estamos en la misma ciudad, y ya veremos entonces qué pasa. ¿Te parece bien? —dice, seria.

Avanzo hasta la cama y me tiro con ella en mis brazos.

—Te aviso de que te voy a convencer para que sigas conmigo cuando llegue junio. Pero, vale, disfrutemos juntos de estos meses que tenemos por delante.

Lea

Nos levantamos de la cama a la hora de comer. Renata está en el salón, sentada en el sofá con una hamburguesa en la mano y viendo la tele.

—Hombre, aparecen mis anfitriones, que me tienen abandonada.

—Renata... —Me acabo de dar cuenta de que no me he acordado de ella en las últimas doce horas—. ¿Lo siento? —Sonrío, señalando con la cabeza hacia James.

—Vale, vale, que me has cambiado por este tío. Lo pillo, tranquila, te estaba vacilando. —Se ríe—. ¿Qué, James? ¿Has pasado buena noche?

—Renata, cállate un poquito, anda —dice James, sentándose junto a ella. Le da un golpecito en el muslo.

—Encantada de que nos veamos en condiciones, por cierto, que ayer casi ni te saludé.

Y se tira a los brazos de él con un cariño que no le pega nada. Pero ella es así: pura furia y maravillosa ternura a la vez. James me mira sonriendo mientras abraza a la brasileña. Conoce a la Renata de verdad. Y nos recuerdo a los tres en Boston. Pasamos mucho tiempo juntos e hicimos miles de cosas. Nos recorrimos todos los parques por petición de Renata y las librerías, por petición mía. James nos llevó también a un par de festivales. Me sale una sonrisa al recordar los buenos momentos vividos.

—Hagamos algo hoy los tres. Como en los viejos tiempos —digo, acercándome al sofá.

Renata se levanta y grita:

—Síííí. Quiero ir a Times Square y a Central Park. Que, al final, me irá sin verlo.

—Por mí, bien —dice James, mirándonos mientras se pone de pie. Y a mí me parece el plan perfecto.

Media hora después, estamos girando sobre nosotros mismos en Times Square. Nos fotografiamos saltando, hablamos con los personajes, vemos los anuncios de las pantallas gigantes y hacemos todas las turistadas posibles. Nos reímos mucho. Revivimos una época en la que todo era inocencia y nos divertíamos de verdad.

Comemos unos perritos calientes paseando por la Quinta Avenida, y acabamos en el Museo Metropolitano de Arte. Renata quería ver las escaleras de *Gossip Girl* y resulta que hoy la entrada es gratuita. Disfrutamos del museo mucho más de lo que creía. James se queda ensimismado al ver que está allí el piano más antiguo del mundo. Renata critica cada obra de arte millonaria mientras come palomitas. Ya le han llamado la atención dos veces, pero a ella le da igual.

Estamos en una sala llena de cuadros. Me acerco a los cordones, situados a un metro de distancia, porque si no, no aprecio los detalles. Admiro una obra de hiperrealismo, realmente parece una fotografía de una persona. Renata me informa de que se va a los baños, que seguro que son una pasada, y James y yo nos quedamos a solas.

—Hola, has estado conmigo, pero casi no te visto. —Me dice, acariciándome la mano.

—Hola. —Me pongo de puntillas y lo beso.

Él me agarra la cintura. Me separo porque se acerca gente a ver el cuadro que tenemos delante.

—Renata no ha cambiado nada, está fatal. —Se ríe James.

—Eh —le doy en el brazo—, no digas eso, ella es así. Y a mí me encanta. —Él sonríe y atrapando mi mano me vuelve a acercar a él

—Duermes conmigo hoy, ¿no? —Sus labios rozan los míos al decirlo. Asiento.

—¿Os podríais cortar un poquito? —Renata nos llama la atención—. Vámonos, los baños son normales. Tengo hambre. ¿Pedimos unas *pizzas* para cenar?

James y yo nos separamos, riéndonos, y nos dirigimos a la salida. Que se pare el tiempo, que me quedo en este día.

Lea

Entro en el estudio de música de James. De normal, miraría con calma cada rincón, ya que es la primera vez que vengo, pero me encuentro tan mal que no tengo ni ganas.

—Hey, ¿qué te pasa? Estás blanca —dice James al verme.

—Ya, llevo todo el día mareada y he vomitado un par de veces. ¿Me puedes acompañar al médico, que no me aclaro con los seguros? No sé ni adónde debo ir.

—Claro, vamos a urgencias, ya hablo yo allí con el seguro.

Suena su móvil, que está en una mesita junto a mí. Se me va la mirada al nombre que aparece en la pantalla.

—Te llama Blake —le informo.

James se pone tan blanco como yo.

—Ya veo. —Se acerca y lo pone en silencio.

—¿Por qué te llama?

—Supongo que porque no sabe que hemos vuelto y querrá quedar.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con ella? —Por mucho que quiera estar callada, se lo pregunto.

—Hace dos semanas, en Washington.

—Joder, James... —Me voy a dar la vuelta y me agarra del brazo.

—¿Joder qué, Lea? Que yo sepa, los dos estábamos haciendo lo que queríamos. Tú también te has liado con otros. En fiestas de Bilbao, para empezar.

—¿Cómo sabes tú de eso?

—Me lo dijo Miren.

—¿Qué dices?

—No se lo tengas en cuenta. Iba borracha. Llamé a tu móvil y lo tenía ella. Estabais de fiesta y tú, liándote con algún tío. Lo más probable es que ni se acuerde de que me lo dijo. Pero a lo que voy: no me acuses de nada porque los dos hemos hecho lo mismo.

—Vale.

—¿Vale? —James levanta las cejas.

—Sí, tienes razón. —No puedo hacer más. No estaba conmigo. Y yo he hecho lo mismo, qué narices—. Pero no te lées con nadie más a partir de ahora, y yo tampoco, claro.

—Hecho. —Se pega a mí para besarme, pero lo paro antes.

—Y acompáñame al médico.

La doctora teclea en el ordenador mientras me pregunta:

—¿Has mantenido relaciones sexuales en los últimos seis meses?

—Sí.

—Lo primero que te voy a hacer es una prueba de embarazo.

Se va a por una, y miro a James, que se frota la cara.

—No estaré embarazada, ¿no? —susurro, muerta de miedo, de pronto.

James apoya los puños en la frente.

—Hombre, Julieta, pues lo he pensado yo también —me mira—, y espero que no. Para empezar, porque no sería mío. En tres días no da positivo.

Cierto, no había caído en eso. No es posible. No puedo estar embarazada. ¿Y de quién? ¿De Luka? Hace mes y medio que estuve con él. ¿Cuándo tuve la última regla? No me acuerdo, siempre tomo la píldora y tengo pastillas placebo para no olvidarme ni los días que no toca. No, no, no. Me apoyo en la mesa y hundo la cabeza entre las manos. James me toca la espalda.

—Venga, tranquila, Julieta, no adelantemos acontecimientos, que pueden ser cientos de cosas.

La médica regresa y me da la prueba de embarazo. Me levanto para ir al baño y le hago un gesto a James para que me acompañe. Entramos juntos, pero no hablamos. Hago pis en el palito mientras James me espera apoyado en el lavabo, mirando al suelo.

—¿Qué voy a hacer como dé positivo? —Doy vueltas por el baño ¿Qué hago? ¿Aborto? ¿Y no se lo digo a Luka? No puedo hacer eso, pero ¿y si quiere tenerlo? ¿Y si lo tengo yo? Me apoyo en el mármol, junto a James. Miro al suelo también—. Debo decidirlo antes de que salga el resultado. ¿Qué voy a hacer si da positivo, James?

—No sé. —No levanta la vista.

—Me vas a ayudar haga lo que haga, ¿no? —se lo suplico porque, realmente, estoy muerta de miedo y lo único que necesito es que me abrace. Me pego a él. No me mira. Me mosqueo—. James, ¿qué pasa?

—No lo sé, Julieta, joder, no lo sé. No sé si me quiero meter en este lío ¡ni por ti!

Me quedo paralizada. Ha sido peor que un tortazo. Me giro hacia la prueba.

—Mierda, Lea, es que estoy muy nervioso. Perdona. —Se aproxima a mí.

Aparece una única barra: negativo. Se lo dejo en la mano y me voy a la consulta de la médica.

Mi cambio de humor es más que evidente. James entra y se sienta a mi lado. Le da la prueba a la doctora. Me revuelvo en el asiento disimuladamente antes de que intente acercarse a mí.

—Veo que es negativo. Entonces, lo más probable es que sea una intoxicación alimentaria. ¿Has comido algo en mal estado?, ¿marisco?

—Ayer cenamos comida china en un restaurante. Es posible que hubiera algún plato con marisco.

—Todavía te subirá la fiebre y vomitarás un par de días. Es mejor que no vayas a trabajar.

—¿Hay algo que la ayude a encontrarse mejor?

Lo fulmino con la mirada. James se da cuenta.

—Cama, suero y un balde cerca —responde la médica.

—Gracias, doctora. Nos vamos. —Miro a James.

—Yo te cuido, ¿vale? Llamo a Rick de camino y trabajo desde casa.

—¿Tú cuidarme a mí? Ya... No, gracias.

—Julieta, que estaba nervioso, joder. Te imaginaba preñada de otro tío y me he vuelto loco.

—Loco y sincero. Gracias. No me hables. Tengo muchas ganas de vomitar.

Nos metemos en un taxi, arranca y con el traqueteo la cabeza me da vueltas. Me apoyo en el cristal y cierro los ojos. Me encuentro mal, muy mal.

—Lea, ¿estás bien?

—No, creo que voy a vomitar. —Me agarro a él.

—Párenos aquí. Baja, Julieta.

Quiero salir del coche, pero no soy capaz. Todo gira. James abre la puerta, se agacha frente a mí para cogerme en brazos y me sienta en un banco. El viento en la cara me sienta bien, me calma.

—Estás ardiendo, Lea. La fiebre ha empezado a subir. Vamos a coger otro taxi, y para casa. — La tripa me da vueltas en cuanto pienso en meterme en un coche otra vez.

—No, un taxi no, necesito el aire —musito.

—Lea, andando no llegas, son cuatro manzanas.

—¿Me llevas? —le pido, abriendo los ojos para mirarlo.

—¿Que te lleve yo? ¿A cuantas cuatro manzanas? —Levanta las cejas y en su boca aparece una sonrisa.

—Sí.

—Este es mi castigo por lo que he dicho antes, ¿no?

—Ni de lejos. Pero ¿me llevas, por favor?, no puedo montarme en un coche.

—Anda, sube, preciosa. Esta me la pagas un día.

Avanzo en los brazos de James, en la misma posición que es mi calma pero que ahora estoy tan dolida que ya no lo es. Y tan solo me agarro para no caerme e intentar no vomitar. No lo consigo. Y tenemos que hacer dos paradas en las papeleras de Manhattan.

Llegamos al apartamento veinte minutos después. Me suelta en el ascensor y me mira con una sonrisa de satisfacción.

—Sigo cabreada, pero te agradezco que me hayas traído.

Cuando llegamos a nuestra planta, sin decirme nada, me vuelve a coger en brazos.

—Ya que he cargado contigo hasta aquí, te llevo a la cama.

Abre la puerta y se dirige a su cuarto.

—Llévame al mío.

—Julieta, si quieres, hablamos de lo que ha pasado hoy cuando te recuperes, pero déjame cuidarte, me necesitas ahora. Mi cuarto es más grande y vamos a estar más cómodos ahí los dos.

—Te lo voy a vomitar entero. —No sé si lo digo con vergüenza, como amenaza o, directamente, con ganas de hacerlo. Una mezcla de todas, supongo.

—Me da igual. —Y me deja en la cama—. ¿Quieres que te cambie de ropa?

—No, tráeme un cubo o algo, por favor.

En cuanto llega con uno, echo todo dentro. James me sujeta el pelo, en parte vomitado. Posiblemente sea la imagen más asquerosa que haya visto de mí, pero en este momento me importa entre cero y nada. Solo quiero encontrarme bien.

—Tumbate, anda, y hazte una coleta, que yo no sé hacértela. Voy a vaciar esto y bajo a por suero.

Y así paso la tarde entera: con James a mi lado, entre vomitonas, toallas mojadas y suero, hasta que, al final, consigo dormirme.

Me despierto a la mañana siguiente. James abre la puerta y entra con un bol.

—Te he hecho un caldo de sobre. Sinceramente, no tengo ni idea de hacer sopa.

—Gracias, pero, la próxima vez, límitate a un yogur —le digo con ironía, aunque agradecida de que me esté ayudando.

—¿Cómo estás? —Se sienta a mi lado.

—Mejor, pero me quiero duchar. Tengo el pelo vomitado.

—Ya, no estabas en tu mejor momento. —Sonríe, y río, porque mi imagen estas últimas veinticuatro horas habrá sido dantesca—. Venga, que me ducho contigo. —Se pone de pie y tiende la mano.

—James, no tengo fuerzas ni para levantarme, paso de juegos.

—Julieta, si no me crees capaz de contenerme si te veo desnuda, posiblemente, razón no te falte —me guiña un ojo—, pero no me abalanzaré sobre ti, lo juro, solo te bañaré, te secaré, y a la cama de nuevo.

Como aquella vez en esta misma ciudad.

—Exacto, como aquella vez —dice James.

—¿Cómo sabías...?

—¿... en lo que estabas pensando? Porque te conozco muy bien y tu cara me habla sin pronunciar palabra. Venga, vamos.

En cuanto cierra la puerta del baño, se acerca a mí y pega su frente a la mía.

—Qué bien que vuelvas a abrir los ojos, preciosa.

Lo miro, pero me separo para quitarme la ropa.

Me ayuda a desnudarme con delicadeza. Se desnuda él. No le pone ningún énfasis sensual, pero lo tiene. Abre el grifo y me da la mano para que pase a la ducha. Nos metemos bajo el chorro de agua caliente. Esta vez no paramos de mirarnos. Me enjabona los hombros, sigue por los brazos. Dejo que me bañe. Recorre con mimo cada parte de mi cuerpo. No juega. Solo me limpia. Cierro los ojos. Siento. Me gira para lavarme el pelo. Sus dedos masajean mi cabeza y son pura magia. El agua cae de nuevo sobre nosotros para deshacernos del jabón. Me doy la vuelta. James se pega a mí, agarrándome por la cintura.

—Perdóname lo de ayer, por favor. No entraba en mis planes que estuvieras embarazada de otro. Me agobié mucho, me volví loco, y dije lo primero que me salió. Lo hice mal, lo sé.

Lo miro con miedo porque estoy enamorada de él hasta las trancas y, tal como pasó ayer, sé que con un chasquido puede romperme en pedazos.

—Pero no me castigues por quererte solo para mí, Lea. Una vez te dije que disfrutaras de tu juventud, que experimentases, pero ahora necesito que lo hagas conmigo, que me quieras tanto que no te den ganas de acercarte a otros. Quiero darte todo lo que necesites para hacerte feliz y, que si alguna vez te quedas embarazada, sea de mí.

Mis lágrimas se disimulan con el agua de la ducha. Asiento. No sé si por la disculpa o porque soy incapaz de no perdonarlo.

—No me hagas daño —le pido con un susurro.

Su frente se pega a la mía.

—No te haré daño, lo juro, preciosa.

James

Salgo de casa de mi madre a toda pastilla. Llego tarde a una reunión con un cantante nuevo. Me cruzo con Mrs. Hannigan y le doy un beso en la mejilla. Vendré pronto a verla, que la tengo abandonada.

Me suena el móvil. Es Nate, confirmándome la hora del concierto de mañana. Hemos aceptado tocar una última vez todos juntos en Nueva York para despedirnos y, a partir de ahí, cada uno por su lado. Nate va a hacer un máster en Boston, y Grey y Tom se van a juntar con otro grupo.

Al final del día, cojo el metro para llegar al apartamento de Chinatown. No me costó mucho convencerla de que no se fuera. No más residencias ni casas de familiares ni pisos compartidos, por primera vez ella y yo solos. Nuestra casa.

Dejo las cosas en el salón y me doy una ducha. Cuando salgo, entra Lea en casa. Se tira en el sofá con un bolso enorme, del que saca unos tacones.

—He tenido un día de mierda. A primera hora de la mañana, una rata se ha sentado al lado mío mientras esperaba el metro. Qué asco, madre mía. Mi jefa es una histérica. No para de gritar. Por no hablar de que alguien me ha robado la comida.

Le ofrezco mi mano para que se ponga de pie conmigo.

—Ven aquí, anda.

—No, me voy a duchar. ¿Pedimos una *pizza* y vemos una peli o algo así?

—Vale, bajo y la pillo del sitio nuevo mientras te duchas.

Se va hacia el baño, pero se da la vuelta.

—James, ¿qué tal tú?

—Bastante bien, así que no te voy a dar envidia. —Le guiño el ojo.

—Capullo.

—Guapa.

Lea sale del baño a la vez que yo llego con la *pizza*. Se ha puesto unos *leggings* y una camiseta holgada. Se peina el pelo, aún mojado, mientras se dirige al sofá. Pongo la *pizza* en la mesilla y nos sentamos. Lea coge el mando para elegir peli.

—*Cincuenta sombras de Grey*, ¿la has visto? —pregunta, sonriendo.

—No, ¿de qué va?

—Es una broma, ¿no? ¿No has oído nunca hablar de esta peli ni de los libros?

—No.

—Es una historia de amor, creo que te va a gustar.

Historia de amor que me guste, lo dudo, pero la pone.

La peli empieza normal: tío exitoso que se quiere liar con una estudiante. Y van quedando. Hasta que le enseña que tiene un cuarto oscuro, y todo se complica.

Él se pone a darle placer. Pero esto qué es. Ni que estuviéramos viendo porno. Lea me mira, sonriente, y se acomoda en el sofá. La protagonista está disfrutando de cómo la toca el tío. Sus gemidos retumban en la tele. Miro de nuevo a Lea, aún sonrío. La cojo y la siento sobre mí.

—Así que es una peli erótica y la querías ver conmigo —le digo al oído.

Mi mano se mete por su camiseta y descubro que no lleva sujetador. La otra separa con sutileza sus piernas.

—Quieres que te toque, ¿verdad? —Tiembla con mi susurro.

Apoya su cabeza en mi hombro. No contesta. Mi lengua saborea su cuello. Le acaricio los muslos de arriba abajo. Palpo con delicadeza sus pechos.

—Sigue viendo la tele. Mira lo que hacen. —Y un pequeño suspiro sale de Lea al oírme.

Mi mano se introduce en sus braguitas para darle el placer que busca. Se frota sobre mí. Mi otra mano se encarga de calentar el resto de su cuerpo. No deja de prestar atención a la película. Los gemidos de los protagonistas se confunden con los de Lea. Creo que no voy a aguantar mucho, pero me da igual. Me convierto en un puto adolescente con ella.

—¿Nos quitamos la ropa?

Joder, esta Lea con iniciativa en el sexo me tiene loco.

—Claro.

Lea se pone de pie. Sin levantarme del sofá, me desnudo. Ella también. Se sienta sobre mí tal y como estaba antes. Mirando a la tele. Le toco sus zonas sensibles mientras ella contempla la escena. Se roza conmigo con fuerza. Caen gotas de su pelo mojado entre nuestros cuerpos ardiendo. Palpo toda su piel. Lea grita de placer. Estoy a doscientos.

—Julieta, quiero entrar en ti.

Ella asiente. Y lo hago. El mejor polvo de mi vida.

Por la mañana, cuando me despierto, veo a Lea sentada en la cama. Se acaricia la frente. Me mira.

—No quiero ir a trabajar —dice bajito.

—Yo tampoco. ¿Fingimos que estamos enfermos y nos quedamos en la cama todo el día?

—James, va en serio. —Suspira—. No me gusta nada, y encima hoy es el concierto, que no sé si nos va a traer malos rollos.

Sus ojos están llorosos.

—Julieta. —Le acaricio la espalda—. Sabes que es el último, ¿verdad? Que ya se acabó esta vida.

—No sé, James, creo que, si seguimos en Nueva York, esa vida siempre va a estar ahí. —Lea se levanta de pronto. Yo me quedo sentado en la cama, esperando que me cuente lo que tanto le preocupa—. Odio Nueva York. Yo soy bajita, ¿sabes? Es todo demasiado grande para mí. —Gesticula con las manos hacia arriba, y me entra un ataque de risa—. James, esto es serio, no te rías —dice, enfadada.

—Vale, pues nos vamos cuando acabes las prácticas a una ciudad más de tu tamaño —digo, aguantándome la carcajada. Parece que esta conversación es importante para ella.

—¿Adónde?

—No sé, donde quieras.

—Esto de no saber dónde voy a estar el año que viene es un agobio —dice, dando vueltas por la habitación.

Percibo que se avecina tormenta. Me levanto y atrapo su cintura con mis brazos.

—Julieta, tranquila, de verdad. Este es el último concierto y, si Nueva York no te gusta, nos vamos a otra ciudad. Ya encontraremos empleo, habrás acabado la carrera y tenemos experiencia.

Lea me mira.

—¿De verdad nos podemos ir a otro lado? ¿No necesitas quedarte aquí por tu trabajo?

—No, buscaré otra cosa. Te lo he dicho muchas veces: me da igual dónde vivir y de qué trabajar, pero quiero estar contigo.

Sus ojos asienten a los míos. Mis brazos la acogen y poso mi cabeza en la suya. Al igual que

ella es mi calma cuando nada encaja, siempre parezco tener las palabras adecuadas para tranquilizarla. No sé cómo lo hago, no tengo ni idea, pero creo que nadie la serena como yo. Y eso me encanta.

El concierto es un éxito, estamos disfrutándolo de verdad. Sabemos que no va a haber más juntos y lo damos todo.

Aunque estoy eufórico, no echaré de menos esta vida. Sí, la adrenalina es una pasada, pero, después de tantos conciertos, la adrenalina se va apagando y mi cuerpo no aguanta este ritmo. Aun así, es una época que recordaré siempre, estoy feliz de haberla vivido. Me habría arrepentido de por vida si no hubiese ido a aquella gira. Admito por primera vez que dejarlo con ella entonces fue lo que necesitábamos los dos.

Les hago un gesto a mis compañeros para indicarles que ahora viene la canción que les pedí el otro día.

—Julieta, esta es para ti. La escribí el día anterior a una noche agri dulce con muchos vuelos. Nunca te la llegué a tocar ni la volví a cantar.

Me desvivo cantándosela, a solas con mi guitarra. Tal y como la escribí, antes de aquel concierto que no la llamé, antes de que me dijera que me dejaba para siempre. El día que la distancia nos mató.

Acaba el concierto y voy directo al *backstage* para ver si está Lea. Salgo, y veo a Harrison, el bajo del nuevo grupo de Grey y Tom, intentando meterle fichas. Se nota a la legua. Me acerco, y Lea corre hacia mí. Sus piernas se enlazan en mi cintura y me abraza. Joder, esta es mi casa. Ella. Me agarra la cara y me dice una y otra vez la pasada que ha sido vernos.

Con Lea aún en brazos, el bajo nos mira.

—¿Qué haces, Harrison?

—Eh, nada, tío, no sabía que estaba contigo.

—Es mi novia.

—Vale, sí, sí, perdona. Me voy a ir.

—Sí, mejor vete.

Harrison se marcha y Lea se ríe de mí.

—No hacía falta, lo tenía todo controlado. No es la primera vez que me quito de encima a un tío.

—No lo dudo, pero por si acaso. ¿Te ha gustado tu canción?

—Sí, mucho. ¿De verdad la escribiste el día antes a dejarlo?

—Sí, sinceramente, yo creía que estábamos bien. Me pilló desprevenido.

—No lo estábamos, al menos, yo no. Hacía meses que no te veía. Hablar contigo era imposible. Fue lo correcto.

Me quedo pensando la contestación, pero llegan Nate, Grey y Tom, y se ponen a saltar alrededor nuestro. Nos contagiamos de su felicidad y vamos al camerino a continuar la fiesta. Me despido de esta vida en su momento de plenitud con los técnicos, el mánager, el de la furgoneta y todos los que han participado en esta etapa. Lea se divierte con las anécdotas de la gira de Mark, el técnico de sonido. Pasamos horas allí, bebiendo y bailando. Simplemente, la despedida perfecta.

► **CANCIÓN:** *Hey there Delilah* - Plain White T's

Lea

25 de diciembre

—Feliz Navidad, preciosa, tengo un regalo para ti.

—Yo también.

Nos levantamos de la cama, y James sale de la habitación para ir a por su regalo. Yo lo guardo en la mesilla. Saco el sobre y oigo cómo llaman al móvil de James. Me voy a acercar para ver quién es y pasárselo, pero se para. Entonces suena el mío. Es Amy, la madre de James. Hoy vamos a comer con ellos, así que imagino que querrá darnos algún tipo de información sobre la comida, a la que también acude Nana; no la veo desde el fiasco de Acción de Gracias en Willport, en mi primer año aquí. Pero, por otro lado, también vienen los abuelos de Nashville, con los que hice muy buenas migas.

—Amy, feliz Navidad.

—Hola, ¿estás con James?

—Sí.

—Dile que se ponga, por favor, tengo que hablar con él. —Su voz no muestra ningún entusiasmo. Voy al salón, y James me mira mientras coge algo de su mochila. Le tiendo el teléfono.

—Es tu madre.

Me pregunta qué quiere sin emitir sonido. Levanto los hombros, respondiéndole que no tengo ni idea.

—¿Qué pasa, *mum*?

Enseguida me doy cuenta de que es algo serio. Primero se le cae la mochila de la mano, luego se sienta en el sofá. Se atusa el pelo. No para de tocárselo. Me agacho frente a él. Levanta la cara y me mira con lágrimas en los ojos mientras escucha. De pronto, se pone en pie, se seca ligeramente las lágrimas y contesta:

—Voy para allí. Ahora te veo. —Cuelga y me da el teléfono.

—Mi abuela ha muerto, la de Nashville. Una infección respiratoria. Están en el hospital presbiteriano.

Se mete en el cuarto. Lo sigo.

—James, ¿te encuentras bien?

—Sí, solo quiero vestirme e irme allí. He oído a mi madre muy nerviosa, la familia de mi padre sigue en Nashville, solo habían venido mi abuelo y mi abuela a pasar las navidades. Al parecer, tienen que enviar su cuerpo allí, y mi abuelo está fatal. —Me cuenta mientras se pone unos pantalones. Actúa mecánicamente, cada paso, cada gesto.

Cojo la ropa de ayer de la silla y mis botas planas. Yo no me quedo aquí.

—Voy contigo. —Meto el móvil en el bolso y salimos.

James permanece callado durante el viaje en ascensor. Ya en la calle, se para a buscar algo en el bolsillo.

—Se me han olvidado las llaves del coche, ahora vengo.

Lo agarro del brazo. Se da la vuelta para mirarme. Le tomo las manos.

—Vayamos en taxi, ¿vale?

James baja la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos por primera vez desde que le ha llamado su madre. Asiente. Y lo abrazo. Nos quedamos unos segundos así fuera del portal. James llora.

—Están cayendo todos los de la familia de mi padre.

—Lo sé, lo sé. —Y me subo a él. Porque no siento que sea un abrazo de verdad si no me coge y rodeo su cintura con mis piernas.

Llegamos en pocos minutos al hospital. Nos dirigimos a la planta que nos indican y ahí están Amy, Sophia y su abuelo, todos sentados en una sala de espera. James se abraza a cada uno de ellos y lloran en familia. Yo me quedo a unos metros, mirando al resto de personas que parecen esperar noticias.

—Hola, Lea —dice Amy.

—Hola, lo siento mucho. —Y esta vez sí que la abrazo, porque no puedo evitarlo.

Las lágrimas me caen en cuanto me acerco al abuelo, que llora desconsoladamente.

James se va aparte con su madre para que le cuente lo que ha pasado, pero Amy no controla su volumen de voz y oímos sus explicaciones:

—Vino con tos a Nueva York, pero no sé, dijo que estaba tomando algo. Anoche empezó con fiebre, y de madrugada, la trajimos. Se le ha complicado la gripe y ha dejado de respirar.

—Joder, por una puta gripe —suspira James.

—No vamos a celebrar la Navidad. Hay que llamar a mucha gente. Tu abuelo está destrozado, no se mueve de la silla. Dice que ella no quería un funeral. Se niega en redondo. Pero tienen que enviar el cuerpo a Nashville para enterrarlo allí.

Amy se sienta en una de las sillas. James se pone a su lado.

—*Mum*, tranquila. Te ayudo yo. Idos a casa, estás agotada.

—¿Cómo me voy a ir a casa?

—Yo me encargo del abuelo y de esto.

James se acerca a mí, atusándose el pelo.

—Quiero hacer esto yo. Mi madre lleva aquí toda la noche y ni siquiera era su madre. ¿Las acompañas, a ella y a Sophia, a casa y te quedas con ellas? Mi hermana debe de llevar rato pidiendo que alguien la acerque y mi madre necesita descansar.

—Sí, claro, cogemos un taxi las tres.

—Está Nana en casa. Ya sé que un marrón porque lo más probable es que te diga algo, pero intenta ser fuerte porque yo no voy a estar.

—No te preocupes por Nana, James, por favor, haz lo que tengas que hacer.

James me da un beso en la frente.

—¿Tú estás bien? —le pregunto.

—Tendré que estarlo. —Se va a ir, pero me dice—: Gracias por haber venido.

Aprieto los labios y asiento.

Llegamos en pocos minutos al *loft*. Sophia se va directa a su cuarto y Amy se sienta en el salón para hacer unas llamadas.

Me quedo en el recibidor sin saber que hacer cuando veo a Nana que sale de su cuarto.

—¿Ya están todos en casa?

—Eh, no, James y el abuelo se han quedado en el hospital. He venido con Amy y Sophia.

—Tu inglés ha mejorado, ahora al menos te entiendo.

—Gracias. —Me sorprende por la muestra de gratitud, aunque siempre acompañada del toquecito de sinceridad que la caracteriza.

—No quiero formar parte de esto. Apenas la conocía y sé que todos seguramente me preferís lejos, así que me voy a mi cuarto.

—No, claro que no, quédese conmigo si quiere.

—Las cosas que no funcionan se aceptan y ya está, no hay que darle más vuelta de hoja. Me voy

a mi habitación.

Y se marcha. No tengo ni idea de si me ha intentado mandar un mensaje o no con la última frase.

Entro en la cocina y la veo llena de envases. Me pongo a recoger porque no sé ni lo que hacer. Empiezo por las salsas y, de pronto, me pongo a preparar sándwiches.

Llaman a la puerta y miro por la mirilla. Es Karen. Abro de golpe y la abrazo. Nos convertimos en una sola persona mientras lloramos.

—¿Cómo están James y Sophia?

—Ni lo sé.

Entramos en la cocina.

—Había mucha comida ya cocinada que se iba a poner mala, así que he improvisado para que coman algo.

Karen mira la que he montado. Sonríe. Y remangándose, va directa a lavarse las manos.

—¿Has estado alguna vez en un funeral en Estados Unidos?

—No.

—Después de la misa, nos juntamos en una casa y todos llevan comida. Se intenta contar anécdotas divertidas del fallecido, nunca las tristes. No querría la misa, pero la fiesta se la vamos a dar, se lo merece.

Y asiento porque estoy de acuerdo. Mi visita a Nashville no hubiese sido lo mismo sin la abuela, y la recuerdo con mucho cariño.

Al cabo de un rato, entra Sophia y lleva los canapés a la mesa. Karen pone un poco de música, y entre las tres llenamos el salón de platos y bebida. Amy va directa a abrazar a Karen. Martin las juntó y se han convertido en buenas amigas desde entonces. Amy llora, y Sophia y yo las miramos. A ella también se le caen las lágrimas y la cojo de la mano. Nunca nos hemos tratado con demasiada cercanía, pero hoy la abuela nos une a todas. Lloramos hasta que cambia la canción. Suena una marchosa que no pega con nuestras lágrimas. Nos reímos a la vez que Karen toma la mano de Amy para que baile. Y bailamos, madre mía si bailamos. Como nos da la gana, con movimientos extraños, agarradas o a nuestro aire. Todas y cada una de las canciones que suenan de la radio.

James y su abuelo entran de pronto, y nos ven. Karen apaga la música al instante. Miran la mesa, donde un festín los espera. Y es el abuelo el que habla:

—¿Hay algo de *country* en esa radio?

Nos reímos, Karen asiente y busca una emisora con música sureña que pone bajito. Sophia va a donde su abuelo y le da un abrazo.

James se acerca a mí, me coge por la cintura y me besa, delante de todos. No solemos ser tan expresivos con su familia, no nos habíamos besado así antes, pero supongo que ahora eso es lo menos importante. Nos saludamos con nuestros labios. Al soltarnos, nos giramos. Todos nos miran. A Amy y Karen se les escapa una sonrisa.

—Eh, James —lo llama su hermana, aún agarrada del abuelo—, me gusta esta chica, no la dejes escapar.

James ríe y posa el brazo sobre mis hombros.

—No es mi intención, Soph. Nunca lo ha sido.

Y me da la sensación de que se acaba de declarar delante de toda su familia.

Mientras cenamos, hablamos de qué hará el abuelo con el rancho ahora que se queda solo y de que será imposible encontrar a alguien que trabaje tan bien como la abuela. Y nos reímos contando historias de cómo tenía a sus pies a todos los agricultores de la zona.

Llaman a James por teléfono y se va al despacho a contestar. Tras media hora sin aparecer, voy

a buscarlo. Está sentado en la silla del escritorio, con las manos perdidas en su pelo. Levanta la cabeza y me ve. Sonríe un poquito. Me acerco.

—Estoy agotado. —Me tiende la mano para que me siente en sus piernas. Tiene ojeras y la cara pálida. Reposo la cabeza en mi hombro y me desabrocha la camisa. La abre y abraza mi cintura desnuda. Se agarra fuerte a mí. No hay ningún gesto sexual, simplemente nos sentimos lo más cerca posible. Apoya su frente en mi clavícula. Le acaricio el pelo y noto cómo, de pronto, mi pecho se humedece. Lloro. Suave. Sin ruido. Pero sus lágrimas son cascadas en mi cuerpo. James se descompone sin levantar la cabeza y mis manos le dan el cariño que buscan. Mi corazón se hace pequeñito por él. Nos pasamos un rato así, escuchando su llanto bajito, hasta que parece que lo ha expulsado todo. Con más calma, alza la mirada y la clava en la mía.

—Gracias por estar aquí. Sin ti, no hubiese podido con esto. —Sus ojos brillan y se ve a la legua que está agotado.

—Vamos a la cama. Durmamos aquí hoy —digo, poniéndome de pie.

—Es Navidad. No te he dado tu regalo, al final.

—Yo tampoco, pero no sé si el mío es muy oportuno ya.

—¿Por qué?

—Eran unos billetes a San Francisco para pasar Nochevieja —digo mientras me abrocho la camisa y él se levanta. Una sonrisa pequeñita se asoma cuando escucha mi regalo.

—Vayamos. Se lo decimos a Nate y a Renata, a ver si se apuntan. Hablé hace poco con Carlos también, me dijo que quería hacer algo en Nochevieja, que igual pasaba por Nueva York.

—¿Te apetece?

—Sí, la verdad es que sí, me apetece mucho. —Y me da la mano para salir del despacho.

Vamos al salón y nos despedimos de todos antes de ir a la habitación de la infancia de James. Abre un cajón del que saca dos camisetas y me tiende una. Me quito la ropa y me la pongo observando la mirada perdida de James. Me acerco a él y lo ayudo a quitarse la ropa mientras él se deja. Me pongo de puntillas para darle un beso:

—Vamos a la cama. Es pronto, pero ha sido un día largo y necesitas descansar.

—Vale, pero pongamos una peli o algo que me haga desconectar —me dice mientras coge el mando de la mesilla y se mete en la cama—. ¿Qué tal con Nana, por cierto? ¿La has visto?

—Sí, un momento, pero bien. Me da un poco de pena, de hecho.

—¿Pena? ¿Nana? Lea, eres demasiado buena. —Se ríe tumbado en la almohada.

—Creo que no quiere ser tan desagradable pero no puede evitarlo. Ella es así. Es su rareza —le digo mientras me meto al otro lado de la cama.

—Podría intentar controlar su rareza.

—Pero una rareza no la controlas; la podrías trabajar o mejorar, sí, pero no la puedes evitar, forma parte de ti. Y, al final, lo mejor es asumirla, llevarla como parte de tu identidad.

—A ti el lema «todos somos raros» te ha calado muy hondo.

—Sí, soy fiel defensora de él.

—Dígame entonces, experta, ¿cuál es mi rareza? —Se gira para apoyarse en la almohada y mirarme.

—Mañana te la digo. Pon una peli para a ver si te evades un poco.

—Ah, no, ahora no me dejas así. —Me pega a él—. Dímelas.

—Que, pase lo que pase, siempre me eliges a mí. —Veo cómo sus ojos brillantes se iluminan aún más.

—No es una mala rareza, ¿no crees?

—Las rarezas no son malas, solo definen más a las personas. El secreto está en encontrar a

alguien que las sepa comprender.

Asiente. Nos quedamos mirándonos apoyados en la almohada.

—Te quiero mucho, James.

—Yo también, preciosa, yo también.

James

San Francisco, 30 de diciembre

Tras más de cinco horas de vuelo y dos autobuses, llegamos al barrio de Castro por la tarde.

—¿Es un barrio gay? —pregunta Nate al ver todas las banderas LGBT.

—Sí —contesta Renata—. ¿Algún problema?

Nate levanta las manos, exculpándose.

—Solo preguntaba.

Llegamos al albergue. La única habitación que queda libre es de seis personas y el uso es compartido, así que probablemente tengamos un nuevo compañero esta noche. Damos nuestros datos y nos indican a cada uno un código para acceder.

La habitación es enana. Tres literas, pegadas unas a otras, van de un lado al otro de la pared. A nuestra izquierda, un perchero, y eso es todo. Los baños están fuera. Bajamos a la zona común, y es mucho más agradable. Tiene una sala de estar grande y moderna con una cocina y una mesa larga con bancos.

Decidimos ir a dar una vuelta por el barrio. Paseamos por Market Street y sus casas victorianas. El día es frío, pero vamos preparados para ello. Nos rodean grupos de gente joven. El ambiente es festivo, aunque la noche grande será mañana, 31 de diciembre. Visitamos el teatro de Castro y andamos hasta Alamo Square para tirarnos en la hierba. Acabamos en el supermercado más cercano para comprar los ingredientes de una *pizza* y prepararla más tarde en el albergue.

Bajamos en pijama a la zona común tras ducharnos, y nos ponemos a cocinar. Conocemos a nuestro compañero, un canadiense de veintiocho años que está viajando por América por su cuenta. Un tío interesante, que, según van cayendo cervezas, se suelta y acaba mostrando su predilección por Renata. Ella, sin embargo, fiel a su estilo directo, corta cualquier tentativa mientras jugamos a la pirámide, cada uno con su bebida.

—No pierdas el tiempo, Oliver, tú hoy duermes en tu litera y yo en la mía.

Nos reímos todos de su zasca, pero Renata asegura que solo está diciendo lo evidente. Carlos no puede parar de reírse:

—¿Cómo es posible que seas amiga de Lea desde hace tantos años y te conozca ahora?

—Contigo tampoco, Carlos.

Y ahora sí que sí, lloro de la risa. Con mis amigos de antes y de ahora. Con mi familia. Dame mil veces esto antes que giras y gente desconocida. Una historia de vida escrita a base de amigos, familia, risas y recuerdos.

A la mañana siguiente, me despierto cuando Nate entra en el cuarto, recién duchado. Con la pierna encajada entre la pared y la litera, Lea al otro lado y el techo a unos palmos, tengo la sensación de estar atrapado. Me levanto rápido y me doy en la cabeza. Oigo a Renata reírse y decirme que ese no es buen comienzo de día.

Nos organizamos enseguida, para todos los que somos, y salimos del albergue dispuestos a visitar la ciudad. Comenzamos por el Pier 39. El olor de las focas marinas no es lo mejor para primera hora. Paseamos por Fisherman's Wharf, sus barcos y pescadores en la calle nos transportan a la época de la Segunda Guerra Mundial. Entramos en la sala de máquinas y nos pasamos horas retándonos. Para comer, escogemos un banco y pedimos en el puesto callejero que hay junto a él. Acabamos el día, cómo no, en el Parque Presidio, Renata nos lo ha pedido mil veces, pero todos admitimos que las vistas al Golden Gate son impresionantes.

Volvemos al albergue para cambiarnos de ropa, pero decidimos parar a tomar algo, después de la caminata que nos hemos pegado. Entramos en un garito no muy grande, rollo cubano. Hay varias personas bailando salsa y otros que lo intentan. Se respira diversión.

—Podríamos pasar media noche aquí —dice Carlos.

—Sí, sí, sí, que seguro que ponen todo el rato música latina. Renata y yo estamos hartas de la electrónica —dice Lea.

—Síiiii, Lea, si es que no fallas, siempre haces buenos planes. —Le choca la mano, y ríen.

—Nate, ¿qué opinas? —le pregunto yo.

—A mí, mientras haya fiesta, me da igual.

—¿Nos quedamos entonces?

—¡Síii!, ¡voy a por unos margaritas! Esta ronda la pago yo —grita Renata.

Pillamos una mesa alta y no dejan de llegar bebidas, chupitos de varios colores y tamaños. Brindamos. Cantamos. Carlos trae unos complementos de disfraces que le han regalado en la barra. Bailamos entre las mesas. El alcohol hace que lo demos todo. Latino cien por cien. Canciones actuales y viejísimas a ritmo de salsa, bachata y reggaetón que animan nuestra fiesta. Las horas pasan. Sacan nachos, aros de cebolla y más bebida.

—¿Lo estás pasando bien? —me pregunta Lea con alegría cuando nos cruzamos en la barra.

—Mucho. ¿Y tú?

—También. Voy a bailar con Carlos, no te pongas en plan: «Ni la toques, está conmigo» —dice, imitando voz de chico.

—Qué graciosa la europea a la que no se le entiende nada.

Lea alucina con mi respuesta, pero se ríe.

—Ha sido un golpe muy bajo, lloré por eso.

—Bueno, mira hasta dónde nos llevó ese comentario: a pasar aquella tarde juntos y conocernos. Si no, quién sabe, igual ni me hubiese fijado en ti.

—Pero qué capullo. A lo mejor yo me hubiese liado con otro.

—A lo mejor, pero qué bien que no ocurrió nada de eso, ¿no? —La acorralo con mis brazos—. ¿Vamos al baño?

—No, voy a bailar con Carlos. Capullo.

—Guapa. —Y le doy uno de esos besos con fuerza que tanto me gustan.

Lea se une a Carlos y Renata en la pista de baile, y yo me acerco a la mesa. Nate está con el móvil en la mano.

—Me he enamorado, tío, y pasa de mí —dice, de pronto.

—¿De quién?

—Una pava de la uni, me tiene loco.

Pensaba que me iba a decir «de alguna de las chicas del bar», me desconcierta.

—¿Quién?

—Una de primero, no la conoces. Megan, se llama.

—¿Y por qué pasa de ti?

—Es virgen y dice que voy muy rápido, así que no quiere volver a quedar conmigo. Le acabo de escribir que iré más despacio, pero que no me deje.

Echo parte de la cerveza y me descojono. Nate está pilladísimo. En mi vida lo había visto así por una tía. No lo puedo evitar, me hace gracia verlo.

—Oye, Lea era virgen cuando empezasteis, ¿no?

—Sí. —No tengo ni idea hacia dónde quiere tirar esta conversación.

—¿Y cómo coño aguantaste?

Me atraganto de nuevo.

—Joder, Nate, ¿pues cómo crees? —Me froto el pelo por no decirle una burrada, que hay mucha gente alrededor—. Voy muy morado para hablar ahora de esto contigo; pero, si te mola esa tía, aguanta, que luego fliparás.

—Es la primera vez que salgo de fiesta y no pienso en liarme con alguien, y encima por una tía con la que no sé ni si encajaríamos en eso.

—Le vas a enseñar tú. Encajareis. —Nate me mira, analizando lo que acabo de decir—. No hay una sola tía que me guste más que tirarme a Lea. Te lo aseguro. No creo que sea casualidad.

Lea interrumpe nuestra charla.

—Son casi las doce. Saca los cacahuets. —Me mira como si fuese importantísimo hacerlo en ese momento—. Venga —me vuelve a decir.

—Ya voy, tranquila, que hay tiempo.

—Acercaos, abrid la mano así y coged doce cacahuets. Vamos a hacer una tradición que se hace en mi tierra. Suelen ser uvas, pero traerlas era complicado. Cuando queden doce segundos para medianoche, os coméis uno por segundo, ¿vale?

Lea está concentradísima explicándolo y todos le prestan atención. Siempre es la líder de la fiesta y no se da cuenta.

—Hecho —grita Renata, que ha entendido la importancia del juego.

—Esta tradición está a medias, yo prefiero las uvas —le vacila Nate.

—Venga, que quedan quince segundos para que nos los comamos.

Los cinco nos las apañamos bastante bien para seguir el mismo ritmo y nos abrazamos al entrar en el año nuevo. Saltamos, gritamos tanto que parece que hemos ganado un premio. Pero nos da igual, estamos disfrutando.

Lea se lanza hacia mí por detrás y la cojo a caballito. Como si estuviésemos en un concierto, Renata también se sube a Carlos. Cantamos *Madre Tierra* de Chayanne para estrenar el año. Y se respira felicidad. Amistad.

Bajo a Lea, y se coloca frente a mí. Cojo su cara entre mis manos para que me mire. Pego mi frente a la suya.

—Feliz año nuevo, europea.

—Feliz año nuevo, Rivers.

La beso. Ellos serán amistad, pero ella es mi hogar.

Lea

Nueva York, marzo

Viernes noche. Las cosas han cambiado para nosotros. Estamos en casa, viendo un programa de MTV, yo en la butaca y James en el sofá, disfrutando de su *sushi* directamente del envase. Fuera cae aguanieve. Hace frío. Nuestro apartamento es viejo y la calefacción no calienta como debería. Tengo un libro en mis manos, pero no paro de mirar a James. Al igual que a mí, una manta le tapa uno de los hombros. Es el mismo James de siempre, pero más mayor, más sereno. Ha vivido más, ha ganado experiencia, ya no es aquel niño de diecisiete años con pinta de malote. Me sonrío. Muero. Y sé en ese momento que no volveré a enamorarme como de James. Porque no nos habremos conocido desde niños, pero nos hemos descubierto como adultos, juntos. Nos hemos moldeado, llegando a ser parte el uno del otro. Y nadie me comprenderá nunca mejor que él. Y a nadie querré nunca como a él. Porque él es parte de mí.

Me acerco cuando se va a meter un *nigiri* a la boca con los palillos. Se detiene en cuanto me siento a su lado con mi manta. Lo beso en la mejilla. Me mira:

—¿Y eso?

—Me gustas.

James se ríe. Deja el envase de comida en la mesa. Se limpia las manos y me coloca sobre él a horcajadas.

—Y tú a mí, preciosa. —Me devuelve el beso casto.

Me acaricia los brazos. Sus labios prueban los míos. Se saludan. Se abren las puertas, y nuestras lenguas juegan. Bailan. Sus besos abandonan mi boca y van hacia mi cuello. Se topan con el camisón en mi escote y continúan su paseo por toda la parte superior de mi cuerpo. Me encanta que vivamos en nuestra propia casa. Disfrutar de nosotros en cualquier momento sin temer que nadie nos interrumpa.

—Ya encontraremos la fórmula, pero no volvamos a separarnos —le pido entre suspiros.

James levanta la cabeza para mirarme a los ojos. Sabe que acabo de tomar la decisión que esperábamos los dos: que estemos juntos de verdad. Para siempre. Esa duda que nos ha acompañado tanto tiempo. A él no, pero a mí sí. Por fin se ha desvanecido. Ya no me pienso bajar del barco. Vaya donde vaya, pero que sea juntos.

—Esta vez no dejaré que pase. —Junta su frente a la mía. Me besa. Con ternura, pasión y amor. Mucho amor—. ¿Vamos a nuestra cama, Julieta? —dice entre mis labios—. Creo que tenemos algo que celebrar.

—Vamos, Romeo. —Sonrío.

Me coge en brazos y me posa en la cama. Se quita la camiseta. Se tira sobre mí y me besa. Mis piernas rodean su cintura. Y nos frotamos, como si fuera un juego, mientras reímos. Recordándome a esa primera vez que lo hicimos en casa de su tío.

Me separo y me quito el camisón. James se desprende también de los pantalones. Nos quedamos en ropa interior. Me subo a la cama de rodillas, él me imita, poniéndose frente a mí. Lleva las manos a mi sujetador y me lo quita. Pasea el dedo índice desde mi hombro a mi ombligo, llevándome escalofríos de las cosquillas.

—Te quiero, preciosa. Te voy a tratar tan bien que no te vas a querer separar de mí. —Sus palmas continúan su paseo por la parte superior de mi cuerpo—. Posiblemente, este sea mi lugar favorito del mundo. Tú me dijiste una vez que era una playa vacía. El mío es: contigo en una cama.

Me río, no lo puedo evitar. Es una línea muy fina entre romántico y guarro. James se contagia de mi reacción y me tira al colchón. Paro de reír cuando siento como besa cada milímetro de mi piel. Se coloca sobre mí. Tan solo nos miramos unos segundos. Nos vemos. Nos conocemos. Me acerco a su cara, busco sus labios, el único destino del que no quiero irme nunca. La calma es inmensa. La que solo encontramos cuando estamos juntos. Disfrutamos en la cama que compartimos en nuestro viejo apartamento de Nueva York. Y volvemos a ser uno.

Salimos a pasar el fin de semana en Willport. Me vendrá bien. La verdad es que Nueva York me está comiendo. Solo se ve el sol entre edificios, huele a comida en todas partes, la gente va rapidísimo, sin levantar la mirada del móvil, y se chocan conmigo constantemente, el trabajo es una bomba de relojería... Podría seguir enumerando las razones por las que no estoy a gusto allí, pero opto por contemplar el paisaje al llegar a la costa de Rhode Island. James lleva conduciendo tres horas cuando por fin se aprecian las blancas playas con plantas y estacas. Abro la ventana a un cielo triste y huelo el mar que tanto adoro. James me acaricia la rodilla. Sabe que estoy disfrutando de este momento. Soy una chica de costa. De playa en invierno. De olas. De días nublados con abrigo y botas calentitas. De esa tranquilidad que da el mar del norte sin gente. De poner música y mirar al horizonte. De oír que llega tormenta y sonreír.

Aparcamos en el restaurante de Bob para comer con Karen y Olivia, que está mayorcísima. Es casi preadolescente. Hablamos de las reformas que han hecho, el local está más moderno, pero sin perder su carácter de *diner*. Mi familia, aunque no tengamos la misma sangre. Un año viviendo juntos me dio el derecho a considerarlos parte de mí.

Por la tarde, visitamos el antiguo colegio de James para saludar a Anna, que entrena allí a un equipo femenino de *hockey*. Viéndola desde la grada, recuerdo aquellos momentos felices que vivimos nuestro primer año. Anna también parece contenta. Denise no está este fin de semana, pero le he hecho una videollamada desde el gimnasio y le he prometido que volveré.

De pronto, James me coge de la mano y me saca de las gradas.

—Vamos, tengo una sorpresa. Un alojamiento especial.

—¿No dormimos donde Karen?

—No, vamos. Te va a gustar.

James

Aparcamos frente a la casa de Mrs. Hannigan. Lea está feliz, esta casa siempre le gustó y no habíamos vuelto desde que nos fuimos a Harvard y Berklee, que parece que fue hace un millón de años. La cojo de la mano y la llevo hasta la entrada de la casa.

—Adelante, dormimos aquí hoy —le susurro al oído, agarrándola por detrás para que se mueva. Lea se gira boquiabierta.

—¿De verdad? ¿Por fin voy a verla por dentro? Seguro que es tan bonita como me la imagino —dice, emocionada.

—Compruébalo tú misma.

Abro la puerta y la invito a entrar. Está tal y como la vi la última vez. El piso de abajo es un espacio diáfano donde se encuentran un salón moderno, un comedor enorme y una cocina de madera blanca con una isla que hace de barra de desayuno.

—Guau, qué pasada. Es mejor de lo que pensaba.

—¿Te gusta? Vamos arriba y escoges una habitación para hoy y mañana.

Lea corre hacia las escaleras. Pasea por la casa, fijándose en cada detalle. Acaricia los muebles y abre varias puertas hasta que llegamos a la habitación principal, que hace esquina, con un baño enorme. La cama tiene un dosel y las ventanas entreabiertas dejan pasar la brisa del mar. Se sienta en la cama, me pongo frente a ella, me hago hueco entre sus piernas.

—Tenemos una ganadora. Es tan bonita. Me encanta. Me transmite mucha calma este lugar, nada que ver con Nueva York. Lo odio. Imagínate despertarte aquí todos los días.

—Si tú estás conmigo, sería perfecto.—Atrapo sus labios.

—Sí que lo sería, sí —dice con pena.

La conozco muy bien y sé que piensa en nosotros, en qué vamos a hacer el año que viene. Yo ya he decidido que iré donde ella me diga.

—Esta casa es muy grande para nosotros. —La tumbo en la cama, y yo, a su lado.

—Cuando tuviéramos niños, necesitaríamos las habitaciones. —Me acaricia la cara, yo no puedo parar de mirarla—. ¿Te asusto hablando de hijos?

—Ni un poquito, me encantaría ser padre contigo. —Nos miramos un segundo eterno. Lea me besa, pero la corto pronto porque quiero continuar con esta conversación—. Aun así, sobrarían habitaciones. ¿O pretendes que tengamos cinco hijos? Porque yo con uno o dos me conformo.

—Para cuando vengan a visitarme mis amigos de Bilbao, y la última planta podría ser un estudio para ti y un lugar de lectura para mí. —Se me encoge el corazón sabiendo que he tomado la decisión correcta.

—Has pensado en todo. Menos mal que es nuestra.

—¿Cómo? —Lea se sienta para mirarme mejor. Suele hacerlo cuando cree que no ha entendido algo por el idioma, pero me ha entendido perfectamente.

—Que es nuestra. Se la he comprado a Mrs. Hannigan. Tenía guardada la herencia que recibí al cumplir los veintiuno y quería invertirla en algo. No me podía permitir esta casa, pero supongo que la viuda de Hanni siempre me ha querido más que a sus propios nietos, y me la ha dejado baratísima.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta Lea muy seria. Su cara ya no muestra alegría, solo enfado. Joder, que la he liado, con lo bien que íbamos. Me apoyo en el cabecero de la cama.

—No, Julieta, la he comprado. Está todo firmado ya. Estuve un día en su piso, tomando café, y me contó que pensaba venderla. Sabía que te encantaba esta casa y no podía dejar que otra persona la comprara, perder la oportunidad de no volver aquí. Lo vi clarísimo: era en lo que tenía que invertir. Ahora ya no sé si me he equivocado. Aunque solo la utilicemos alguna vez de vacaciones, nos pertenece a nosotros. Si no te gusta la idea de vivir en ella, siempre la puedo alquilar, pero será nuestra para volver cuando nos apetezca.

Lea se abalanza sobre mí y no para de besarme por toda la cara. Irradia felicidad.

—Entiendo que te gusta, entonces. —Me aparto para mirarla. Sonrío al verla tan contenta.

—¡Sí! Me encantaría vivir aquí, vivir todo el año. ¿Vas en serio? ¿Esta podría ser nuestra cama?

—Sí, Julieta, es nuestra cama. Todos los muebles que ves se quedan. Si quieres que vivamos aquí, bien, si prefieres solo venir de vacaciones, también bien.

—Cásate conmigo —dice Lea.

Ella misma se sorprende de lo que ha dicho, porque se pone la mano en la boca. A mí, sin embargo, se me para el corazón.

—¿Me acabas de pedir que me case contigo?

Ella se acomoda en el cabecero, junto a mí.

—Sí, ha sido la emoción de vivir aquí juntos. Me encanta la idea. Me he acelerado mucho.

Se pone roja y seria. Le tiro de las piernas para tumbarla y me pongo encima de ella. No vamos a cortar esta conversación.

—¿De verdad quieres casarte ya? Porque yo me caso contigo mañana si tú quieres. Lo he pensado muchas veces, pero no quería asustarte.

—¿Lo habías pensado?

—Sí. —No la veo convencida con mi respuesta, así que decido aclarárselo—. Julieta, eres mi casa. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero cada vez que te veo, que te abrazo, siento que estoy en casa. No pienso en un espacio físico como casa, tú eres mi hogar. —Lea me mira, sus ojos brillan. Me acerco más a su cara. Mis labios rozan los suyos cuando hablo—: Y quiero ser el tuyo. Y que lo compartamos con la tribu de la que hablabas, si quieres. Y esa casa que esté en cualquier parte del mundo, me da lo mismo donde, pero contigo. —Le susurro al oído—: Y quiero que me nombres tu compañero de camino, como un día lo llamaste, que no me he olvidado.

Lea llora. Se tapa la cara y, de pronto, un rayito de luz aparece mientras asiente.

—¿Me estás diciendo, entonces, que nos vamos a casar? —pregunto porque no me creo que sea verdad. A Lea se le caen lágrimas cuando vuelve a asentir ligeramente. Le agarro la cara con las manos, acaricio sus mejillas—. Habla, Lea, por favor, necesito oírtelo decir.

—Sí, me encantaría que nos casáramos.

► **CANCIÓN: *Why Wait* - Rascal Flatts**

Epílogo

Lea

Willport, varios meses después

Estoy comiendo con Denise en su cafetería para organizar el cumple de Anna. Me quedan veinte minutos y solo hemos hablado de la decoración. Y tardo quince en volver al trabajo, voy a llegar tarde. Repaso las tareas pendientes de esta tarde: una llamada a la universidad de Tokio y comprar los billetes de avión para que vayamos los tres al País Vasco. Por suerte, trabajo en el Departamento de Relaciones Internacionales de la universidad de Rhode Island, por lo que dispongo prácticamente de tres meses de vacaciones en verano que pasamos en mi tierra. A mis padres les encanta cuidar de su nieta, así que James y yo aprovechamos para hacer escapadas por Europa, él y yo solos. Aunque este verano haremos el viaje en carretera por España que aún tenemos pendiente.

James ha montado un estudio de grabación en los antiguos vestuarios de la piscina. Lo único que cambiamos. El resto de la casa se ha quedado tal y como la vi por primera vez y me enamoró. Desde ahí, trabaja como productor los nueve meses que pasamos en Willport, el resto del tiempo no coge proyectos. Él se ocupa de llevar y recoger a June de la guardería, menos cuando vienen grupos a grabar, que me encargo yo. Los músicos pensarán que estamos locos en esta familia porque los acogemos a todos en nuestro hogar, duermen y comen con nosotros.

La tarde se me complica con una reunión de última hora. Son las ocho y media cuando entro en la habitación. James está sentado en la cama, quitándose las zapatillas. Levanta la cabeza para mirarme. Me sonrío. Últimamente, nuestros horarios no coinciden. Yo me suelo acostar pronto para madrugar y James se queda hasta altas horas de la madrugada para terminar un disco.

—Hola, preciosa, ven aquí.

Dejo el bolso sobre la cajonera de la entrada y me acerco. Me da la mano y me coloca de pie entre sus piernas. Me toca el cuello con su mano fría.

—¿Y June? ¿Dormida?

—Como un bebé. —Me desabrocha la camisa, dejando un rastro de besos—. ¿Qué tal la reunión?

—Bien. He comprado los billetes a Bilbao también —digo entre suspiros cuando su boca se centra en mi ombligo y mi mano acaricia su nuca—. ¿Tu disco?

—Terminado y enviado. Soy todo tuyo por unos días —contesta mientras su mano eriza mi piel al pasearse por mi muslo.

Mi falda le da el acceso que necesita. Acaricia la parte trasera de mis piernas hasta llegar a mi culo. Mis labios buscan los suyos. Nos besamos suave. Sintiéndonos despacio. Su otra mano también sube a mi trasero. Y con las dos en él, me lo aprieta. Me río en su boca. Pero la risa se me quita de un plumazo cuando su mano aparta mis braguitas, y sus dedos hacen magia en mi cuerpo.

Oímos a June llorar, y a los dos nos da un escalofrío. James para. Echa la cabeza para adelante, pegando su frente en mi pecho. Cierra los ojos.

—Joder. Espera, a ver si se duerme. —Nos callamos unos segundos. El llanto vuelve. James abre los ojos, resopla—. Voy a ponerle el chupete.

Se levanta de la cama. Me bajo la falda, él lo ve. Se acerca a mi oído:

—No te pongas muy cómoda, que pienso continuar. Hacía muchos días que no se alineaban los astros para estar solos.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

James me guiña un ojo, contento con mi respuesta, y se va de la habitación, dejándome aquí de pie.

Vuelve pocos minutos después, me encuentra en la misma posición, pero en ropa interior. Se apoya en el marco de la puerta para mirarme. Se frota la barbilla. Se le escapa una sonrisa. Nos miramos sin decirnos nada. Y nos decimos todo.

—Sabes que June y tú sois lo más importante de mi vida, ¿no?

Asiento. Voy en su busca. Me coge por la cintura cuando estoy frente a él. Me sube y me besa como meses atrás lo hacíamos a diario. Ya casi no nos besamos así. La relación avanza y se pierden cosas preciosas por el camino, pero se ganan otras tantas que son igual de bonitas que simplemente llegan después.

—¿Nos duchamos? —me pregunta al oído, como si no se atreviera a decírmelo.

Río al ver cómo ha cambiado en estos últimos años. Su paternidad ha sacado un James que nadie conocía. Aunque él quiere picardía, se le asoma más a menudo la vergüenza, la que nunca había tenido. Lo beso con ganas y asiento. Me guía hacia la ducha, pero le indico con la cabeza que me lleve a la bañera. Me mira. Sus ojos se achinan ligeramente con su sonrisa. Las primeras arrugas, que demuestran que ya no es un niño, aparecen, y me encantan.

Nos quitamos la ropa mientras la bañera se llena. Paso para colocarme sobre James a horcajadas. Sus brazos apresan mis piernas por unos instantes. Sube las manos por el exterior de mis muslos conforme bajo para sentarme. Y nos encontramos. Cierro los ojos. Nos convertimos en uno, sin más preliminares que esos: él y yo juntos.

Al envolverme con la toalla, veo en el espejo la mirada de James que se está lavando los dientes. Me acerco a él y busco el secador en el cajón. Sigue mis movimientos a través del cristal.

Me suena un mensaje en el móvil. Es de Miren. Lo leo sin desbloquear: «Jon, llámame, tenemos que hablar». Arrugo la frente. ¿Qué dice esta loca? James me pregunta qué pasa. Le enseño el móvil. Escupe la pasta al lavabo. Se seca con la toalla y se frota la nuca con ella. Piensa. Sonríe, levantando las cejas. Y lo veo en sus ojos.

—¿Tú qué sabes de esto?

—Saber, no sé nada, pero la última vez que estuvimos en Euskadi de vacaciones los vi discutiendo bastante fuerte y me pareció raro. Se me pasó por la cabeza que estuviesen juntos. No te dije nada porque, sinceramente, no tengo ni idea.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Vamos? Yo no voy a hacer nada y tú tampoco deberías.

—Pero si son Jon y Miren. Mi hermano pequeño y mi mejor amiga. Me dices que igual se han liado, ¿y tengo que fingir que no sé nada?

—Están los dos solteros y no hacen daño a nadie. Es cosa de ellos. De nadie más. —Se acerca. Sabe con mirarme que no me ha convencido—. Julieta, no te metas, déjalos. —Me da un beso en el hombro descubierto y se va a la habitación.

Me seco el pelo pensando en ellos. ¿Estarán juntos? ¿Desde cuándo? Repaso el día de la boda. ¿Ahí ya habría pasado algo? Viajaron hasta aquí y, durante cuatro días, durmieron todos en casa. Tan solo invitamos a la familia y a los amigos más cercanos. La ceremonia fue en el jardín de la entrada, que no necesitó más decoración que unas sillas y una tarima. Las flores y el lugar acapararon el protagonismo. En el banquete, que celebramos en una pequeña carpa junto a la

piscina, se lo llevó Nate con su *speech*. Nos sacó los colores contando historias de nuestra relación, cuando teníamos dieciocho años y vivíamos en Boston. La fiesta llegó de la mano de un DJ, que nos hizo bailar hasta el amanecer. Cuando todos se fueron a dormir y no quedaba nadie más que nosotros dos, nos tumbamos en el sofá de fuera para ver salir el sol. Y nos dormimos allí, en el mismo sofá en el que estuvimos la primera vez que visitamos esa casa.

Ya estaba embazada esa noche, pero no lo supe hasta que fuimos de viaje de novios a Vietnam y no hacía más que vomitar por los olores. No voy a negar que fue un *shock* al principio. James y yo, en un baño de hotel, veíamos el positivo de pie frente al lavabo.

—No puede ser.

—Joder.

Nos quedamos un minuto mirando el Predictor en silencio. Con los ojos muy abiertos. Sin emitir sonido. Ninguno. Hasta que yo hablé con los ojos aún en las dos rayitas.

—¿Qué vamos a hacer?

—No tengo ni puta idea, pero quererlo mucho seguro —contesta James cuando gira la cabeza hacía mí. Se me humedecen los ojos y le sale una pequeña sonrisa apretando los labios. Nos abrazamos fuerte. Mi cabeza presa de sus brazos. Los míos acorralando su cintura. Con fuerza. Me sube a él. Me mira, me aparta el pelo de la cara. Mis lágrimas descienden por mis mejillas—. Lo que quiero decir es que no es ni esperado ni tengo ni puta idea de cómo se hace esto, pero que me hace muy feliz. —Su sonrisa casa con sus ojos y pega su frente a la mía.

—A mí también. —Atrapo su cara para besarlo. Me separo para secarme las lágrimas—. Vamos a ser padres, James.

—Lo sé, preciosa, yo también estoy flipando.

Mi risa inundó el baño y la siguiente media hora nos reímos de lo perdidos que nos encontramos con ese cambio de rumbo y de lo poco que sabíamos de lo que se nos avecinaba.

Montar el estudio de James, buscar empleo y acoplarme de nuevo a Willport estando embarazada no ha sido lo más fácil. Ahora, sin embargo, estoy feliz. Rhode Island me ha vuelto a enamorar, mi trabajo me encanta y somos una preciosa familia de tres. Y acepté que aquel primer vuelo de Bilbao a Boston, que tanto miedo me daba, fue el mayor acierto de mi vida porque aquí había encontrado mi hogar.

► **Canción: *Amor de anticuario* - Sofía Ellar**

Agradecimientos

Primero agradecértelo a ti lector. Espero de corazón que esta trilogía te haya hecho pasar un rato entretenido. Y, sobre todo, que te haga pensar en ella. Porque eso es lo bonito de las historias, que al acabarlas te hagan buscar en tus sueños.

A mis hijos, porque la vida nos ha golpeado, pero juntos siempre venceremos. Y seremos lo que nosotros queramos ser.

A mi marido, por ser mi alma gemela.

A mis padres y hermanos, por su apoyo incondicional siempre.

A mi pequeña Lea, porque tenerte en mis brazos será de las cosas más bonitas de la vida.

A su madre, porque lo eres todo para mí.

A Silvia, que te adoro.

A mis Patxis, porque en una tarde juntas volvemos a reencontrarnos con quienes éramos.

A Edurne, porque te quiero como una hermana.

A Anitis, por tu ayuda y comprensión.

A Sonia, porque cantidad de veces pienso lo divertido que será filosofar sobre este libro contigo. Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que me has ayudado a superar esta etapa.

A Raúl, porque eres un amigo.

A Teresa, porque esos días tontos que tenemos son lo que nos da la vida.

A Celia Arias, porque tu profesionalidad va de la mano con tu solidaridad.

A todos los músicos, porque con vuestro talento nos hacéis la vida más divertida a todos.

Y a todas las personas que están pasando por momentos difíciles. Todo pasará, será diferente pero no tiene que ser peor, solo hay que asumirlo y buscar lo que lo haga mejor.

Sobre este libro

Los beneficios de este libro son destinados a la investigación para el tratamiento de Distrofia Muscular Congénita de Déficit de Colágeno VI. Una enfermedad degenerativa que afecta a los músculos, dentro de las enfermedades raras, que actualmente no tiene cura. Se presenta desde el nacimiento, caracterizada por falta de fuerza, la mayoría de los afectados pueden caminar hasta los diez años.

Cualquier donación es la mejor muestra de solidaridad que puede existir y la colaboración es vital para nosotros. Gracias a tu aportación podremos ayudar a que se siga investigando y se encuentre una cura para esta enfermedad. Cada pequeño gesto suma. Gracias por hacerlo posible.

Para más información por favor visita:

www.fundacionnoelia.org
[instagram.com/fundacionnoelia](https://www.instagram.com/fundacionnoelia)
[facebook.com/fundacionnoelia](https://www.facebook.com/fundacionnoelia)
twitter.com/fundacionnoelia